

¡A otra con ese! cuento!

Raquel Antúnez

Prólogo escrito por
Connie Jett



Annotation

Lucía es una chica normal y corriente que vive cómo quiere y puede. Comparte piso con sus dos mejores amigas, trabaja en una importante empresa y mantiene una relación más o menos estable con Daniel, el chico que le gusta. Pero un buen día todo cambia de la noche a la mañana. Lucía es enviada a otra oficina bajo el mando de una jefa déspota que parece tener algo contra ella. Como si esto no fuese suficiente, además tiene que aguantar a Marcos, un compañero que muestra un extraño interés por ella, no sabe si espía para la jefa o si sólo es un tarado. Para colmo, algo no acaba de funcionar bien con Daniel y la sombra de la sospecha empieza a planear sobre su idílico romance. Y así, con la vida vuelta del revés, Lucía comprende que los cuentos no son más que un embuste y que lo difícil viene justo después del: 'Y vivieron felices'. «¡A otra con ese cuento!» es una novela que habla sobre las relaciones y sobre cómo en muchas ocasiones se idealizan los sentimientos. Delicada e íntima, te muestra un punto de vista diferente sobre el amor y sobre los 'finales felices'. ¿Vas a perdértelo?

RAQUEL ANTÚNEZ

!A otra con ese cuento!

Alentia

Sinopsis

Lucía es una chica normal y corriente que vive cómo quiere y puede. Comparte piso con sus dos mejores amigas, trabaja en una importante empresa y mantiene una relación más o menos estable con Daniel, el chico que le gusta. Pero un buen día todo cambia de la noche a la mañana. Lucía es enviada a otra oficina bajo el mando de una jefa déspota que parece tener algo contra ella. Como si esto no fuese suficiente, además tiene que aguantar a Marcos, un compañero que muestra un extraño interés por ella, no sabe si espía para la jefa o si sólo es un tarado. Para colmo, algo no acaba de funcionar bien con Daniel y la sombra de la sospecha empieza a planear sobre su idílico romance. Y así, con la vida vuelta del revés, Lucía comprende que los cuentos no son más que un embuste y que lo difícil viene justo después del: 'Y vivieron felices'. «¡A otra con ese cuento!» es una novela que habla sobre las relaciones y sobre cómo en muchas ocasiones se idealizan los sentimientos. Delicada e íntima, te muestra un punto de vista diferente sobre el amor y sobre los 'finales felices'. ¿Vas a perdértelo?

Autor: Antúñez, Raquel

©2014, Alentia

ISBN: 9788494220326

Generado con: QualityEbook v0.75

¡A otra con ese cuento!

Raquel Antúnez Cazorla

Prólogo

EL amor, l'amore, love, l'amour... la fuerza más poderosa de este universo, la energía que mueve el mundo. Puede, incluso, que el motor de esta historia...

Y es que por ello lo gritamos a los cuatro vientos y en todos los idiomas... hasta con smile, carteles, pancartas, con correos electrónicos, whatsapp, en las redes sociales, a través de los libros... ¿El motivo?

Llamar su atención para que nos encuentre.

Como no podía ser de otro modo, aquí estoy, hablando sobre él. Escribiendo cuatro líneas sumamente afectuosas para una autora que ya me robó el corazón con sus anteriores obras.

Reconozco que si hablamos de recursos de comunicación, el ser humano a lo largo de la historia los ha inventado a granel y son aptos para todo público. Así que como comprenderéis, teóricamente debería resultar sencillo "conectar", ¿no?

Pero aunque el amor es por y para todos, ¿por qué resulta tan difícil encontrar a tu media naranja?

Yo, personalmente, deseo esa mermelada dulce que nunca te empalaga de la cual siempre quieres más sobre tu tostada. Ésa que en cada mordisco su crujir hace que tu alma se estremezca. ¡La quiero! Quiero untar mis días con dulcera y que ésta se quede conmigo y no se vaya.

Atención, dato curioso: Sin amor a uno no se le considera feliz. ¡Toma ya! Lo mismo que a una tostada...

Lo sé, estoy completamente ida, ¿será porque las agujas del reloj indican que son las siete de la mañana, estoy frente al ordenador y aún no he desayunado? Y claro, probablemente os preguntéis por qué... Y si queréis que os diga la verdad, en cierto modo es por amor. Sí señor, por amor. Por la pasión que siento cuando escribe, por el amor que me une a otras compañeras de plumilla. Precisamente por ello estoy aquí, sin desayunar dándole a la tecla como una loca. Por el cariño que siento hacia Raquel, la autora.

Volviendo al tema... El amor, el amor... sentimiento profundo del que no existe manual ni máster y todos sufrimos consecuencias profesionales. Y desde el primer beso caemos en sus redes y, ya lo ves, no importa si eres chica o chico. Él te atrapa y todo entonces te parece bonito, especial. Crees que las canciones fueron escritas para ti, que las flores del jardín de tu vecino te sonríen, de repente eres una persona mucho más tolerante, pacífica y comprensiva... Y por último, lo mejor, te enfrentas a las adversidades cotidianas con la mejor de tus sonrisas. Os presento el poder del amor.

Por contra, justo detrás, en la otra cara de la moneda la vida se vive de manera muy distinta. Sin amor la lente con la que miras el mundo se hace cada vez más y más opaca. Véase a través de este ejemplo: «¿No queda más café? ¿Es una broma? ¿Me lo estás diciendo en serio? Eso quiere decir que se te ha acabado a ti y no te has dignado a reponerlo». Esta situación o rabia, o impotencia o que el medio limón con el que convives se olvidó de avisarte que el café se había terminado, es impensable con amor.

Que se termine el café... ¡Pues sí! Es algo que puede pasar. Pero eso a ti te da igual, tú ves la vida de color rosa y simplemente sonríes; ¡sonríes!

Mira el mismo ejemplo volviendo a lado amable de la vida: «¡Ohhh, no hay más café! Me bajaré al bar y cuando salga del trabajo lo compro.» Exclamas casi sin inmutarte, mientras sigues sonriendo y peinándote como si esa misma mañana tuvieses una boda. Bajo los síntomas del amor te maquillas al detalle, te vistes provocativa, incluso el espejo te silba todos los días piropos y bajas la mar de feliz al bar a por ese bendito

café. Que no pasa nada... ¿Llueve? Bonito, todo me parece bonito Mientras tu corazón tararea sing in the rain.

Habrá quien diga que el amor es sencillo y que simplemente se basa en dejar salir del corazón esos sentimientos que desbordan tu alma... ¡Pero no! ¡No y mil veces no! Seamos realistas, en el día a día todo es más difícil. En lo cotidiano jamás escaparás a la discusión o del mal entendido. Nunca podrás darle esquinazo a sus manías o a las tuyas propias, a los celos por las ex, a las familias entrometidas... Y claro, todo esto hará que tu relación se tambalee.

No obstante, hay trucos. Sí, he dicho TRUCOS. Hay pequeñas cosas que puede hacer para que el amor se quede en tu vida y tu sepas sobrellevarlo.

Por ejemplo... ¡Leer! Sí señor, leer. Leyendo te transportarás a mundo maravillosos. Gracias a la lectura podrás vivir cientos miles de vidas; millones de romances una y otra vez.

Y de eso se trata, ¿no? Para eso estoy yo aquí, para recomendarte este fantástico libro. Para invitarte a que te adentres en él como si fuese una jungla y a que lo explores. Estoy para animarte a que pasees por él; por todas y cada una de sus palabras hasta llegar a la PALABRA. Sí, la PALABRA con mayúsculas. Esa que siempre aguarda paciente en la parte trasera de los libros. Sabes a qué me refiero, ¿no? Me refiero a la palabra FIN. Si llegas sé que no te quedarás indiferente. Sé que el recorrido por esta bonita historia que estás a punto de iniciar te servirá de algo. Quién sabe, puede incluso ayudarte. Tú sabes cómo, tú sabes cuándo. Yo sólo sé que si te embarcas en esta aventura tus horas volarán como volaron las mías. Estoy segura que este libro se hará un huequecito en tus recuerdos y agradecerás que yo te invite a gozarlo. Estoy segura...

En fin, qué más puedo decir... A sí, casi se me olvidaba... Quiero agradecerle a Raquel su invitación. No sólo a la lectura del libro sino a mi pequeña participación en él. Cuando me lo propuso pensé: «¡Dios! ¿Un prólogo? ¡Si yo nunca he escrito un prólogo!». No obstante, le dije que sí, le aseguré que lo intentaría. Y aquí estoy, dirigiéndome a ti a través del prólogo de este libro. Así que bueno, ya sabes... se benévolo/a conmigo, es mi primera vez. Todos tenemos una, ¿no? Espero que mi entradilla te haya sido grata y que sigas mi consejo: LEE EL LIBRO.

Y ahora, sin más, antes de marcharme, permitid que os dé un consejo: Nunca pienses que es demasiado tarde para encontrarte cara cara con el amor. Jamás desistas de encontrarlo. ¿Sabes por qué te lo digo? Porque sé que él está por ahí y quiere encontrarte. Mientras tanto lee literatura romántica, es la única manera que se me ocurre de que sigas creyendo en él.

Disfruta el libro.

Connie Jett

Capítulo 1

CERRÉ con sigilo tras de mí aguantando la respiración, no quería que las chicas notaran que había llegado a casa y mucho menos que me vieran con la cara hinchada de tanto llorar. Al fin respiré y apoyé la espalda en la puerta. Me dejé escurrir hasta el suelo, me quité los tacones y me abracé las rodillas hundiéndome mi cara en ellas. Sollocé intentando no hacer ruido, me quemaba una horrible sensación en el pecho, me sentía sucia...

Me recorrió un escalofrío por la columna vertebral, todavía sentía las manos de aquel indeseable colarse entre mis bragas, la sensación de agobio mientras me apesaba contra la pared, su asquerosa barba raspar la piel de mi cuello mientras me dejaba besos húmedos, la evidencia de su erección entre mis piernas. No podía creer que me hubiera pasado algo así.

Me sobrevino una arcada y salí corriendo del dormitorio, me colé en el cuarto de baño y vomité. Me desnudé y me metí en la bañera con la terrible sensación de sentirme violada, insultada, denigrada. Nunca podría haber imaginado algo así de él, parecía un hombre agradable y simpático y no era más que un hijo de perra que no quería volver a ver en la vida.

Me duché con el agua tan caliente como mi piel pudo soportar y me encerré en mi dormitorio. Las chicas parecían dormir o no estaban en casa, lo cual agradecí. No quería ver a nadie, no podía confiar en nadie.

¿Qué había pasado con mi vida? ¿Cómo había llegado a este punto? Tenía la sensación de haberlo perdido todo, el trabajo, la persona a la que quería... sólo de pensar en esa imbécil pavoneándose e intentando justificarlo se me revolvían las tripas. Toda la felicidad de meses anteriores se había difuminado de un plumazo en tan sólo unos días, todo se me había escapado de las manos, se había colado entre mis dedos y había ido a parar al desagüe más cercano. Bonita metáfora para una vida de mierda como lo era la mía. ¿Qué haría a partir de este momento? ¿Cómo lo podría solucionar? Es más... ¿todo esto tenía alguna solución?

Imposible volver a confiar en un hombre después de todo lo que me había sucedido. Mañana quizás debiera acudir a presentar una denuncia ¿Mañana? Ni siquiera estaba segura de querer vivir un mañana. ¿Cuál había sido el detonante de que toda mi vida se fuera a tomar viento?

Capítulo 2

Cinco meses antes:

Cómo es posible que este hombre sepa tan condenadamente bien, pensé mientras saboreaba la lengua de Daniel que surcaba mis labios. El calor lograba traspasar los poros de mi piel y me sentía un tanto mareada. Estaba segura de que no era sólo por ese espectacular beso: podía haber influido que llevaba alrededor de tres noches sin dormir por el trabajo atrasado en la oficina (traducido en interminables horas extras no pagadas), que eran las cuatro de la madrugada, que había tomado ya tres cervezas y media y que estábamos en pleno bar *Turbo Pub*, rockero a más no poder (que últimamente frecuentábamos cada fin de semana). *Theatre of Tragedy* sonaba a todo gas retumbando en los oídos, en el corazón, en la piel y hasta en mis partes más íntimas, al mismo tiempo que Dani me devoraba escondidos en una esquina al fondo del local. Qué ironía que la canción que sonaba se titulara *A distance there is*, porque aquí, entre nosotros, no cabía ni una mota de polvo.

Me faltaba el aire, pero no quería apartarlo. La música cesó y pasó un instante antes de que Daniel se alejara de mi boca. Respiré. Noté que sus ojos me atravesaban la piel. Otro segundo más. No comenzaba ninguna nueva canción y él aprovechó ese minuto de silencio para dar un trago a su copa, lo que me dio oportunidad para recuperar el aliento. Era el momento, mi momento, desvié la mirada y percibí que el que pinchaba la música miraba extrañado hacia el ordenador, quizás tenía dos o tres segundos más antes de que empezara a tronar otra.

Me acerqué hasta su oído y grité, porque sí, porque aunque no sonara música ya estaba media sorda después de cinco horas en aquel antro.

—¡Tengo que contarte algo!

—¡Dispara! — Gritó contagiado por la sordera.

—¡Me han ascendido!

—¿¡En serio!? —Después de una sonrisa de medio lado de esas que hacían que un hormigueo recorriera mi estómago (y mis bragas para ser sincera), me abrazó y me besó en los labios— ¡Cojonudo! Cuenta, cuenta...

Lo miré con cara de circunstancias, empezaba a sonar *Metallica, Enter Sandman*. Desde luego no me quedaba voz para gritar tanto y me encogí de hombros.

Daniel agarró mi mano y tiró de ella, atravesando las oleadas de gente que empezaban ya a gritar la letra de la canción. No entendía mucho de ese tipo de música, pero debía ser un clásico por la efusividad que abrigaba a mi alrededor.

Salimos del local y un fuerte pitido anegó mis oídos. Mi cara y mi cuerpo agradecieron el aire fresco de la noche. La ola de calor que azotaba desde hacía días la isla parecía haberse difuminado y mayo, volvía a ser mayo, en Playa del Inglés, pleno sur de la de isla de Gran Canaria. Durante el día el calor se volvía sofocante, pero las sombras pronto traían el fresco que hacía que todas y cada una de las terrazas de bares, restaurantes y pubs se llenaran hasta los topes.

—¡Cojonudo! —Repitió de nuevo mientras me tomaba por la cintura y me acercaba a él para abrazarme.

—Gracias —sonreí—, no me lo esperaba tan pronto, estoy muy contenta.

—¡Vamos a celebrarlo! —Asió de nuevo mi mano y tiró de mí para que lo siguiera.

—¿Más? —Le pregunté con una sonrisa en los labios.

—¿Tienes hambre?

Pensé en la última vez que había tomado bocado sobre las doce del mediodía: un sándwich de cangrejo y mayonesa en la oficina y un café, doble, solo y con mucha azúcar (sabía que lo iba a necesitar). Asentí mientras respondía:

—Ahora que lo dices, me muero de hambre.

—Vamos. Un par de calles más abajo hay una pizzería que no cierra en toda la noche. Están buenas y atienden rápido.

No me dio tiempo a contestar pues ya me arrastraba calle abajo. Hubiese sido más sencillo seguirle el paso si no hubiera decidido ponerme esa noche las botas negras de tacón de aguja de doce centímetros que me llegaban hasta las rodillas, guapa estaba un rato, pero lo de caminar no estaba incluido en su lista de cualidades. Aun así, sin protestar y deseosa de tomar algo y poder hablar un rato con él, lo seguí a paso ligero.

En un momento entendí por qué motivo atendían rápido. Fuera se apreciaba un cartel medio descolgado digno de los burdeles más cutres. Tras bajar unas oscuras escaleras para entrar al restaurante comprobé que estaba completamente vacío. Sólo disponía de dos mesas, las cuales estaban además de desiertas, algo sucias y en general... simplemente... daba miedo. Agarré con más fuerza la mano de Daniel que me observaba y sonreía. Procuré no mirar mucho hacia ninguna parte, porque si veía un mísero insecto atravesar el local saldría corriendo aún a riesgo de perder mi mano izquierda apresada en la de Daniel (que parecía no querer soltarme por los siglos de los siglos).

Diez minutos más tarde nos marchamos del local con una caja de pizza y dos latas de Coca cola. El coche no estaba muy lejos, a cinco minutos caminando. Él iba callado, concentrando en que no se cayera la caja, la bolsa con los refrescos y sin soltarme. Le di vueltas a lo que tenía en mente, no estaba segura de decírselo. Me puse nerviosa, me sudaban las manos, pero él parecía no notarlo.

—¿Vas a conducir? —Pregunté extrañada cuando después de entrar en su Volkswagen Polo Blanco lo puso en marcha. Pensé que comeríamos allí mismo y por lo que pude comprobar mi estómago no estaba de acuerdo en que lo hiciera esperar más tiempo y protestaba sonando de forma estrepitosa, a lo que Dani no parecía darse por aludido.

—Tranquila, sólo he tomado una cerveza, esta noche prefería tomar otra cosa... —me sonrió de medio lado mientras un calor sofocante recorría el interior de mis muslos. Se acercó, me besó en los labios, su lengua buscó la mía con fervor y se apartó de forma repentina— Vamos a un sitio más íntimo.

Era incomprensible que los ojos no se me hubieran cerrado solos durante el trayecto a pesar de lo fatigada que me sentía. Tardamos cerca de una media hora en llegar al lugar en cuestión. Miré a un lado, miré al otro, no tenía ni idea de dónde estábamos. Aislado seguro, no pasaba ni un solo vehículo, ni una sola farola que alumbrara el camino. Paró el motor en un apartadero bastante amplio a la izquierda de la calzada y encendió la luz del interior del vehículo. Debíamos estar en alguna montaña perdida de la isla con unas vistas espectaculares que no lograba identificar a esas horas de la noche.

—¿Comemos? —Preguntó mientras me tendía mi bebida. Rodó todo su asiento lo más atrás posible para poder abrir la caja de pizza y colocársela encima de las piernas sin que chocara con el volante—. Lucía, venga, cuéntame.

Terminé de devorar la primera porción de pizza que tenía en las manos y di un trago a mi Coca cola.

—Pues no sé muy bien cómo ha ocurrido. He cumplido dos años en la empresa, Darío me hizo una evaluación, estuvimos hablando mucho tiempo y me propuso el cambio. Paso a ser responsable de Administración y Recursos Humanos. Ya había estado colaborando, me había involucrado mucho en las cuentas de la empresa, incluso cuando todos los compañeros se iban a casa a descansar yo me quedaba. Sabía que Darío estaba pasando un mal momento con la auditoría que tuvimos a principios de semana. Después de que Noelia se marchara de Administración se dio cuenta de que aquello era un caos. Pero bueno, lo logramos, pasamos la auditoría y ha

quedado todo organizado. Ha confiado en mí, el lunes va a comunicarlo al señor Gustavo Fuentes, el Presidente de Translogic, que tiene que darle el visto bueno. Teniendo en cuenta que Darío es un subordinado de su total confianza que forma parte del equipo directivo, me ha asegurado que será mero trámite y no habrá objeciones por su parte.

Cogí otra porción de pizza y empecé a saborearla todavía con un hambre atroz. Hubo un momento de silencio que agradecí. Daniel me devoraba con la mirada, podía adivinar el deseo en sus ojos y que se estaba reprimiendo para dejarme hablar y comer.

Dani y yo nos habíamos conocido en torno a un año y medio atrás, una noche que Silvia, una de mis mejores amigas, y yo salimos a tomar unas copas al bar *El Guincho*, céntrico a más no poder, donde trabajaba Samuel, su ligue del momento. Allí las horas pasaban entre tapas de “*papas arrugás*” con *mojo*, pata de cerdo asada, aceitunas, queso majorero y copas de lambrusco, abocado o cócteles de todo tipo dependiendo de la noche y el ánimo de fiesta. Mientras, la música pop del momento amenizaba haciéndonos mover, cantar y bailar en nuestros asientos.

Daniel era amigo de un compañero de trabajo de Samuel y estaba por ahí para saludarlo y tomarse unas cañas. Nos presentaron y pocos segundos después nos pidió permiso para acompañarnos en nuestra mesa. La imagen del Dani de entonces distaba horrores de la de ahora, no porque fuera mejor ni peor, si no porque parecía otra persona. Repeinado hacia atrás, camisa de cuadros planchada a la perfección y abotonada hasta arriba, jersey de pico, pantalones vaqueros de color celeste marca Levi's Strauss y unos zapatos de piel negros que parecían muy caros.

Con el tiempo que hacía desde que conocía a Daniel y todo lo que me había contado sobre su familia, supongo que un día simplemente se cansó de que su mami le eligiera la ropa y le plantó cara, produciéndose un cambio radical. Peinado despeinado, esos mismos ojos grises y rasgados que me encantaban, sonrisa de medio lado en esos labios que me moría por devorar y barba descuidada. En su cuerpo los tatuajes se fueron sucediendo uno detrás de otro. Los tonos de su ropa fueron variando todos al negro, chupas de cuero, vaqueros rajados y desgastados y botas de tachuelas. Dani me contó que el día que apareció con su primer tatuaje en casa a su madre le dio por hiperventilar y se pasó la tarde llorando en el sofá.

Dani era hijo único, pero no uno cualquiera, sino uno de familia bien y madre sobreprotectora. Alberto y Claudia pasaban de los cuarenta años cuando lo tuvieron, estaban chapados a la antigua, más preocupados por el qué dirán que por su propia felicidad y la de su hijo.

Trabajaba como administrativo en el Ayuntamiento a pesar de haber estudiado la licenciatura en Traducción e Interpretación y hablar de forma fluida y correcta inglés, francés y alemán. Era un trabajo estable en el que estaba cómodo, con un buen horario y buenas condiciones y nada le hacía desear otra cosa. Lo complementaba con alguna que otra traducción que uno de sus profesores de facultad le pasaba para ganar algún dinero extra.

Desde el primer momento en que lo vi me atrajo, debo confesarlo, y es que tenía algo especial. A parte de cierto atractivo, sin exageraciones, sólo de buen ver (aunque he de reconocer que con el paso del tiempo y su cambio de look yo lo veía más guapo cada día). Aquello tan especial que tenía Dani se llamaba labia. Siempre se podía hablar de cualquier tema con él. Además era una persona muy divertida, enérgica y positiva, su sentido del humor me arrancaba, siempre que se lo proponía, una sonrisa de los labios.

Fue Daniel quien hizo que me interesara por la música heavy, tanto de las baladas de *Dream Theater*, como de las letras pegadizas y antisistema de *Barricada*, que escuchara una y otra vez *Sonata Arctica* o *Extremoduro*. Nuestra primera vez en su coche *Barricada* cantaba en mi oído *Balas blancas* mientras cabalgaba encima de él en

busca del éxtasis.

No sé por qué durante mucho tiempo lo nuestro no terminó de cuajar, quizás por varias razones, entre ellas que yo no le abrí mi corazón de par en par, ni fui tras él aunque me sentía atraída. Ya habían pasado los primeros amores de mi vida, de esos que te arrancan el corazón y lo hacen trizas y en aquel momento trataba de vivir la vida a tope, no estaba dispuesta a ponerme fácil a mí misma eso de volver a enamorarme.

Al principio no tomó muy bien mi actitud. De pronto pasábamos juntos un fin de semana espectacular y después yo desaparecía, incluso dejando pasar más de dos semanas antes de descolgar el teléfono y llamarlo. No contestaba sus llamadas y no respondía sus mensajes. Al final nos fuimos adaptando y nos hicimos de eso que hoy se denomina con una palabra muy fea que yo prefiero llamar “amigos con privilegios”. Pero cierto es que hay cosas que uno no puede controlar: el roce termina llevando al cariño. Con el paso de los meses se convirtió en el único chico con el que me apetecía quedar, a pesar de que cuando nos conocimos no le hacía ascos a ninguna cita con alguno que me gustara o con algún amigo “privilegiado”. Así que pasamos de vernos de forma eventual a hacerlo cada fin de semana, llegó el momento en que nos juntábamos el viernes y no nos despegábamos hasta el domingo por la noche. Sin embargo, el pensar en algo más formal o estable me daba urticaria y siempre intenté resistirme a sentir un cariño especial hacia él, así que durante la semana no daba señales de vida hasta el siguiente viernes por la mañana que un mensaje con su respuesta confirmaba la hora de nuestra siguiente cita. Él se conformó y se adaptó a mí y al final llegamos a un equilibrio cómodo para ambos.

Estaba a punto de cumplir treinta y dos años, sin embargo podía vislumbrar en él una especie de síndrome de *Peter Pan* que no le dejaba madurar del todo, refugiándose en el país de *Nunca Jamás* para no tener que crecer y enfrentarse a las responsabilidades, que por norma, te exige la vida cuando entras en la madurez.

Hoy en día me gustaba todo de él, sobre todo su aire macarra, aunque en el fondo sabía que bajo todas aquellas capas negras se escondía el mismo niño de mamá y papá que yo había conocido tiempo atrás.

Le quité la caja de pizza que cerré y coloqué en el asiento trasero del vehículo. Proporcionarle algo de alimento y cafeína a mi estómago me había reconfortado y me había recargado las pilas. Tomé un último trago de Coca cola y me acerqué a besarlo, Daniel no dudó en corresponderme. Pronto el calor y el vaho empañaron los cristales del coche y la humedad en el ambiente hacía que pequeñas gotitas de sudor resbalaran por mi espalda. Sus besos sabían dulces y picantes al mismo tiempo, era una especie de chocolate que me tenía adicta y al que no quería resistirme. Las yemas de mis dedos se convertían en fuego mientras se deslizaban por su camiseta hasta llegar al botón del pantalón que de un movimiento desabroché. Me lancé a devorarlo, desde luego, él era mi postre favorito.

Daniel rugió y me agarró con suavidad la cabeza enredando sus dedos en mi cabello alborotado, mientras sus caderas se movían hasta que logré adaptarme al ritmo que exigía su cuerpo. Mi boca se llenaba de él, de su sabor, de su dureza, de su deseo.

—Joder —murmuró mientras me apartaba con suavidad instantes después.

Me dio un tierno beso antes de recostarse sobre su asiento para recuperar el aliento. Costaba respirar allí dentro, el calor sofocante y pegajoso me asfixiaba. Abrí la puerta, tomé un trago de refresco y salí para echar un vistazo y curiosar lo que había a nuestro alrededor.

Parecía un mirador abandonado o algo por el estilo, en todo el rato que llevábamos allí no había pasado ni un solo coche. La noche estaba despejada y las estrellas relucían, la luna nueva que reinaba me hacía recordar a la sonrisa del gato de *Cheshire* de *Alicia en el País de las Maravillas*. Muy lejos se veía una carretera por la que transitaban vehículos y más allá una playa, no sabría decir cuál, pero desde donde

me encontraba podía notar que el mar estaba en calma.

Suspiré. Había disfrutado un bonito día con muchas emociones, no obstante había algo que oprimía mi estómago. Quería hablar con Daniel, perder todo el miedo y toda la timidez y afrontar de una vez lo que rondaba por mi cabeza hacía semanas. Me apoyé en el maletero del coche disfrutando de las vistas y el aire fresco de la madrugada. Daniel vino a mi encuentro, se acercó con su deslumbrante sonrisa y se colocó frente a mí.

—Estás guapísima, pelirroja, hasta con el pelo revuelto.

—Hombre, gracias. Qué forma más sutil de decirme que estoy despeinada —le increpé entre risas.

—Me vuelves loco —dijo y yo sonreí—. ¿Sabes que me pones a mil con esa minifalda? —Se acercó colocando una mano en mi cintura.

—Lo sé, por eso me la he puesto hoy —sonreí de nuevo al contestarle.

—Me pones, me pones mucho. Estás increíble. Te comería enterita aquí mismo mientras te lo hago una y otra vez.

Me ruboricé. Después de un año de estas citas cada poco tiempo no me acostumbraba a que me mirara así, a que me deseara tanto. Cuando él se acercaba mi corazón latía como loco y un fuerte pellizco hacía encogerse mi estómago, el calor inundaba mi ropa interior y mis labios se desesperaban para que llegara de una vez por todas uno de esos desmedidos besos que me dejaban sin aliento.

Quizás era el momento para confesarle que me estaba enamorando de él, si es que no lo estaba ya hasta las trancas, de proponerle algo más serio aún a riesgo de recibir unas tremendas calabazas por su parte. Seguir como hasta ahora no nos llevaba a ninguna parte y si él no tenía otras intenciones acabaría sufriendo. Quizás sólo era esa chica que veía los fines de semana, por eso necesitaba saber cuáles eran sus sentimientos y hasta dónde quería llegar con todo esto...

Por el momento sabía a la perfección lo que él quería, venía a buscarlo y no era hablar, me quedaba claro. Su boca y la mía se fundieron, devorándonos. Pronto el calor acudió al centro de mi cuerpo haciendo que me derritiera. Noté que sus manos rebuscaban bajo mi falda y apretaban mis nalgas haciéndome enloquecer.

Se separó un poco y con una sonrisa apartó un mechón de mi cabello que se había interpuesto entre su cara y la mía, susurrándome:

—Date la vuelta —me quedé de espaldas a él con las manos apoyadas en la luna trasera del coche—. Lucía, estoy muy caliente.

Me perdía en sus palabras al tiempo que sus dedos escudriñaban bajo la minifalda invadiendo mi sexo, haciendo que mi interior se contrajera rápidamente y se me escapara un suspiro. Noté como separaba mis piernas con las suyas y levantaba mi ropa por encima de la cintura.

—Daniel, ¿aquí? —Atiné a preguntar antes de perder del todo el control.

—Me provocas —dijo mordisqueándome el cuello, la oreja, el hombro—. No puedo evitarlo. No pasará ningún coche, estamos en una carretera abandonada. Hace años que no se utiliza desde que se abrió la circunvalación.

Segundos después me empujó suavemente la espalda hacia abajo y se coló dentro de mí con fuertes embestidas que me dejaron sin respiración. Su piel me quemaba, o quizás era la mía la que quemaba a él. Sus jadeos se convirtieron en un ronco gruñido que me encendía aún más. No tardamos en fundirnos. Me temblaban las piernas y tuvo que sujetarme fuerte para que no me cayera. Se separó, me dio una suave nalgada y colocó mi minifalda.

—Joder, Lucía. Ha sido la hostia —susurró entre resuellos. Me giré anhelando sus labios y volvió a besarme.

—Necesito sentarme —Jadeé. Mis piernas temblaban de forma desmesurada mientras notaba la humedad resbalando muslos abajo.

Pasamos al interior del vehículo y terminamos de comernos los trozos fríos de pizza que quedaban en la caja.

De pronto a Daniel parecían haberle dado cuerda y no paraba de hablar. Me contó toda su semana en el trabajo, anécdotas con sus compañeros, nuevos recorridos que había descubierto con su bicicleta, las películas que había visto, el libro que se había leído... Me empezaban a pesar los párpados de tan exhausta que me encontraba. No había dormido más de tres o cuatro horas seguidas en toda la semana y el sopor me alcanzaba de forma inevitable, a pesar de ello no quería postergarlo más, quería hablarlo de una vez.

—Me gustaría decirte algo —le interrumpí. Las manos me sudaban y las piernas no dejaban de temblarme. No sabía con exactitud si la causa del tremendo terremoto que se apoderaba de mi cuerpo era el increíble orgasmo que acababa de tener apenas unos minutos atrás o el temor y la vergüenza por hablar lo que llevaba posponiendo mucho tiempo.

—Dime.

—Bueno, para ser sincera es más bien una proposición.

—¿Una proposición? —Preguntó mientras su sonrisa se volatilizaba. Miré mis manos sudorosas que no paraban de moverse, intentando por todos los medios evitar su mirada.

—Es que... bueno, llevamos viéndonos más de un año. Hemos sido buenos amigos, sin compromisos, sin ataduras, sin horarios y me preguntaba si no te gustaría que diésemos un paso más. En los últimos meses nos hemos visto cada fin de semana, y... no sé... creo, creo que siento algo por ti y me gustaría probar qué pasa si seguimos adelante.

—Eeeeeee... —levanté la cabeza para mirarlo, parecía sorprendido—, pues... no sé... ¿Por qué no? Si hay alguien con quien quiera estar en este momento es contigo, me parece bien que intentemos algo más serio.

Se me iluminó la cara, lo abracé y le di un suave beso en los labios.

Capítulo 3

LOS meses transcurrían y en Translogic mi nuevo puesto estaba bajo control. Me encargaba de las entrevistas para las nuevas incorporaciones, el papeleo ordinario de contrataciones, elaboración y pago de impuestos y también controlaba directamente todo lo que tenía que ver con los movimientos bancarios. En mi jornada normal, el WhatsApp sonaba una media de seis o siete veces con monigotes con la lengua fuera, corazones, flores y demás emoticonos de la gama que me hacían sonreír.

Me parecía increíble que la relación con Daniel fuera tan bien, nunca esperé que dijera que sí y menos que se involucrara tanto. Seguíamos viéndonos prácticamente los fines de semana debido sobre todo a nuestros horarios de trabajo incompatibles, pero las cosas habían cambiado. El móvil sonaba constantemente, íbamos al cine, a veces si no estaban Carolina y Silvia, mis compañeras de piso, venía a casa y nos sentábamos a ver una peli tranquilamente y a amarnos en el sofá, en la cocina, en la alfombra, en el baño... Cuando estaban en casa apenas se acercaba a mí, supongo que para no incomodarlas y era un amor con ellas, les daba conversación y gastaba bromas todo el tiempo.

Silvia trabajaba también en Translogic. Cuando yo ascendí la propuse como secretaria de Darío y él, que necesitaba a alguien sin dilación, no dudó en contratarla. Así que desde entonces nos veíamos cada día en la oficina. No tenía mayor alegría cada mañana que tomarme el primer café del día en el bar frente al curro con mi rubia favorita. Todavía me costaba verla con ese nuevo aspecto con el que no paraba de sorprenderme, por ejemplo, con aquella falda de tubo negra hasta las rodillas, con una camisa ajustada y perfectamente abotonada en color violeta y unos espléndidos taconazos negros. Me chocaba, ésa no era mi Silvia. Estaba acostumbrada a que se paseara de arriba a abajo con sus vaqueros desgastados, camisetas holgadas que por norma general estaban raídas y dejaban demasiada piel al aire y por supuesto a juego con cualquiera de su gama de botas planas en todos los colores. Sorprendente, desde luego, lo que se puede hacer por un puesto de trabajo.

Silvia y yo nos conocimos en la Facultad de Relaciones Laborales, se sentó a mi derecha el primer día de clase, llegaba tarde (como luego descubriría era lo habitual en ella) y venía con la gota de sudor pegada a la frente. Cuando se acomodó a mi lado sentí su respiración entrecortada por la carrera que se acababa de dar.

—Soy Silvia —susurró, pues la clase ya había comenzado.

—Hola, soy Lucía —le contesté en el mismo tono.

No volvimos a hablar hasta el primer descanso y desde ese momento ya nunca más nos despegamos. Silvia y yo nos pasábamos horas en la cafetería y en la Biblioteca General del campus universitario de Tafira. También comíamos muchas veces en la Facultad de Derecho con Carolina, así fue como ellas dos se conocieron, haciendo buenas migas desde el minuto uno.

Silvia tenía la capacidad de poder hablar durante horas sin tomar si quiera un vaso de agua. Era muy divertida, con unas ocurrencias que nos hacían estallar en carcajadas en sus mejores momentos. En los peores, también intentaba siempre ofrecer una sonrisa que rompiera la tirantez.

Las tres nos volvimos inseparables, tanto que cuando finalizamos los estudios y conseguimos nuestro primer empleo: yo como cajera de una importante cadena de supermercados de la isla, Silvia unos tres meses después como recepcionista en un centro de estudios y poco después Carolina, que aunque aún le quedaba un curso escolar más para finiquitar su Licenciatura, entró a formar parte del bufete de abogados de su tío Carlos, nos fuimos a vivir juntas.

Nuestro piso era bastante modesto, aunque bien situado en la zona de Mesa y López, muy cerca de la playa de las Canteras. No era demasiado grande, tres habitaciones, dos baños y salón-cocina separados por una barra americana. Uno de los baños estaba integrado en el dormitorio de Carolina, fue el acuerdo al que llegamos ya que ella aportó más dinero desde el principio, no sólo abonando la fianza del piso, sino también contribuyendo en un mayor importe del alquiler que nosotras, ya que tenía una nómina mucho más sustanciosa que la nuestra y se lo podía permitir. Ella tendría la comodidad de disponer de la habitación más amplia y baño individual y Silvia y yo, a cambio, podríamos vivir de forma un poco más desahogada.

La playa de las Canteras era uno de mis sitios favoritos de la isla. Bien lo frecuentaba para ir a pasear y tomar un helado o una cerveza por las tardes con los amigos o para ir a tomar sol y darme un baño en el mar. También suponía un lugar de encanto perfecto para acabar una cita agradable con un beso, mientras la luna nos vigilaba de cerca y un baño de estrellas eran testigos del momento, con la increíble banda sonora de las olas estrellando en la orilla. A las tres nos encantaba la playa y vivir en una zona céntrica como Mesa y López.

Miré la hora y vi que eran más de las dos de la tarde, las tripas me rugían, apenas había tomado un café desde el desayuno que había devorado a las seis de la mañana. Me levanté y me acerqué al puesto de Silvia con la intención de raptarla y que nos hiciéramos compañía mutuamente durante la hora del almuerzo. Me di cuenta de que tenía un pañuelo arrugado en la mano, estaba llorando o lo parecía. Sus gafas de pasta negras descansaban junto al teclado e intentaba disimular con su melena suelta el tono rojizo de sus mejillas y las bolsas bajo sus ojos.

Me acerqué mientras se me borraba la sonrisa y me senté en una de las sillas que había frente a su mesa.

—¡Eh, princesa! ¿Qué pasa?

Silvia estaba intentando con toda la delicadeza del mundo que no se le corriera la máscara de pestañas, aunque ya tenía dos ríos negros que navegaban rostro abajo desde sus ojos.

—No sé qué le pasa a Darío, lleva unos días insoportable. No hace más que gritar y dar portazos. Me pone de los nervios.

—¿Has metido la pata en algo? —Le pregunté preocupada.

—Que yo sepa, no —negó. Se mordía el labio inferior de forma compulsiva y nerviosa.

—Vámonos a comer —me levanté y fui hasta ella, le tiré del brazo mientras Silvia oponía resistencia.

—No sé si debo —se lamentó mirando al interior del despacho de Darío. A través de la persiana se percibía que estaba discutiendo de forma muy acalorada con alguien por teléfono.

—¡Tonterías! Es la hora del almuerzo. Vámonos de aquí.

Mi amiga se levantó rezongando y me siguió.

En vez de ir al restaurante que quedaba justo enfrente de la oficina donde sin duda estaría plagado de compañeros de trabajo, cruzamos la calle y fuimos hasta el final de la siguiente, en la que había un pequeño restaurante italiano que era más caro, pero también más tranquilo.

Aquella mañana de septiembre había amanecido despejada y el sol resplandecía calentando nuestra piel. Le propuse sentarnos en la terraza debajo de una sombrilla donde la presencia de “Lorenzo” y el cielo limpio y azul reconfortaban a cualquiera. No había nadie fuera, por lo que podríamos estar tranquilas.

Pedimos la comanda al camarero antes de comenzar a hablar.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué pasa?

—No sé, Lucía. Darío está extrañísimo, no para de darme voces, me trata de forma

brusca. He repasado mil veces mi trabajo y no veo nada que esté mal. ¿Y si me despide? Si lo hace tendré que volver a casa de mis padres, no podré pagar el alquiler. Tengo veintinueve años por Dios, no quiero volver a vivir con mis padres.

—No te preocupes cielo, no te pongas nerviosa, no te va a despedir. Ya me lo hubiese dicho y yo le hubiera dado una fuerte patada en sus partes nobles —dije haciéndola sonreír.

Le coloqué un mechón de su larga melena rubia detrás de la oreja, se quitó las gafas para limpiarlas y las puso encima de la mesa. Le dio un trago a la bebida que le sirvió el camarero, supongo que intentando deshacer el nudo de su garganta, pero las lágrimas seguían cayendo.

—Silvia, no seas tonta. No te pongas así por el trabajo. El trabajo es sólo eso: trabajo. Darío es un buen jefe, quizás tenga algún problema con el equipo directivo, o le ocurra algo en su vida personal que le esté afectando.

Silvia lloró y lloró más fuerte. El camarero que se acercaba con nuestros platos me miró pálido y asentí para que se aproximara. Cuando se hubo marchado seguí intentando animarla:

—No entiendo que te pongas así por un par de gritos. No te va a echar así de buenas a primeras, Darío no es así. Y si lo hace, no pasa nada, yo cubro tu parte del alquiler hasta que encuentres algo, sin embargo estoy segura de que no pasará. No vas a volver a casa de tus padres.

—Si no es eso... —sollozaba e hipaba y yo seguía sin entender. Cogí una *papafrita* y la mordisqueé. Las tripas me sonaban, pero no era momento de comer con mi amiga así.

—¿Entonces? ¿¡Quieres tranquilizarte para que dejes de asustar al camarero que está a punto de llamar a los bomberos!?

Mi amiga levantó la cabeza y vio a aquel pobre macizorro, de unos veinte años, que apretaba con fuerza un trapo en las manos mientras miraba hacia nosotras con cara de susto.

Silvia rio y se secó las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Ay, perdona amiga... es que... es que... ¡Qué bueno ese maromo! ¿No? —Reímos las dos.

—Pues sí, pero vamos, que le pasamos hace tiempo ya. No sé si estaría penado por ley —dije sin parar de reír mirándolo de forma disimulada.

Mi amiga volvió a sonreír secándose las lágrimas. Le dio otro trago a la bebida que tenía delante y agarró el tenedor.

—Me muero de hambre —sentenció algo más calmada.

—¡Y yo! —Contesté antes de atacar mis calamares rebozados.

Comimos en silencio, y Silvia parecía más tranquila. El buenorro de los vaqueros ajustados y el delantal blanco se acercó hasta nosotras.

—¿Todo bien? ¿Estaba rico?

—Delicioso —respondí sonriendo.

—Sí —contestó Silvia.

—Tráenos algo de chocolate de postre, anda sé bueno, que mi amiga lo necesita —le rogué mientras le guiñaba un ojo y Silvia me daba una patada por debajo de la mesa.

Sonó mi móvil y en menos de medio segundo desbloqueé la pantalla, era el WhatsApp:

Daniel: *“Te quiero pelirroja”*.

Lucía: *“Te quiero. ¿Nos vemos esta noche?”*.

Teclé rápidamente para contestar a Dani, por fin era viernes y estaba deseando verlo. Además hoy tomábamos vacaciones los dos. Por primera vez pasaríamos unos días juntos. El destino era un pequeño apartamento con piscina, cercano a Maspalomas, en el municipio de San Bartolomé de Tirajana, al sur de la isla.

Daniel: *"Por supuesto, te recojo a las diez en tu casa. Besos."*

Lucía: *"Ok. Besos."*

Se me quedó la sonrisita tonta y levanté la cabeza cuando advertí un suspiro de Silvia que me miraba de nuevo con sus ojos color miel anegados en lágrimas.

—Pero ¿qué pasa ahora?

—Si te lo cuento me va a matar —me contestó.

—¿Si me cuentas qué? ¿Quién te va a matar? —Pregunté, mientras se acercaba el bombón con un par de mousses de chocolate que dispuso delante de cada una. Miró a mi amiga, sonrió y le guiñó un ojo. Intenté aguantar la risa hasta que se hubo marchado.

—¿Me acaba de guiñar un ojo? —Preguntó mi amiga descolocada mientras le nacía la sonrisa de nuevo y los mofletes se le ponían colorados. Estallamos en risas.

—Bueno, tú no me cambies de tema. Deja que el bomboncito te tire los trastos, pero cuéntame qué es eso que no me tienes que decir y por lo que algún sujeto pretende asesinarte.

Silvia respiró hondo y tomó aire antes de contestar.

—Darío y yo nos hemos acostado.

—¡¿QUÉ?! ¡Qué dices! ¿Estás loca? —Vociferé.

—Lo sé, lo sé... jopé, no me pude resistir. ¡Es tan mono!

—¿Mono? —Rememoré la imagen de mi jefe. Pasaba de los cincuenta, eso seguro, aunque estaba en muy buena forma y para pasarse media vida encerrado en la oficina tenía buen color. Por lo demás, no sé... era normal. Tenía ojos de jefe, orejas de jefe, cabello de jefe, labios de jefe... ¡¡Era el jefe!! —¡Estás loca! Y por eso está tan raro. ¿Os habéis peleado? Silvia, esto no puede traer nada bueno.

—Ay lo sé. Pero no, no nos hemos peleado. No sé si está de ese humor porque ahora tiene que encontrarse conmigo a todas horas en la oficina o si ocurre algo que no me haya contado.

—No tienes remedio. Pues ahora no te queda otra que esperar a ver por dónde sale todo esto —la sermoneé mientras el gusanillo de la curiosidad me picaba—. ¿Cómo pasó?

Silvia hizo un amago de sonrisa que relajó la tensión de su rostro.

—Me lo encontré hace algunas semanas en la playa de Salinetas, iba dando un paseo por la orilla. Casualmente había ido sola con mi mp3 y mi libro y le pedí que se sentara un rato conmigo a hacerme compañía...

—¿Salinetas? —Le interrumpí—. ¿Por qué fuiste hasta Telde para ir a la playa cuando tenemos las Canteras a cinco minutos de casa?

—No sé, no hacía buen tiempo en las Canteras —desvió la mirada. Solté un par de carcajadas.

—A mí no me engañas, arpía. Ese discurso te lo traías ensayadito de casa —afirmé riéndome—. Estoy segura de que te ha contado en alguna ocasión que solía ir a pasear a esa playa cada día, porque recuerdo que a mí me lo repetía sin cesar. Sabes que vive justo al lado.

—¿Por qué no puedo simplemente querer probar otra playa? Todo lo tienes que sacar de contexto —espetó ruborizándose.

—Ja, ja y ja. Quieres decirme que tú que odias ir en transporte público y no tienes carnet de conducir, hiciste dos trayectos, en los que tardarías como una hora en llegar precisamente a esa playa y no a ninguna otra de las que la rodean.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Pesada! Estuve yendo unos días seguidos. Lo vi un par de veces, pero él no se había fijado en mí, hasta que me compré...

—¡El bikini rosa fluorescente! ¡No me lo puedo creer! —La interrumpí entre risas, a pesar de que ella parecía estar bastante abochornada— Yo que pensé que te habías vuelto demasiado moderna después de cinco años viéndote con los mismos bikinis

modositos en negro o en negro... o déjame pensar... en ¡negro! Y de pronto apareces con esa cosa rosa chillón.

Silvia, azorada, se encogía en su asiento como si quisiera ser tragada por la tierra mientras sus cachetes tomaban un tono tan rojizo como mi pelo.

—Pues sí, imposible no verme con ese bikini. Me puse cerca de la orilla y cuando pasó a mi lado me di cuenta de que miraba extrañado hasta donde estaba yo. Cuando llegó a mi altura se acercó a corroborar que había visto bien y nos saludamos.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —Desde luego, se hacía la tonta.

—Qué va a ser, ¿por qué Darío? —Insistí.

—No sé, me gusta.

Asentí, mientras el camarero se acercaba a cobrarnos la cuenta y nos levantamos rápidamente al ver la hora. Eran cerca de las tres y media y teníamos que volver a la oficina.

—Ay Dios mío, no sé qué voy a hacer contigo —dije pasándole el brazo por encima y abrazándola mientras caminábamos.

Según entramos en las dependencias de Translogic mi amiga palideció al ver como Darío se dirigía directamente hacia nosotras con cara de pocos amigos.

—¡A ti te quería ver yo!

—Lo siento, Darío —se excusó Silvia muy bajito— fui a comer.

—No pasa nada —respondió él bajando el tono como un millón de veces y me miró—. Es a ti a quién quería ver. Pasa a mi despacho, por favor.

Oh, oh... ay mi madre. ¿A su despacho? ¿Qué habré hecho?, cavilé. Hice un rápido repaso de la última semana pero no se me ocurría nada. Mi amiga me miró más asustada todavía, pero en parte parecía aliviada.

Seguí a Darío mientras notaba que el corazón se desbocaba en mi pecho.

—Por favor Lucía, cierra la puerta y siéntate.

Sin soltar palabra, cerré y noté cómo me empezaban a temblar las piernas antes de sentarme delante de él. Me quedé mirándole hasta que arrancó a hablar.

—Lo siento Lucía, he intentado evitarlo por todos los medios, pero es una decisión del equipo directivo y no puedo protegerte.

—¿Protegerme de qué? ¿He hecho algo mal?

—¡No! No, no... no es eso. Hay un problema Lucía, en la sucursal de Ingenio necesitan a alguien de Recursos Humanos que se encargue del personal de almacén, transporte e informática. He intentado que lo unifiquen todo aquí, pero por el momento el Presidente no quiere. Todas las personas que han contratado desde hace más de seis meses no soportan ni dos semanas en el puesto y el equipo directivo ha decidido elegir a alguien que ya lleve algún tiempo en la empresa y controle el sistema. Las votaciones te han señalado directamente.

—Bueno... —suspiré aliviada— ¡Qué susto! Pensé que ibas a despedirme. No pasa nada Darío, Ingenio no está tan lejos, media hora en coche y llego. Es una pena no poder estar aquí, pero lo haré bien, no te preocupes.

—No lo entiendes. Esa sucursal la dirige Alejandra.

Alejandra tenía bastante mala fama entre el personal, todo el mundo le tenía miedo, odio o cosas aún peores. No me gustaba tener ideas preconcebidas y a ella, aunque la había visto alguna vez, no la conocía, así que no haría caso a las habladurías. En todo el tiempo que llevaba en la empresa me había adaptado bien y nunca había tenido problemas con nadie.

El día que me llamaron de Translogic para hacer la entrevista frente a mí había cuatro personas que me hicieron mil preguntas, una de ellas era Darío. Detrás de mí había otras veinticuatro chicas candidatas al puesto. De todas las entrevistadas entramos tres a trabajar en diferentes departamentos. Darío me había explicado en qué

consistiría mi puesto, auxiliar administrativo en el Departamento de Administración de la empresa, donde trabajaría bajo sus órdenes directas. No era nada importante, pero era un buen cambio después de cuatro años trabajando en el supermercado y algún que otro trabajo esporádico como camarera, comercial, dependienta, auxiliar de cocina en un Burger... por fin había tenido la posibilidad de trabajar en un puesto de oficina, donde me habían asegurado que tendría muchas posibilidades de promocionar dentro de la empresa, tal y como había sucedido dos años más tarde.

Darío siempre había sido un jefe que emanaba buen rollo. Exigente, pero al mismo tiempo divertido y comprometido con su trabajo. Tuvimos una especie de feeling laboral, trabajábamos bien juntos. Solía contar chistes muy malos que sólo entendía él, pero me hacía gracia cómo se esforzaba por hacernos reír. Aunque los objetivos eran cada vez más duros, era el primero que se quedaba si había que echar horas. Nunca dudaba en darte una palabra de apoyo, pagar el almuerzo si había que trabajar a destajo y traernos alguna golosina o chocolate cuando el estrés tensaba el ambiente en la oficina. Rondaba los cincuenta años, a mí no me parecía especialmente atractivo, tampoco feo, supongo que nunca lo miré como un hombre, sino simplemente como mi jefe.

Lo que más me gustaba de Translogic era la cantidad de personas que trabajaban allí. Era una empresa importante, grande y fuerte, con alrededor de cien empleados sólo en la sucursal de las Torres donde yo trabajaba.

Por todo ello había temblado cuando Darío me había llamado al despacho, perder todo aquello con lo que estaba cómoda no me gustaba. La idea de cambiar de oficina me incomodaba, pero siempre había tenido una actitud muy positiva, seguro que algo bueno traía.

—No pasa nada Darío, me portaré bien. No voy a tener problemas con Alejandra —le respondí al fin tras unos segundos cavilando.

—Quiero que sepas que esta decisión no tiene nada que ver conmigo, yo te prefiero aquí. ¡A ver qué hago yo ahora sin ti! Tendré que volver a asumir más trabajo.

Sonreí porque me reconfortaba su reconocimiento y apoyo en todo momento.

—Tranquilo, Darío.

—Te incorporarás a la nueva oficina después de tus vacaciones. Descansa y vuelve con las pilas puestas, haré lo posible por recuperarte.

—Muy bien. Yo confiaría más en Silvia, ella te puede ayudar en Administración. Estudiamos juntas, es una chica responsable.

—Sí, sí... —contestó poniéndose algo nervioso—. Claro, lo pensaré.

Le sonreí, me levanté y me fui a cerrar el trabajo que me había quedado pendiente antes de irme a casa intentando que se disipara el tembleque en mis piernas.

Capítulo 4

FINALES de verano en el sur de la isla, el sol brillaba tal como en el mes de agosto. Un calor intenso se colaba por todas partes y una humedad pegajosa te envolvía de arriba a abajo. Yo aproveché para disfrutarlo al máximo y me fui con un vaso de zumo en la mano y un donut de azúcar al balcón del apartamento, con mi pijama corto y mis gafas de sol. Eran cerca de las once de la mañana y me acababa de despertar, estaba recuperando fuerzas después de la noche de amor que Daniel me había ofrecido, que todavía continuaba dormido como un tronco en la cama.

Sonreí al recordar una noche espectacular y di cuenta del desayuno, hasta que oí la ducha y me levanté, dejando atrás el balcón para colarme en el cuarto de baño. En silencio me quité el pijama y lo tiré al suelo. Me metí en la bañera completamente desnuda.

—Eh, aquí está mi pelirroja. Ven —me acercó a él para besarme y abrazarme mientras el chorro de agua caía encima de nosotros—. Mmm... estás caliente —susurró y yo reí.

—No es lo que piensas, perverso —le di un golpecito en el brazo—. Estaba en el balcón tomando el desayuno. No te imaginas el increíble día que hace ahí afuera.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —Me preguntó sin dejar de abrazarme, mientras me proveía de tiernos besos alrededor de mi cuello.

—Pues creo que como sigas así, no pienso salir del apartamento en todo el día.

—Suenas muy apetecible.

Los besos se volvían más intensos bajo la lluvia de agua tibia que caía sobre nosotros y me sentí afortunada de estar allí con él en ese momento. Era increíble que aún notara un fuerte pellizco en el estómago cada vez que se acercaba a devorarme. Lo ansiaba y él parecía tener la misma necesidad que yo, pues sus manos pronto exploraban mi cuerpo. Salimos de la ducha, tiramos un par de toallas encima de la cama y tal como estábamos nos dispusimos a amarnos, dejando que el calor natural de nuestros cuerpos secase nuestra piel.

Un par de horas más tarde me confundía mi bikini, un vestido de verano y unas sandalias para irnos a la playa de Puerto Rico, en el municipio de Mogán, a pasar unas horas bajo el calor del sol. El rumor de las risas de los niños, las familias bajo sus sombrillas, los adolescentes jugando a las cartas... nos envolvía en un ambiente ideal para disfrutar el día. Paseamos, nos tumbamos, nos besamos y finalmente nos acercamos a una terraza donde almorzamos algo. El día estaba precioso y la playa se había ido vaciando mientras nos invadía el ocaso. Descansamos un rato en las toallas, hablamos, nos reímos más y nos besamos como mil veces.

De vuelta al apartamento sonó su móvil y salió al balcón a contestar la llamada, yo aproveché para telefonar a mi amiga Silvia para comprobar si se encontraba más animada. Después de varios intentos, su móvil me aparecía apagado o fuera de cobertura, seguramente lo habría perdido como siempre debajo de la cama, o en la cesta de la ropa sucia. Era un completo desastre con ese aparatito que se supone que uno debe llevar a todas partes.

Finalmente intenté llamar a casa, oí unas risas antes que su voz:

—¿Diga? —Respondió mi amiga después de unos segundos.

—Hola, preciosa. ¿Estás mejor?

—¡Lucía! Sí —dijo riendo— quita, por favor. ¡Para!

—¿Con quién hablas?

—Eeeeeh, con nadie.

—¿Y Carolina? —Pregunté con la mosca detrás de la oreja.

—Se ha ido a pasar el fin de semana a Lanzarote con sus padres.

—¡Silvia! ¡No puedo creer que hayas llevado a Darío a casa!

—Ssssch. ¡Calla, arpía! —Silvia dejó de reír— Ahora vuelvo —le escuché musitar.

—¡Estás loca! —Le reprendí.

—Tú sí que estás loca, si se entera de que te lo he contado me matará —me regañó.

—¿Cómo se te ocurre? Oh Dios, dime que no le has enseñado mi habitación. Mi intimidad violada por mi jefe y la pérdida de mi mejor amiga —gimoteé y Silvia se echó a reír.

—No seas exagerada. No, no ha entrado a tu dormitorio. Tranquila. ¿Tú cómo estás? ¿Cómo llevas lo del traslado de oficina? —Cambié de tema.

—No he querido pensar en ello, ni lo haré hasta que vuelva a incorporarme. Quiero descansar y desconectar.

—Ajá, pues que descanses y disfrutes. Te dejo antes de que se me enfríe el personal.

—Qué poca vergüenza. Adiós, bruja.

—Besitos.

Me quedé boquiabierta sentada en el sofá pensando que la situación se le estaba escapando de las manos a Silvia, que podía traerle muchos quebraderos de cabeza. No entendía cómo podía acostarse con Darío, yo no me lo podía imaginar en esa tesitura, poco más o menos que esperaría sus órdenes para actuar. Sonreí por la ocurrencia y la imagen de Silvia aguardando a que Darío le ordenara que ya podía proceder a quitarle los pantalones.

—¿De qué te ríes? —Daniel entró del balcón y extrañado observó que miraba hacia el televisor apagado con una sonrisa tonta en la cara.

—Nada, Silvia y sus cosas, que acabo de hablar con ella.

Daniel se sentó a mi lado y me pasó el brazo alrededor de los hombros.

—Yo estaba hablando con Juanjo. Hemos quedado esta noche con él y Mireia para tomar unas copas.

—De acuerdo —sonreí, aunque me fastidiaba sobremanera.

Mireia era el ser más extraño que había conocido nunca. Tenía más cosas en común de las que hablar con una cabra del monte que con ella. Parecía una chica súper frágil, de esas que te dan la sensación de que se van a romper. Apenas tenía conversación y la última vez que la había visto me había contado que se autolesionaba con navajas y cigarrillos, me enseñó las cicatrices como si fueran grandes trofeos. No me gustaba, pero Juanjo era amigo de Dani, así que intenté que no notara la decepción y mantuve la sonrisa.

—Llegarán en un par de horas. ¿Quieres tomar una birra mientras tanto?

—Vale —respondí resignada.

Daniel fue hasta la pequeña cocina del apartamento y sacó del frigorífico un par de latas. Me acerqué y me senté frente a la barra americana en un taburete alto.

Empezamos a hablar de todo un poco y el tiempo se me pasó volando. Apenas quedaban cinco minutos para que llegaran Juanjo y Mireia y aún andábamos con los bañadores y la ropa de playa. Nos dimos una ducha fugaz y nos vestimos apresuradamente. Me atavié unos vaqueros, un palabra de honor negro y mis botas de piel negras con taconazo de aguja.

—Estás buenísima. Me encantan tus pequitas —me atrajo hasta él y empezó a besarme el cuello cuando sonó el timbre.

Como me temía, la noche se tornaba realmente aburrida y estaba deseando ir al *Turbo Pubs*, porque Daniel y Juanjo habían salido al balcón tabaco en una mano y copa en la otra y llevaban ahí más de dos horas. Mireia era tal que una pared, no decía nada, bebía las copas a un ritmo vertiginoso y de vez en cuando comprobaba su teléfono móvil. Acerqué hasta el sofá una bolsa de ganchitos para picar algo e intenté

llevar el mismo ritmo con las copas que mi acompañante. Ya veía bastante borroso cuando entró Juanjo y se sentó en el suelo frente a nosotras.

Juanjo, al contrario que Mireia, me caía genial. Destilaba un aura de buen rollo y era un chico simpático y agradable. Empezó a hablar y rompió un poco el ambiente tenso que se había asentado entre nosotras. Intenté buscar a Daniel con la mirada pero sólo veía una figura en el balcón que no podía distinguir. Oía su voz, así que imaginé que hablaba por el móvil.

Pronto estábamos riéndonos los tres por las ocurrencias de Juanjo. Cuando llegó Daniel me sonrió, me dio un efímero beso en los labios y llenó de nuevo mi copa que acababa de vaciarse.

Me desperté. Tenía un sabor raro en la boca, pastoso y agrio. Estaba un poco incómoda, intenté darme la vuelta en la cama, la verdad es que no recordaba que el colchón fuera tan rígido. Me costó abrir los ojos, pero poco a poco lo conseguí. Tardé un poco más en reconocer dónde estaba. Desde luego aquello no parecía la cama, estaba en el suelo y distinguí a mi lado el retrete. Mi cabeza descansaba en una almohada y una manta cubría mi cuerpo. Noté mi pelo mojado y pegajoso. Intenté incorporarme poco a poco y me atravesó un fuerte dolor en la cabeza. Cuando terminé de ponerme en pie una arcada hizo que me adelantara hasta el inodoro donde lo único que salía de mi boca eres bilis, así que supuse que ya había devuelto varias veces durante esa noche. Encendí la luz del baño y vi mi ropa manchada de vómito. No llevaba las botas puestas y el frío del suelo en la planta de los pies me reconfortaba.

Caminé despacio por el pasillo agarrándome a las paredes y fui hasta el dormitorio, encendí la luz. La cama estaba hecha y no había rastro de Daniel en ella, fui hasta el salón en su busca y allí no estaba, no había nadie en todo el apartamento, ni en el balcón. Supuse que quizás había salido un momento a comprar tabaco a alguna tienda *veinticuatro horas* que volvería en seguida.

Bebí un poco de agua y volví al dormitorio, me sentí mareada y me tiré en la cama. *Tocada y hundida*, pensé. Al instante me quedé dormida.

No sé cuánto tiempo pudo pasar, hasta que sentí unas manos que me acariciaban el brazo sacándome del pesado sueño en que me había sumergido. Sentí náuseas de nuevo.

—Disculpa —apremié. Cuando vi que se acercaba para besarme le di tal fuerte empujón que casi termina en el suelo. Asombrado miró cómo saltaba por encima de él y corría hasta el cuarto de baño a regurgitar aquella bilis repugnante. *Vaya, qué romántico*. Me eché a reír, acababa de apartar a Daniel un minuto antes de soltarle un *tierno* vómito en la boca. *Malditas copas, bebí demasiado y demasiado rápido. Además recuerdo haber mezclado tequila con ron en algún momento de la noche*, discurrí.

Me quité toda aquella ropa mugrienta y me metí en la ducha. Supuse que el pegote que se enmarañaba en mi cabello eran mis propios jugos gástricos, así que restregué con el champú hasta que me sentí limpia. Salí de la bañera y me lavé los dientes.

—Hola —saludé a mi reflejo en el espejo— ¡Joder, qué mal rato!— *Genial, encima de borracha, ahora hablaba sola*.

Fui hasta el dormitorio en busca de algo para ponerme y Daniel ya no se encontraba allí. Abrí un cajón y saqué las primeras braguitas que encontré y una camiseta que me coloqué con premura.

Me acerqué al salón y lo vi en la pequeña cocina removiendo un mejunje que me tendió.

—Tómatalo. Es una manzanilla con anís. Santo remedio para las vomitonas *resaquiles*—comentó sonriendo y me guiñó un ojo.

—Gracias —Le respondí. Me tomé aquella cosa intentando no volver a provocarme.

No tenía fuerzas para hablar, segundos después vi que se alejaba por el pasillo y lo

seguí. Se echó en la cama e hice lo mismo. Me abracé a él y nos quedamos dormidos largo rato.

Horas después me desperté y comprobé que Daniel aún dormía boca arriba a mi lado. Me sentía mucho mejor, como nueva. Me coloqué a horcajadas encima de él, empecé a besarle los labios, el cuello y volví a sus labios cuando noté que apoyaba las manos en mis caderas y me apretaba contra sí.

—Veo que ya estás mejor, pelirroja —susurró con voz ronca. Lo estaba y lo deseaba. Así que me quité la camiseta y fue el impulso que le faltaba a Daniel para terminar de espabilarse.

Un buen rato después estábamos tirados en el sofá tomando batidos de chocolate y donuts de azúcar. Por fin me sentía con fuerzas para hablar.

—¿Qué pasó anoche? —Le pregunté con curiosidad.

—Bebiste demasiado y te entróla *bajona*. No te querías levantar del suelo del cuarto de baño, así que te puse una almohada y te tapé —me respondió pasándome un brazo por encima de los hombros y atrayéndome hacia él para besar mi frente.

—Me desperté a una hora incierta y no te vi.

—Bueno, como no podía hacer nada por ti me fui con Juanjo y Mireia al *Turbo Pubs*.

—¿¡Qué!?! —Me aparté bruscamente para mirarlo a la cara—. ¿Me dejaste sola como estaba?

—No te iba a pasar nada y ya yo había quedado con unos amigos. Anda, no seas tonta. No te enfades, pelirroja.

No me hizo ninguna gracia. No estaba acostumbrada a tomar más de un par de cervezas los fines de semana y había bebido más que en toda mi vida junta. Me podría haber dado un coma etílico, o quizás fue eso lo que me pasó y no se le ocurrió otra cosa que dejarme tirada en el suelo. Quizás podía haber muerto allí, sí, definitivamente podía haber muerto. *¡Será gilipollas!*, pensé, pero me limité a forzar una sonrisa y darle un beso en los labios.

Los días que siguieron transcurrieron más relajados, seguía un poco molesta con él, pero no se lo demostré dispuesta a no enturbiar las vacaciones que íbamos a pasar juntos. Tirada en mi hamaca, mientras el sol bañaba mi piel, me sentí triste. Se acababa el *recreo* y volvíamos a casa. Habían sido unos días bonitos, exceptuando su abandono cuando me desmayé al borde de la muerte, ya me había imaginado los titulares: *“Joven muere abrazada al retrete mientras su novio pega brincos a ritmo de the Kiss en Turbo Pubs. El Joven ha sido detenido por abandono y omisión de socorro y será condenado a cadena perpetua”*. Hala, que se joda, por dejarme allí tirada, celebré interiormente. Por mucho que me enfadara con él por lo que había pasado me daba pena tener que volver a mi piso con Silvia y Carolina.

Daniel se levantó de su hamaca y se alejó con el teléfono en la mano. Este hombre y su teléfono, parecía incapaz de desconectar. Sonrió mientras hablaba, me miró, me guiñó un ojo, sonreí. No podía evitarlo, era superior a mí, esa sonrisa me hacía cosquillitas en el estómago (por no nombrar partes de mi cuerpo malsonantes). No escuchaba nada desde donde me encontraba, así que volví a colocarme las gafas y me abandoné a los últimos rayos de sol antes de volver a la locura de la oficina.

Me volví a quitar las gafas y me di la vuelta en la hamaca. *“Qué triste estoy. Ya tengo eso... cómo se llama, depre post-vacacional. ¡Serás tonta! ¡Todavía no han terminado tus vacaciones! Te queda todo el día por delante. Sí, sí, si lo sé, pero no puedo evitarlo”*. Discutía conmigo misma interiormente y algo debió notar el resto del mundo de mi lucha interna, puesto que instantes después Daniel se sentó a mi lado y me empezó a masajear los hombros.

—¿Qué te pasa?

—Me da pena irme. Hemos pasado unos días bonitos —confesé con un mico que él no pudo ver por mi posición en la hamaca.

—Sí, tienes razón.

—Pues eso y mañana empiezo a currar. ¡Vaya mierda! —El mal humor se negaba a abandonarme.

—Se me ocurre algo.

Me incorporé y me senté frente a él para escucharlo.

—¿El qué?

—¿Quieres venirte a vivir conmigo?

—¿Contigo?—*Ya se le ha quemado la única neurona que le queda en la cabeza*, pensé— ¿Te refieres contigo y tus padres y esa cosa peluda que me da alergia cada vez que voy de visita a tu casa?

—Eh, no te metas con Blanquita. Es mi gata y no tiene la culpa de que le tengas alergia.

—No, gracias —contesté enfurruñada, cruzando los brazos bajo el pecho.

—A ver, que no, que no me refiero a eso. Mierda, adoro a Blanquita, no quiero dejarla atrás —suspiró y yo me enfadé más aún. Me coloqué las gafas de sol y me tumbé hacia atrás en la hamaca.

Daniel cogió una botella de agua que había en una mesita al lado de la sombrilla cerrada y me echó el contenido en la barriga.

—¡Ay!

—Hazme caso, que te estoy hablando.

Volví a incorporarme y me quité las gafas de sol.

—Daniel, aunque le regales la gata a un primo tuyo, no me parece buena idea vivir con tus padres. No le caigo bien a tu madre, lo sabes.

—¡No digas eso! Mi madre te adora. Joder, se me están quitando las ganas de proponértelo. ¡Serás idiota! —Bramó poniéndose serio.

Descrucé los brazos y quité el morro. Continué con mi conflicto interior: *¿Lo está diciendo en serio? Joder, joder... pero qué se cree, que me voy a turnar con su madre para prepararle los desayunos por la mañana.*

—Daniel, perdona...

—Déjame hablar, ¡cabezota! Ya sé que te he dicho mil veces que no quiero dejar a mis padres solos y que la idea de pagar un alquiler, no va conmigo—*¡Será tacaño!*, pensé sin interrumpirlo no fuera a ser que se mosqueara aún más—. Mis padres tienen un piso en el barrio de las Alcaravaneras que tenían alquilado y acaba de quedarse libre. Si quieres nos lo podemos quedar. Mientras paguemos agua, luz y comunidad no hay problema.

La sonrisa iluminó mi cara.

—¿En serio? ¿En serio quieres que vivamos juntos? ¿Los dos solos?

Lo abracé y lo besé. Sin embargo él parecía molesto y cruzó los brazos bajo su pecho mirándome muy serio.

—Pues yo creía que ibas a adoptar a Blanquita, pero si le tienes alergia, tendrá que quedarse con mi madre que no hace más que mimarla.

Sonrió y se acercó a abrazarme y a hacerme cosquillas.

—Me apetece muchísimo. Lo de Blanquita no, ¿eh? Blanquita que se quede con tu madre, que cuanto más lejos, mejor. Digo lo de vivir juntos.

De una metafórica patada borró todo resentimiento o tristeza que pudiera haber en mí.

Capítulo 5

SONÓ el despertador. El sol atravesaba la persiana de la ventana y un rayo inundaba la habitación de luz. Un nudo constreñía mi estómago. Me sentía como si fuera mi primer día en Translogic, me temblaban incluso las piernas cuando me dirigía al coche en busca de mi nueva sucursal en Ingenio.

Conduje durante unos cuarenta y cinco minutos y aparqué. Los nervios se diluyeron en cuanto entré por la puerta y encontré a Alejandra que me recibía con una sonrisa.

—Adelante, Lucía, pasa a mi despacho.

Por un instante pensé que los compañeros habían exagerado con ella, no parecía tan estirada. Yo apenas había podido tratarla estos dos últimos años, me la había encontrado en las cenas de Navidad y poco más, así que realmente nunca nos relacionamos ni entablamos conversación. Ahora que estaba frente a Alejandra me parecía hasta simpática. Tenía una sonrisa bonita, lo que daba un aspecto un tanto extraño eran unos enormes ojos azules maquillados de forma exagerada con tonos oscuros. Asimismo me gustaba mucho su vestido, si no me equivocaba tenía uno igual en color azul eléctrico en mi armario.

Le sonreí y me senté frente a su escritorio antes de que me lo ofreciera. Dio la vuelta a la mesa y se acomodó sin perder la sonrisa en ningún momento.

—¿Qué tal las vacaciones? —Me preguntó un poco para romper el hielo, supuse.

—Bien, gracias. Disfrutando unos días de playa y descansando.

—Me alegro, espero que estés bien fresca —pues sí, tenía una sonrisa bonita y además parecía encantadora—. Bueno te voy a ser sincera, me jode la vida que te hayan mandado a mi terreno sin yo haberlo solicitado —mi sonrisa se volatilizó, pero la de ella permaneció en sus labios mientras continuaba hablando—. Me molesta, me incordia mucho. Soy la directora de la sucursal pero no me dejan elegir al personal, así que como me molesta, te voy a decir una cosa, no te creas ni por un instante que te lo voy a poner fácil.

Me quedé sin palabras con la esperanza de que fuera una broma pesada. Reflexioné medio segundo con cara de pasmo, seguro que era un discurso que echaba a todos cuando se incorporaban en la empresa para imponer respeto, así que no le seguiría el juego.

—Alejandra, yo estoy encantada de estar aquí, seguro que nos adaptamos bien —sonreí ahora yo también.

—Bueno, la que tiene que adaptarse eres tú que yo llevo ocho años dirigiendo esta oficina —el asombro iba en aumento. Lo que no lograba comprender era la capacidad de esa mujer para decir tales cosas sin perder la sonrisa angelical, la cual me daban ganas de borrarle a sopapos.

No dije nada, simplemente no estaba dispuesta a entrar al trapo. Alejandra percibió mi intención de no pronunciarme y sin más abrió un cajón. Tiró delante de mí una pila de carpetas antes de continuar con su perorata.

—Cómo tú misma has dicho, estás bien descansadita de las vacaciones. Así que como mi personal, el que yo he elegido libremente, está bastante quemado de hacer horas extras, esto te va a corresponder a ti. Quiero informes de todo por escrito, los datos a Excel con sus gráficos pertinentes y la presentación correspondiente para exponerla en la reunión semanal del equipo directivo, que es mañana a las dos de la tarde. Como ves no tendrás mucho tiempo para limarte las uñas en horas laborales. Aquí no hay secretarías, así que tendrás que hacer tú el trabajo administrativo. Además las nóminas para poder abonar el salario a los compañeros de Almacén están sin elaborar y tienes que tramitar el alta de tres compañeros nuevos, una baja voluntaria y

un despido. No tengo tiempo para presentarte a todo el mundo, así que tú misma. Por cierto, la caja central de la oficina será tarea tuya —tomó un *post-it* de su escritorio en el que garabateó algo y me tendió—. Esta es la clave para abrir la caja fuerte, te recomiendo que la memorices y destruyas este papel. Eres responsable del dinero que hay dentro. Confío en que hagas las cuentas con calma, tranquilidad y seriedad. Te pido que no esté pululando nadie del personal cuando lo hagas, si desaparece un solo céntimo se descontará de tu nómina, no de la mía. No me gustaría que ninguno de los empleados se aprendiera la clave en un despiste tuyo y nos vaciara la caja, y seguro que a ti tampoco te gustaría. Me molestaría más tener que cambiar esa clave de acceso que descontarte los cinco mil euros que hay en la caja. Bancos, cheques, adelantos en nómina te tocan a ti. Ya te hablaré en otro momento también del tema Proveedores, para no saturarte ahora.

Oooohhh vaya, gracias, pensé con ironía. Lo único que se me ocurrió fue congelar mi cara en una sonrisa tan falsa como la suya. Si se pensaba que me iba a acoquinar y largarme de allí la llevaba clara.

—Perfecto —contesté por fin tras unos segundos de buscar la palabra adecuada: *perra-del-demonio, hija-de-satanás, mal-follá, amargada...* no sé, entre todas esas no me decidía, así que lo dejé simplemente en “perfecto”.

—Muy bien, pues vamos, no pierdas el tiempo. Ala izquierda, quinto despacho —me tiró las llaves encima del montón de carpetas.

No dije nada más, me levanté con la sonrisa en los labios, cogí las carpetas y las llaves y le hice un saludo con la cabeza antes de salir y cerrar la puerta tras de mí.

—Jodida-mamona-hija-de-perra —susurré.

Un nudo hizo amago de instalarse en mi garganta, pero tragué fuerte y pisé firme en busca de mi despacho. En toda mi vida profesional nunca me había acobardado ante situaciones adversas y no lo empezaría a hacer ahora.

No me costó dar con él, al menos era amplio y luminoso. Escritorio, mesa de reuniones, estanterías y armarios nuevos y bien organizados. Además disponía de un perchero precioso. *Bueno, mi jefa es una capulla, pero ese perchero vale el cambio*, me dije a mí misma para animarme un poco. *Nota mental: quemar mi vestido azul eléctrico.*

Dos galletas, una chocolatina, una manzana y diecisiete horas después todavía tenía el informe para el día siguiente a medias. Eran las diez de la noche, Daniel me había telefoneado como cuatro veces desde las siete de la tarde para averiguar dónde andaba metida. No cogí el teléfono, si me ponía a hablar con él estallaría en llanto, lo que significaba que me desconcentraría y tardaría mucho más en tenerlo todo listo. Le mandé un WhatsApp y le expliqué que llegaría muy tarde a casa, que hoy no podríamos vernos. También avisé a las chicas de que no me esperaran despiertas. Al final decidí llevarme el trabajo a casa en un Pen drive. Necesitaba darme una ducha, cenar algo decente y seguir trabajando en pijama desde mi sofá, donde pudiera estirar las piernas que ya tenía entumecidas.

Se supone que esa tarde Dani y yo quedaríamos para ir a comprar pinturas y algún que otro mueble para la casa donde nos mudaríamos dentro de poco, la cual necesitaba un buen lavado de cara. Me frustraba posponerlo, pero no quedaba otra. No había prisa y al fin y al cabo, el trabajo era lo primero.

Para cuando terminé el informe, las tablas y gráficos eran las cuatro de la madrugada. La presentación en PowerPoint tendría que esperar a que llegara a la oficina, necesitaba dormir un par de horas antes de volver a conducir para ir al trabajo de nuevo. Ni siquiera hice amago de irme a la cama. Desconecté el portátil, lo coloqué en el suelo y apagué el interruptor de la luz que estaba justo al lado del sofá. Me envolví en una manta y me quedé dormida allí mismo hasta que sonó el despertador de mi móvil dos horas más tarde, en cuyo momento quise morirme o caerme en una marmita de café y Red Bull, cual Obélix con la poción mágica de Panorámix.

Me levanté del sofá a regañadientes y fui hasta la cocina con la intención de tomarme una dosis de cafeína, Silvia ya andaba por ahí trasteando, preparando la cafetera de espaldas a mí. Pasé y me dejé caer encima de una de las sillas frente a la mesa de comedor.

—Buenos días —murmuré después de un gran bostezo.

—Buenos días —contestó Silvia sin mirarme mientras seguía a lo suyo.

Sentí el taconeo de Carolina, que pude intuir llegaba tarde a alguna reunión del trabajo. Corre hasta el baño, corre a su dormitorio, corre hasta el baño otra vez y cómo se acercaba por el pasillo en busca de su café matutino antes de salir camino al bufete de abogados donde trabajaba.

La vi entrar por la puerta mientras se ponía los pendientes. La muy perra estaba perfecta y estupenda. Con su cuerpo perfecto, peinado perfecto, maquillaje perfecto... qué asquito me daba a veces, suerte que la quería demasiado para odiarla.

—Buenos dí... —en ese momento levantó la cabeza y me vio—. ¡Joder! ¿Qué te ha pasado? Estás horrible, no te había visto esa cara de muerto viviente en la vida.

Silvia se giró asombrada por las expresiones malsonantes que salían de la boca de Carol, que nunca solía soltar injurias. Me miró antes de unirse a ella.

—¡Leches! —Profirió.

—Gracias a las dos, manada de arpías —gruñí.

Silvia se dio prisa en servir una taza de café y me la acercó. Se sentaron las dos a mi lado.

—¿Estás bien, cielo? ¿Has discutido con Dani?

—Para discutir primero lo tendría que haber visto. Silvia, Alejandra es una bruja de cuidado —expuse mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. Lo siguiente que dije no os lo trascibo porque ni siquiera yo lo entendí, era un mejunje de palabras, mocos, hipidos, llanto... y ninguna de las tres tenía tiempo para eso en aquel momento.

Me abrazaron al tiempo.

—Jolín Lucía, tengo que irme. Chicas, quedamos esta tarde y nos tomamos un café por ahí y así nos cuentas con tranquilidad —dijo Carolina tras mirar el reloj.

Asentí, más que nada porque si me ponía a explicarles que no sabía a qué hora saldría del trabajo o si tendría que llevarme un saco de dormir para los próximos meses no me iban a entender, eso seguro.

Carol me dio un beso en la mejilla y se fue corriendo. Silvia me besó en la frente antes de levantarse y seguir preparándose el desayuno. Ya se hacía tarde para ambas.

Me tomé el café de un sorbo, abrí la despensa y encontré una caja de donuts que no sabía a quién pertenecía, mía no era, pero era una emergencia, necesitaba azúcar en el cuerpo. Devoré uno de pie, frente al armario. Silvia se sentó a desayunar y me miró preocupada.

—¿Estás bien, cariño?

Asentí, agarré otro y me lo comí de un par de bocados. Tomé un paracetamol del armario, me lo tragué con un poco de agua y salí corriendo de la cocina para meterme en la ducha. Tenía que irme en unos quince minutos si quería llegar a las ocho de la mañana a Ingenio.

Que no hubiera dormido no significaba que le fuera a dar la alegría a Alejandra de verme arrastrando. Así que, después de tres o cuatro capas de mi mejor maquillaje, el de ocasiones especiales y de rociarme con mi perfume favorito, que me envolvía con un halo de seguridad, hice tres cosas: primero, fui hasta mi armario, cogí un vestido en color gris que me sentaba de vicio que me puse sobre la marcha; segundo, alcancé de la zapatera unos tacones altos, cómodos y que me hacían unas piernas espectaculares, me los calcé y tercero, me dirigí de nuevo al armario, cogí mi vestido azul eléctrico del cual hasta el momento estaba encantada, fui hasta la habitación de Carolina y se lo lancé encima de la cama. Ella ya interpretaría que no quería volver a

ver esa prenda de ropa en la vida.

Carolina y yo llevábamos más o menos la misma talla y solíamos hacer ese tipo de intercambios cuando nos hartábamos de algo que todavía lucía como nuevo, desde que tengo uso de razón al menos. Nos criamos prácticamente juntas, nuestros padres eran amigos íntimos y además vecinos en un complejo de apartamentos situado en Telde, cerca de la playa de Melenara, donde el sol lucía resplandeciente cada mañana sin importar demasiado en qué estación del año nos encontrásemos. Siempre habíamos sido como hermanas, mi vida no estaría completa sin ella y sin parte de su fondo de armario. La primera imagen que tengo de nosotras juntas, es a una edad indeterminada, probablemente entre cuatro o cinco años tal vez, las dos desnudas jugando en una piscina hinchable que mis padres habían dispuesto para nosotras en el jardín. Nos llevábamos apenas tres meses y estaba más tiempo con ella que con mi hermana Sole, que nos rebasaba unos cuatro años y siempre se negaba a hacer *deniñera*. Prácticamente éramos amigas por imposición y devoción. Fuimos juntas a la guardería, al colegio, al instituto y nuestros caminos se separaron en la universidad. Aun así, su facultad estaba muy cerca de la mía y solíamos comer juntas casi cada día.

Poco después de cumplir los trece años Carolina me confesó que le gustaban las chicas, y que los *sensayos* que habíamos llevado a cabo desde hacía como dos años besando a los *Ken* que había por casa, ella prefería hacerlos con la Barbie, o palabras textuales "*mejor con una morena, que a mí esa rubia estirada de la Barbie no me termina de gustar*". Por supuesto, la apoyé. No tardó en hablarlo un día con su madre, Susy y ella guardaban una relación muy estrecha, así que sólo le respondió que ella no era tonta, que ya había notado algo y que además le daba exactamente igual mientras fuera feliz. Era guay entonces tener unos padres tan enrollados y sin prejuicios. Los míos eran más o menos por el estilo, quizás no tan liberales pero sí tolerantes. No se parecían en nada a los padres de Daniel ni de muchos amigos que nos rodeaban.

Con diecisiete años y las hormonas revolucionadas, Carolina y yo nos quedamos una noche solas en casa. Después de tres cervezas que robamos de la nevera de sus padres le pregunté qué se sentía al besar a una mujer. Tras una conversación que fue elevando la temperatura del ambiente, una cosa llevó a la otra y terminamos en mi cama, besándonos, acariciándonos y tocándonos mutuamente. Fue agradable y divertido. Lógicamente no se volvió a repetir, primero por lo lógico, a mí no me gustaban las mujeres. No había sido más que una mezcla explosiva de alcohol, hormonas, curiosidad y morbo. Y segundo, que Carolina no tenía ningún interés sentimental por mí. Al día siguiente nos reímos mucho de lo que había pasado y tan amigas y así habíamos seguido hasta el día de hoy.

Salí de su habitación y respiré hondo un par de veces antes de marcharme de casa en busca de mi coche.

Cuando llegué a la oficina acababan de dar las ocho menos diez, fiché en el programa informático y me encerré en mi despacho sin pasarme a saludar por ninguna parte. Total, a la única que conocía era a Alejandra y tampoco es que me apeteciera verla.

Hundí mi cabeza en el teclado del ordenador y no me permití apartar la vista ni siquiera un momento hasta que hube terminado de preparar la presentación. Le eché un vistazo rápido por encima a todo. Comprobé las fórmulas en las tablas no hubiera algún error y vi la presentación un par de veces antes de enviarle un correo electrónico a la bruja con todos los archivos. Le di al botoncito de enviar, sonreí satisfecha y miré la hora. Las doce y media de la mañana... Con la tensión y el estrés ni siquiera había notado que necesitaba visitar el baño con urgencia.

Después de cubrir mis necesidades básicas tales como pasarme por el lavabo, descubrir donde estaba el office donde tomé un café doble y saqué un sándwich de la máquina que me supo a gloria bendita (no porque estuviera realmente bueno, sino

porque tenía un hambre que devoraba) y respiré hondo un par de veces. Había pasado la prueba de fuego. Sonreí. Decidí hacer un poco el tonto lo que quedaba de mañana, pasaría a presentarme a mis compañeros y después de comer, me sentaría de nuevo en el despacho a organizar todo el trabajo del resto de la semana.

Se me ocurrió que podía llamar a Daniel y proponerle que comiéramos juntos. Tenía unas dos horas de descanso y no me daba tiempo de volver a casa, así que si él podía desplazarse no era mala idea. Estuve tentada a sacarme otro café, pero en lugar de ello, me serví un vaso de agua y saqué el móvil con la intención de llamar a mi chico.

—Hola pelirroja, pensé que me habías abandonado —contestó animado Dani al otro lado del teléfono.

—Ni por todo el oro del mundo —sonreí—. Tuve un día muy complicado ayer.

—¿En la nueva oficina?

—Sí, fue horrible, pero ya te contaré con más tranquilidad. Si te apetece podemos comer juntos, si puedes escaparte y venirte hasta Ingenio. Tengo dos horas libres al medio día y así nos da tiempo a charlar un ratito.

—Perfecto.

—Te paso la dirección del trabajo por WhatsApp. Recógeme a las dos y media en la puerta y ya buscamos algo por aquí cerca para comer.

—Hasta luego, pelirroja.

—Chao —sonreí mientras cortaba la comunicación.

Unas pocas horas después nos sentamos en un restaurante cercano a mi despacho, pequeño y con buena pinta, que se notaba que era frecuentado por los trabajadores de la zona donde daban cuenta al menú del día, tal como hicimos nosotros.

—¿Te parece que dejemos para el viernes lo de las pinturas? —Me preguntó Dani mientras apartaba la taza de café que acababa de terminarse.

Estaba embelesada con él, feliz de que hubiera venido a verme hasta Ingenio, feliz de que estuviéramos planeando cosas para la mudanza y feliz, para qué negarlo, por haber comido algo decente. Mi estómago rugía contento digiriendo los dos platos, postre, bebida, pan y café que acababa de tomar.

—Me parece perfecto. Si nos da tiempo podemos pasar por/keaa buscar las cosas que nos faltan en casa.

—Si no ve tú el sábado. Sabes que yo no puedo, tengo la carrera, llevo esperando dos meses para competir.

A Daniel le encanta la bicicleta, el deporte, el senderismo, el triatlón. Yo ni siquiera sabía lo que era el triatlón hasta que lo conocí a él. No había subido a una bicicleta en toda mi vida y el deporte en general, no estaba hecho para mí. Lo único que me gustaba era acudir a mis clases de salsa los martes y jueves por la tarde con Silvia y Carolina, donde además de pasarlo genial sudaba como un pollo. Creo que ese era el único motivo por el que me mantenía bastante en forma, pues mi alimentación era un desastre. No entendía absolutamente nada de las carreras de Dani, así que él tampoco se extendía en explicaciones porque sabía que si empezaba a hablarme de rutas, rankings y no sé qué rollo más, yo no me enteraría un pimiento. Él resumía todo con la palabra carrera y yo lo agradecía.

—No hay problema. Tengo que volver al trabajo —me levanté y le di un beso en los labios. Cogí mi bolso, mi chaqueta, me di la vuelta y caminé hasta la puerta del restaurante. Volví con apremio sobre mis pasos hasta llegar a Dani que ya se estaba poniendo en pie recogiendo la vuelta de la cuenta y le di otro besazo, esta vez con un poco de lengua, por si no podía verlo el resto de la semana al menos quedarme con esa sensación agradable.

Me sonrió de medio lado y me dio una suave torta en el trasero para que me diera prisa.

Capítulo 6

UNA cuando es bruja, es bruja y Alejandra no sólo era bruja, sino que era extremadamente bruja. Así que tenía claro que debía cruzarme con ella lo mínimo posible y conseguir que las cosas que necesitara de mí las solicitara por correo electrónico, evitando cruzar mi mirada con la suya no me fuera a convertir en piedra o algo así. Pero hay necesidades humanas que son inevitables y, por mucho que uno aguante, hay que solventarlas antes de que se conviertan en algo más grave. Así que ahí estaba yo, que llegué al lavabo pegando saltitos con la sensación de que se me iba a estallar la vejiga y me choqué con ella que iba saliendo.

—Buenos días, Alejandra —sonreí con todas mis fuerzas, mi ímpetu y mi mala hostia concentrándome en parecer angelical.

—Buenos días. Tengo que darte... —miró el reloj—. Llego tarde a la reunión, sólo hemos salido para comer algo y ya me vuelvo. Luego hablamos.

—Perfecto —respondí sonriendo.

Cuando salió por la puerta, levanté mi dedo corazón de la mano derecha en su honor y corrí hasta uno de los servicios a desahogarme.

La reunión de la junta directiva era lo mejor que me podía pasar ese día. Por lo que sabía por Darío, que acudía todas las semanas, se solía alargar bastante, a veces hasta las ocho o nueve de la noche. Así que cuando quedaban quince minutos para las seis de la tarde empecé a recoger los bártulos con la esperanza de salir pitando, llegar a casa, ponerme unos vaqueros y un top estupendos e ir a tomar algo con mis niñas con las que necesitaba desahogarme sin más demora.

Estaba terminando de contar el dinero de la caja fuerte cuando tocaron en la puerta de mi despacho. Pasó un chico de unos treinta años, tremendamente guapo, que no había visto antes por la empresa. Pelo largo, castaño claro, algo despuntado y despeinado, rostro aniñado y ojos verdes. Distinguía una sombra en su cara que delataba que no se había afeitado esa mañana. Camisa de botones, vaqueros y zapatillas sport. Supuse que era algún empleado del almacén para pedir un adelanto.

—¿Sí? —Pregunté, cuando el chico pasó y cerró la puerta tras de sí.

—Hola. ¿Eres Lucía? —Me preguntó.

—Mierda... —acababa de confundirme en la cuenta de los billetes que tenía encima de la mesa y llevaba más de diez minutos en la tarea—. Eeh... sí. Disculpa, me he perdido.

—Lo siento, te he interrumpido —sonrió—. Termina, termina de contar.

Me acordé de lo que me había exigido Alejandra: no contar el dinero de la caja fuerte con nadie cerca y menos aún, algún empleado chismoso que pudiera ver y memorizar la clave de acceso.

—No, por favor. Siéntate. En qué puedo ayudarte.

El chico se acercó, se sentó en una silla frente a mi mesa y me sonrió de nuevo. Parecía simpático, pero me estaba empezando a desesperar. Miré el reloj de soslayo y vi que eran las seis y cinco. Tenía que haber cuadrado la caja fuerte antes para poder salir a mi hora, ahora muy a mi pesar, me retrasaría un buen rato.

—Soy Marcos —me dijo y estuvo unos segundos en silencio, como si a mí eso tuviera que decirme algo. *Será pesado, guapo un rato, pero pesado a más no poder... ¡Venga! ¡Venga! ¡Dime ya lo que quieres y lárgate de aquí que tengo cosas que hacer!*, pensé. En lugar de decir nada de eso, sonreí, me desesperé un poco más cuando vi que no continuaba hablando y finalmente le pregunté:

—¿En qué puedo ayudarte, Marcos?

—Soy del Departamento de Informática y Comunicaciones, quería saludarte, ayer no

tuve tiempo.

—Ah, gracias Marcos —sonreí esta vez de forma sincera, se ve que lo de ser bruja se contagiaba. El pobre muchacho lo único que pretendía era darme la bienvenida.

—De nada. Te espero un poco y vamos a tomar algo.

—Eehhh... ahhhh... ummm... La verdad es que no puedo, tengo planes —vaya, la gente no se cortaba un pelo.

—Bueno, te espero igualmente y te acompaño al coche, así me cuentas algo de ti. Tengo que hacer tiempo hasta que Alejandra termine de recoger.

¿Ha dicho Alejandra? ¿Y además lo ha dicho amablemente sin ganas de vomitar ni nada? Sonreí para no decirle una barbaridad.

—Estoy un poco ocupada, no sé... ve tú y ya hablamos mañana u otro día. ¿Vale?

—No, en serio. Te espero.

¿Pero qué le pasa a este hombre? Mi segundo día de trabajo y ya estaba incumpliendo la norma de Alejandra, se iba a mosquear y mucho. Miré la hora, las seis y cuarto. Suspiré resignada, me negaba a perder más tiempo. Desplegué todos los billetes en la mesa y empecé a contar rápidamente.

Unos segundos después:

—Si vas apuntando en un papel el importe por tochos de billetes y monedas no te confundirás.

¡La madre que lo parió! ¡Me he vuelto a perder! ¿Qué se cree éste? ¿Que soy tonta? Claro que se me había ocurrido, había trabajado un porrón de años de cajera, pero lo que quería era contar rápido y largarme de una vez, sobre todo y por encima de todo sin más interrupciones.

—Gracias —sonreí, y juro que ya me dolía la mandíbula de tanto apretarla para ofrecer un gesto amable en vez de echar a patadas al psicópata ese de mi despacho.

Cogí un papel de la caja de reciclaje, conté los billetes de doscientos euros y apunté el importe. Luego cogí los de cien euros, lo conté y apunté el importe y así con cada montoncito... el tarado me miraba y asentí, como si me hubiera dado las claves del enigma de la existencia. En cinco minutos terminé de contar todo, tenía que meterlo en la caja fuerte.

—Si quieres puedes irte, todavía tengo que hacer un par de cosas —insistí.

—Tranquila, no tengo nada mejor que hacer.

Dios-mío-dame-paciencia. Dios-mío-dame-paciencia... me repetí como un mantra. Volví a sonreír. Guardé todo el dinero en la caja fuerte, apartando en un estuche la cantidad que tendría que ingresar en el banco al día siguiente. Fui hasta el ordenador, fiché en el programa dispuesto para tal fin. Apagué el equipo, me coloqué el bolso y en ese momento entraba sin llamar a mi puerta Alejandra.

Suspiré aliviada, si hubiera llegado un par de minutos antes y me hubiera visto con todo el despliegue de dinero delante de Marcos me hubiera mandado a cortar la cabeza... ahora que lo pensaba, Alejandra tenía cierto parecido con la reina de corazones, la mala de *Alicia en el país de las maravillas* en la película esa dirigida por Tim Burton. Reí interiormente imaginándomela con la cabeza desproporcionada en un vestido estrambótico y una corona diminuta mandando a gritos *¡Que le corten la cabeza!* Volví a la Tierra cuando me di cuenta de que me estaba diciendo algo y no la estaba atendiendo.

—Disculpa, no te escuché.

—Que se den prisa, ya nos están esperando Sofía y Almudena en la puerta —apremió mirando en mi dirección.

—Venga Marcos, ve tú. Tengo el coche cerca y ya mañana tendremos ocasión de hablar un poco.

—¿Cómo? —Preguntó Alejandra mirándome, todavía no sabía si era una pregunta o una exclamación.

—Eeeh... nada. Marcos estaba haciendo tiempo aquí a ver si podíamos hablar un poco pero yo me voy ya también.

—¿No vienes? —Me preguntó seria. Negué con la cabeza y por el momento me daba miedo pronunciar ninguna palabra más—. Es decir, no te interesa una mierda conocer a tus compañeros.

Marcos levantó las cejas y agachó la cabeza y yo me quedé mirando hacia ella flipada. Me obligué a contestar.

—No es eso, mujer...

—Pues, está todo dicho. Coge tus cosas, vamos al bar de la esquina, nos tomamos una cerveza como hacemos todos los miércoles y así conoces a los jefes de área.

Había perdido la guerra, suspiré de nuevo. Hoy tampoco podría llegar pronto a casa. Sonreí y me colgué el bolso sin decir nada más y me dispuse a seguirla cual perrito faldero. Cuando miré a Marcos vi que tenía una sonrisa complaciente en la cara. ¡Será gilipollas!

Nunca me había sentido tan fuera de lugar como en ese bar con mi cerveza *sin*, pues tenía que conducir y esperaba hacerlo muy pronto. Rodeada de completos desconocidos, bueno: error, más bien conocía a dos y ya poco más o menos que no me apetecía conocer al resto.

Mesa cuadrada de madera tirando a cutre. A mi izquierda se sentó Alejandra, lo que me supuso un alivio, pues así no tendría que estar mirándole a la cara todo el tiempo. En el lateral a mi derecha, Marcos. A su lado arrimó una silla Susana. En el lado de Alejandra un tal Néstor, y frente a nosotras dos mujeres, Sofía y Almudena.

Lo poco que había prestado atención pude averiguar que Marcos era el jefe del departamento de Comunicación e Informática. Susana era una empleada a su cargo, la única de todos nosotros que no era jefa de área. Por lo visto llevaba pocos meses en Translogic pero se había adaptado muy bien y había hecho buenas migas con Alejandra y demás miembros del equipo. Era muy joven, veintipocos, pelo y ojos color negro azabache y piel morena. Silenciosa, prácticamente no hablaba, sin embargo reía todo el tiempo cualquier comentario de Marcos, que bajo mi punto de vista no podía tener menos gracia. Noté que Susana le tocaba el brazo con cierta frecuencia, sobre todo cuando reía. Marcos al presentármela dijo que era un hacha en informática, resolutiva y empleada ejemplar. A mí me daba la sensación de que aquellos dos estaban liados, o eran pareja, o amiguitos privilegiados... a mí me daba exactamente igual. Disimular no disimulaban mucho, porque sólo había que fijarse en las miraditas golosas de la muchacha hacia su jefe para ver lo que había allí. Vamos, que por lo visto lo de Silvia y Darío era una epidemia en nuestra empresa.

Sofía y Almudena eran hermanas, una jefa del departamento de Contabilidad, y la otra de Publicidad y Marketing, respectivamente. Ambas rubias y delgadas, se pasarían pocos años. Eran muy buenas amigas de Alejandra, es decir, siempre estaban juntas, se iban de vacaciones, de copas, de playa... Por último Néstor, del departamento de Logística, que no abrió la boca en todo el tiempo.

Durante unos tres cuartos de hora Alejandra hizo un monólogo sobre su fin de semana y la cantidad de cosas estrafalarias y emocionantes que le pasaban, a la que no presté la más mínima atención. Puse el piloto automático, con una forzada sonrisa en los labios mientras asentía de vez en cuando y haciendo todo lo posible para que no se escaparan todos los bostezos que pugnaban por salir vidriando mis ojos.

Después de dos horas de tortura, cerca de las nueve de la noche, pude llegar a mi coche. Cuando pisé mi casa las chicas no estaban, pasé por la cocina a tomar algo, me puse el pijama y me metí en la cama.

No me apetecía ver la tele, así que agarré el móvil y me puse a tontear. Abrí el correo electrónico y envié un e-mail al correo personal de Darío en el que le puse algo así como “¡¡Sácame de aquíiiii!!”. Luego abrí el WhatsApp y le envié uno a Dani

deseándole buenas noches. Acababa de apagar la luz y sonó un *bip bip* en mi móvil que me avisaba de que me había entrado un correo electrónico nuevo, era de Darío: *“Lo siento Lucía, por el momento poco puedo hacer, pero lo intentaré con toda mi alma. Sé buena”*. *Lo intentaré*, repliqué en alto.

Le quité el sonido al aparato y lo coloqué de nuevo en la mesa de noche. Me acomodé de lado en la cama con la intención de que Morfeo viniera a secuestrarme. Cuando me estaba quedando dormida sentí una vibración corta, tenía que ser el WhatsApp que era lo único que tenía activado para vibrar. Abrí los ojos y miré el aparato.

Daniel: *“¿Ya estás en casa?”*

Lucía: *“Sí, por fin. He tenido un día horrible.”*

Daniel: *“Lo siento. Ten paciencia, seguro que con los días las cosas mejoran. ¿Están las chicas contigo?”*

Lucía: *“No, hoy habíamos quedado para tomar algo por ahí, pero no pude ir con ellas. Seguramente se habrán ido a cenar y luego a por alguna copa.”*

Oí el timbre de la puerta. *Con lo calentita y a gusto que estaba en la cama*, pensé fastidiada. Me levanté a regañadientes dispuesta a echar el rapapolvo del siglo a mis compañeras de piso si es que se habían dejado las llaves olvidadas. Fruncí el ceño y fui descalza hasta la puerta de casa donde abrí de golpe con la intención de desahogar toda la mala leche que había acumulado. Entonces vi a Dani, con sus vaqueros rasgados, una de sus camisetas negras y la chupa de cuero regalándome una sonrisa.

Me lancé a abrazarlo.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté gratamente sorprendida.

—Pasaba por aquí y vi tu coche fuera. Estaba aparcando cuando me mandaste el mensaje.

—Pasa —dije, tirándole del brazo para que me siguiera. Ni siquiera encendí las luces a nuestro paso, lo llevé directamente a mi dormitorio.

—Mmmm... ya está la cama deshecha —dijo Dani abrazándome y hundiendo la nariz en mi cuello.

Cerré la puerta de mi habitación y pasé el pestillo antes de quitarme el pijama y meterme en la cama, dando un par de golpes a mi lado para que me siguiera.

El sexo con Daniel era bestial. No recordaba haber estado nunca con ningún chico que me hiciera llegar al orgasmo tantas veces y con tanta eficiencia. Se entretenía en cada recoveco, sus besos me ponían de cero a cien en un minuto y sus manos expertas ya me daban, en cada encuentro, lo que mi cuerpo necesitaba. Estaba agotada del trabajo, pero las dos horas siguientes, fueron para mí, un escape para todo el mal rollo y la tensión acumulada.

—¿Te quedas a dormir? —Le pregunté abrazada a él, cuando los ojos ya se me cerraban solos. Me levanté y me puse el pijama antes de volver a meterme entre las sábanas.

—¿Puedo? La verdad es que es muy tarde, te lo agradecería. Mañana paso por casa antes de ir a trabajar para ducharme y cambiarme de ropa y listo.

Sonreí ilusionada y me abracé a él otra vez en la cama. Me encantaba que durmiéramos juntos y pocas veces teníamos el placer de hacerlo. Dani no solía quedarse si andaban las chicas por casa, ignoraba si lo hacía para que ellas no se sintieran incómodas aunque ellas nunca se habían cortado un pelo en traerse a sus ligues. Carolina sobre todo últimamente pasaba muchas noches con Marta, su último idilio que le había durado un poco más de lo normal. En casa de los padres de Dani como que no, al menos yo no tenía ganas de presenciar un ataque de histeria de su madre.

—¿Qué tal hoy tu día de trabajo? ¿Mejor?

—El trabajo relativamente mejor, prácticamente no me crucé con Alejandra en todo el

día. Hoy había una reunión de la junta directiva y estuvo casi hasta el cierre desaparecida.

—Ah, qué bien. Llegaste pronto a casa, ¿no?

—Ojalá. Un compañero lunático se apostilló en mi despacho y se quedó allí hasta que Alejandra vino a buscarlo. Luego me arrastró hasta el bar de la esquina donde pasé las dos horas más aburridas de toda mi vida.

—Exagerada, será para menos —comentó entre risas, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello acariciándome sin cesar—. ¿Cómo que te arrastró?

—Me obligó a ir, te lo aseguro, si no me hubiera largado por piernas. Tía más pesada con todo su séquito de lameculos. Eso fue un monólogo y todo el mundo riéndole las gracias. Aguanté el tirón como pude y cuando hicieron amago de levantarse, salí corriendo de allí.

—Ten paciencia, Lucía. Ya verás que todo va mejorando, ahora lo ves muy negro porque ha sido un cambio muy brusco.

—Espero que sí. ¿Tú qué tal? ¿De dónde venías esta tarde?

—Emmm... bien, bien... Quedé en casa de un compañero del trabajo, ya sabes, lo típico: un poco de Play, alguna cerveza y comida basura.

—No sé cómo puedes comer tan mal y ser deportista —dije sonriendo.

Fue lo último de nuestra conversación, pues a los pocos segundos me quedé dormida. Si me contestó yo no lo escuché.

El despertador sonó a las seis de la mañana, le di al botón de “posponer” como hacía siempre para quedarme diez minutos más remoloneando, aunque luego siempre echaba en falta ese tiempo y tenía que darme prisa para llegar a la oficina. Hoy era un gustazo disfrutar de ese ratito extra abrazada a Dani.

Oí unos pasos en el pasillo, era temprano para que Carolina se marchara, aún le quedaba una media hora y no se oía el repiqueteo de sus zapatos, ella era incapaz de salir sin sus tacones al bufete. Risas, susurros, más risas y de pronto una voz más alta.

—Venga, venga, vengaaaaa... date prisa. Por Dios, que está a punto de despertarse, en dos o tres minutos saldrá por la puerta.

Más risitas... eso era... ¿un beso? Bueno, bueno... parecía que Carolina había cambiado de chica y a la pobre la estaba echando a patadas para que no le diera un sermón desde por la mañana sobre eso de cambiar de pareja como de bragas. Solté una risilla y pegué un salto de la cama, a lo que Dani respondió con un gruñido molesto. Me acerqué a la puerta sin hacer ruido mientras fuera seguían las risas.

Abrí la puerta y salí al pasillo.

—¿Se puede saber qué es este escándalo desde por la mañana? —Pregunté sonriente antes de percatarme de quiénes estaban frente a mí.

La imagen que vi no la podré borrar de mi mente en mucho tiempo, y por algún extraño motivo me daban ganas de escupir. Puag, puaaaagggg. Silvia, en bragas y sujetador morado de encaje (y no parecían del chino precisamente). Frente a ella, abrazándola y con la cabeza metida entre sus tetas, un hombre: metro ochenta, canoso, con barba, que me miraba sorprendido sin soltarle el pecho a mi amiga. Darío estaba en medio de mi pasillo sin camisa y descalzo, con los pantalones desabrochados. Ella parecía sujetar en su brazo la ropa que le faltaba.

—¡Ay Dios!

Exclamé en alto. Me di la vuelta, entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí, pálida y con tembleque... *¿ése que se paseaba medio desnudo por mi casa era mi jefe? ¡Voy a matar a Silvia!*

—¿Qué pasa? —Preguntó Daniel incorporándose al percatarse de mi cara de susto.

—Nada, nada... que la puñetera de Silvia ha metido a Darío medio en pelotas en mi casa, en mi pasillo, frente a mi cuarto ¡La mato! ¡Te juro que la mato!

Dani se rio, ya sabía parte de la historia que llevaban pues yo se lo había contado.

Que tuvieran un rollo era una cosa y otra muy distinta que se paseara desnudo por mi casa. De pronto me percaté de algo, me incorporé un poco para mirarme en el espejo.

—¡Ay madre! De verdad que la mato —volví a repetir cuando vi todo mi pelo revuelto y mi pijama de conejitos—. Mi jefe acaba de verme en pijama de conejitos —lamenté haciendo pucheros.

—Ven aquí —me pidió Dani, dando unos golpecitos a su lado. Me acerqué y me senté— estás buenorra, como siempre —me abrazó por la cintura y jaló de mí para que me tumbara.

Sabía que era mi tercer día en la oficina de Ingenio en Translogic, pero dado que ya había hecho más de diez horas extras, me cobraría un poquito. Me quité los pantalones y me subí a horcajadas sobre Dani, que me recibió en guardia. Me saqué la camiseta del pijama y me dispuse a borrar la imagen que acababa de ver a base de sexo. Sexo del bueno.

Capítulo 7

DESPUÉS de las tres miré el reloj cada cuarto de hora. Se me estaba haciendo la tarde larguísima y no es que no tuviera trabajo, no había parado en todo el día más que la pausa para ir a almorzar, pero temblaba con la idea de que se acercara Alejandra. Me parecía increíble que estuviera tan tranquila. Volví la mirada al ordenador con la intención de concentrarme y olvidar el reloj de una vez. No obstante Alejandra era como las brujas y los espíritus, si la invocas la has cagado mucho y, dos horas más tarde, sonó el teléfono de mi despacho.

—Buenas tardes, Lucía.

—Buenas tardes, Alejandra.

—Te quería hacer una pregunta.

—Tú dirás —respondí mientras un horrible presagio hacía que las manos se me llenaran de sudor frío.

—¿Qué día sueles cobrar tu nómina?

—¿Yo? ¿Mi nómina personal, dices?

—Sí, sí... —la noté muy sonriente, es decir que me caería una buena. De pronto se me encendió una bombillita. Busqué con la mirada el calendario que estaba encima de mi mesa y vi que era día seis. Mi mente funcionó como si le hubiera dado al botón de “solucionar” de un puzzle on-line, encajando todas las piezas en medio segundo. Más me valía contestar y acabar con toda esa pantomima cuanto antes.

—Aproximadamente del uno al cinco cada mes.

—¿Y sabes qué día es hoy?

—Seis.

—O sea, que tú ya has cobrado.

—Es probable —por qué no iba de una vez al grano y se dejaba de tanta estupidez.

—Pues resulta que mis empleados del almacén llevan ocho años cobrando del uno al cinco de cada mes, pero este mes es día seis y nadie ha recibido un céntimo en su cuenta. Creí decirte claramente que debías encargarte de elaborar sus nóminas para poder hacerles el ingreso.

—Lo siento, Alejandra. Sólo llevo tres días aquí y no he parado. Me despisté por completo.

—Eso se lo cuentas a ellos, que tienen que pagar alquiler, hipoteca y demás y no tienen su dinero.

—Mañana me disculparé con mis compañeros y a primera hora me pongo y se lo paso a Sofía para que autorice el ingreso en cuanto acabe.

—De eso nada, te pones ahora mismo y lo dejas preparado. Sofía está advertida de que cuando termines le enviarás por mail todo y ella estará esperando para dar la autorización pertinente y la orden al banco.

Se me quedó la boca abierta como a un pasmarote. Eran las seis de la tarde, no podía creer que tuviera que quedarme a preparar las nóminas de todo el personal de Almacén y transportes. Estaba segura de que Alejandra se había esperado para hablar conmigo hasta esa hora de forma consciente y con la certeza de poder fastidiarme un poco más la vida.

—Claro —respondí antes de colgar el teléfono.

Mierda, mierda, mierda... agarré el móvil y abrí el WhatsApp en el “grupo casa” donde estábamos las tres compañeras en una misma conversación.

Lucía: “*Chicas, no me esperéis despierta*”.

Silvia: “*¿Otra vez?*”

Lucía: “*Me acaba de avisar la bruja. Nóminas de todo el personal de Almacén y*

transportes. Por cierto, te voy a matar”.

Carolina: “¿Por qué? ¿Qué ha pasado?”

Lucía: “Que te cuente la asquerosa esa, os tengo que dejar. ¿Alguien me trae mi pijama y una almohada? Sniff, sniff”.

Silvia: “Que sea leve”.

Carolina: “Igual preciosa, mañana me levanto temprano y te compro algo rico para desayunar”.

Lucía: “Gracias chicas. Besos.”

Necesitaba un poco de música, fui hasta mi bolso y cogí mi pen drive del bolsillo delantero. Siempre lo llevaba a todas partes y tenía música para todos los momentos: pop, rock, salsa, baladas, heavy... de todo un poco. Por lo general no escuchaba música heavy sino los fines de semana, pero necesitaba algo que me despertara. Elegí uno de mis cedés favoritos del género: *SilencedeSonata Arctica*, era un enchufe de adrenalina y yo lo necesitaba. El álbum tenía unos doce años, pero me encantaba.

Llevaba aproximadamente dos horas con la cabeza enterrada en las nóminas y me estaba quedando dormida. Había sido un día agotador y la noche antes no es que descansara demasiado. Decidí que como quizás no podría acostarme a dormir, me vendría bien un café con mucha, mucha cafeína.

Salí de mi despacho y fui hasta el office, le di al botón de la cafetera y me saqué una chocolatina de la máquina, que abrí dispuesta a devorar.

—Que cena más nutritiva —dijo una voz a mi espalda.

—¿Qué susto! —Brinqué. No había oído llegar a Marcos que asomaba la cabeza por el office. Soltó una carcajada y me di cuenta de dos cosas: que se le marcaba un hoyuelo en la mejilla izquierda y que tenía unas ganas terribles de lanzarle mi café hirviendo por esa cara suya tan dura.

—Perdona, estaba en el despacho y oí unos pasos. De pronto me entró hambre.

—¿Horas extra? —Pregunté, por no mandarlo a freír morcillas.

—Sí. No sé si Darío te contó algo en su día. Estamos trabajando en un programa nuevo de gestión. Tengo que esperar a que los compañeros dejen de trabajar para hacer unas pruebas y hoy me están dando quebraderos de cabeza.

Asentí sin decir nada, Marcos se acercó a la máquina y sacó una chocolatina igual a la mía. Agradecía no estar sola en una oficina apartada en el culo del universo aunque fuera acompañada con el simpático de turno.

—¿Y tú? —Preguntó tras el primer mordisco a su chocolatina.

—Me olvidé de las nóminas de Almacén y estoy en ello —respondí intentando quitarle importancia. Marcos hizo un gesto tal que si le hubiera dado una bofetada.

—Seguro que te ha caído una buena bronca.

—Seguro —confesé sonriendo—. Bueno, me voy ya a ver si avanzo que está Sofía esperando a que la llame para dar la orden al banco.

—¿Y por qué no dan la orden mañana? Total lo hagas ahora o mañana por la mañana va a ser lo mismo.

—Eso pregúntaselo a Alejandra.

Marcos asintió entendiendo que era una orden y punto. Era una soberana estupidez pero si *lareina de corazones* de Translogic quería hacerlo ahora... pues ahora tenía que ser.

—Que sea leve. Estaré por aquí si necesitas algo —se ofreció.

—Gracias —le respondí dirigiéndome al despacho y cerrando la puerta tras de mí.

Me senté delante del ordenador, tecleé la clave de mi correo personal y le envié un e-mail a Darío.

“¡Sálvame! Por cierto, estás más en forma de lo que imaginaba”.

Sonreí por la maldad. Me lo imaginé colorado como un tomate al leer el mensaje. Eso le pasaba por pasearse por mi casa en paños menores. Dejé el correo abierto y seguí

con las nóminas. Unos veinte minutos después escuché *elbip bipen* mi móvil y sin mirarlo maximicé la ventana en el ordenador.

“A lo primero: estoy en ello. Ten paciencia.

A lo segundo: no sé de qué me estás hablando, por cierto, no sabía que te gustaran tanto los conejitos”.

—Juas, juas, juas... —dije en voz alta. Minimicé de nuevo la pantalla. A los diez minutos volvió a sonar *elbip bipen* mi móvil. Maximicé la ventana del correo:

“Confío en tu discreción. Hablaremos de ello otro día con más tiempo y más ropa que esta mañana. ¿Vale? Y no te preocupes, casi no me di cuenta de que no llevabas sujetador”.

*¡Este hombre está loco!*Cogí el móvil, abrí el WhatsApp con la boca abierta por la sorpresa y la vergüenza.

Lucía:*“Por favor, controla a esa hormona con patas con el que sales”.*

Silvia:*“Ja ja ja ja... lo último lo he escrito yo. Estamos juntos y le he quitado el móvil de las manos”.*

Lucía:*“La madre que te parió, te odio. Me vas a ocasionar un trauma”.*

Silvia: *“:P”*

Sonreí y solté el móvil encima de la mesa. Aún me quedaba mucho trabajo por delante.

Cerca de las diez de la noche me levanté para estirar las piernas, ya no aguantaba los tacones, se me dormían los tobillos y me sonaban las tripas. Me quité los zapatos, salí de la oficina y fui hasta el office de nuevo. Aquella máquina expendedora era depresiva. Me saqué un sándwich de una mezcla indeterminada que ponía una pegatina con la descripción “vegetal” (porque lo decían ellos, si no nunca lo hubiera acertado), una bolsa de patatas y una Coca cola. Miré con un mohín aquel sándwich que tenía pinta de llevar varios días abandonado en la máquina y me imaginé con un brote de salmonela en el justo instante en que Marcos volvía a entrar en la habitación y vio mi puchero en todo su esplendor.

Rio a carcajadas y lo miré con odio. Qué había hecho yo tan malo en otra vida para merecer este castigo: haciendo mil horas extras, sin comida decente y con ese psicópata allí encerrado conmigo.

—No le veo la gracia —protesté ya un poco harta de tener que ser amable.

—Qué bajita eres —me respondió dejándome por un segundo obnubilada mirando su hoyuelo y escuchando la gilipollez que acababa de decirme. Bajé la cabeza y vi mis pies descalzos. A tomar viento todo el glamour. Preferí no responder e intenté con todas mis fuerzas que me saliera una sonrisa, pero no hubo forma, tenía ganas de llorar y de llamar a Daniel para que viniera a rescatarme. Estaba agotada, hambrienta y necesitaba dormir un poco—. No te pongas así, mujer —se acercó a mí, me quitó el sándwich de la mano, piso el pedal de la papelera y lo tiró dentro. Se me abrió la boca hasta el suelo.

—Pero, qué...

Me hizo una señal con el dedo para que esperara un momento, mientras se acercaba a un cajón que había al lado del fregadero. Sacó un folleto. Cogió el móvil del bolsillo y tecleó un número. Unos segundos después:

—Hola Arturo, soy Marcos. ¿Qué tal la noche? Aja, bueno... normal, entre semana... sí, para dos... pues... —me miró de arriba a abajo antes de seguir hablando—. Tengo a una señorita aquí muerta de hambre, así que ponme una pizza especial de la casa y pan de ajo, mándanos también una botella de refresco —miró la lata que tenía yo en la mano—. Coca cola Zero... sí... no, por Dios, alcohol no, que tendremos que conducir después. No, Arturo, no... siempre pensando en lo mismo, cada uno conduce SU coche para ir a SU casa —me miró y me guiñó un ojo. Pensé que iba a darme una arcada,

pero no, me mantuve tiesa y serena por la posibilidad de comer algo rico y calentito intentando parecer simpática o lo menos adusta posible—. Ponlo en mi cuenta que mañana me paso por ahí y te dejo la tarjeta. Gracias Arturo, eres el mejor.

Se rio antes de colgar la llamada.

—Muchas gracias —dije—. No era necesario, pero te lo agradezco. No se me había ocurrido que podía pedir comida a domicilio.

Volví a mi despacho y diez minutos después entraba Marcos acompañado por lo que me pareció el olor más apetecible del mundo. Despejamos la mesa de reuniones del centro y nos sentamos a comer. Subí las piernas a la silla de mi derecha con la intención de que se sentara lo más lejos posible. Se situó en frente. Devoramos en silencio durante algunos minutos hasta que el hambre dejó de acuciarme y empecé a sentirme incómoda acompañada de aquel hombre que aparentemente no tenía nada que decir, pero que se había afincado en mi despacho y no tenía intención de salir de allí.

Llegué a casa aproximadamente a las dos de la madrugada, con la sensación de que me había pasado una apisonadora por encima. Todo el mundo parecía dormir, así que fui hasta el cuarto de baño, me quité toda la ropa y la tiré al cesto de la ropa sucia. Me desmaquillé y me solté la melena que hoy llevaba recogida en una cola de caballo.

Salí del baño y fui hasta la cocina. Bebí un buen trago de agua directamente de la botella que guardábamos en la nevera y le daba vueltas al trabajo, pensando preocupada que esperaba que las nóminas estuvieran bien, nunca las había hecho tan rápido y con tanto cansancio acumulado encima.

De nuevo en mi habitación, me quité los tacones y los puse en la zapatera. Busqué el móvil para ponerlo en mi mesa de noche y me di cuenta de que lo había dejado en el bolso, justo en el perchero de la entrada. Salí al pasillo, fui hasta el susodicho y cogí el aparato de mi bolso. Lo puse en silencio y vi que tenía un WhatsApp sin leer.

Daniel: *“Te quiero, pelirroja. Besos húmedos y calientes de esos que a ti te gustan”*.

Sonreí y tecleé:

Lucía: *“Te quiero, macarra. Que descanses”*.

Volví a sonreír y sólo levanté la cabeza cuando oí:

—¡Mierda!

Vi a Darío frente a mí, mirándome con los ojos desorbitados. Se me calló el móvil al suelo, se abrió la tapa trasera y la batería salió disparada. Fue el momento en que Darío se dio cuenta de que no debía seguir mirándome en bragas y sujetador y se dio la vuelta. Oí una risilla y a Silvia que salía en camiseta al pasillo.

—Darío, espera... —caminó unos pasos y se dio cuenta de lo que pasaba—Oh, oh... joder, joder... Venga, Darío, ve al cuarto —Darío sin levantar la cabeza fue hasta el cuarto de Silvia y cerró la puerta tras de él.

—Perdona, perdona... —fue diciendo por el camino.

Me agaché y cogí todas las piezas de mi móvil desparramadas por el piso y para cuando me incorporé ya estaba llorando como una tonta, tendría que mirar el calendario, seguro que ya tenía el síndrome pre-menstrual, no solía ser tan llorona. La mezcla de cansancio, estrés, desesperación y vergüenza habían podido conmigo.

—Lo siento, Lucía. Lo siento, lo siento... No me mates por favor.

—Me cago en todo Silvia... avisa, por Dios, avisa... ¿Aquí no se duerme o qué? Que son más de las dos.

—No llores, mujer. No pasa nada. Son cosas que pasan.

—Esas cosas sólo pasan en esta casa de locos. Déjalo, ¿vale? Me voy a dormir.

Lo que me faltaba, mi jefe acababa de verme en pelotas y aunque sólo lo vi un instante, no se borraría de mi cabeza lo que sus pantalones cortos marcaban a la altura de la ingle.

Por Dios, pero que día más horrible. Fui directa a mi habitación, cerré la puerta con

pestillo, me puse un pijama y me metí en la cama con la manta por encima de la cabeza. *Que se acabe ya este sufrimiento*, rogué a nadie en concreto.

Capítulo 8

—ESPERO que no vuelva a pasar lo de ayer, es una falta muy grave y la próxima vez nada evitará que te ponga una sanción.

Alejandra me miraba con esa estúpida sonrisa en la cara que me desquiciaba. ¿Por qué tenía que ser tan desagradable conmigo? Me estaba esforzando y ella me tenía crucificada desde el primer momento.

—No volverá a pasar, Alejandra —me disculpé repitiéndome una y otra vez que debía tener paciencia.

—Es viernes, vete a casa. Descansa el fin de semana y ven con las pilas cargadas el lunes. Tienes que presentar los seguros sociales. Además Sofía se va de vacaciones unos días y te haces cargo tú del Departamento de Contabilidad, eres la única que tiene experiencia en el tema. Hay mucho atrasado en facturación, contabilidad y cobro a clientes, así que te pido que lo asumas hasta que vuelva Sofía.

Me quedé mirándola sorprendida.

—¿Yo sola llevaré los dos departamentos?

—Pensé que eras una profesional y que por eso te habían enviado aquí.

Preferí callarme, si contestaba iban a salirme culebras por la boca.

Me subí en el coche y en lugar de estar feliz por ser viernes y haber superado con vida mi primera semana en la sucursal de Ingenio, estaba deprimida. Tenía la certeza que lo peor estaba por llegar y que trabajar allí sería un infierno. A veces tenía la sensación de que Alejandra me apretaba más la tuerca y más y más para ver hasta donde aguantaba y que finalmente, me largara de allí, pero no lo conseguiría.

Cuando llegué a casa vi que eran cerca de las tres de la tarde. Había quedado con Daniel sobre las cuatro y no había probado bocado aún. La despensa tenía un aspecto penoso que la nevera no solucionaba. Las chicas no estaban por ninguna parte y tenía un hambre que mordía.

Agarré el móvil y le mandé un WhatsApp a Dani:

Lucía: “¿Comemos juntos?”

Daniel: “*Ya he comido, estoy con mi madre, no puedo hablar. Nos vemos en una hora*”.

Gruñí y lancé el móvil dentro del bolso. Cogí las llaves del coche y salí de casa camino al primer *McDonald's* que encontrara. Comí casi atragantándome para que me diera tiempo de volver para cuando llegara Dani. A las cuatro menos cinco estaba de vuelta en casa. Fui hasta el cuarto y me quité rápidamente el vestido y los tacones que había llevado al trabajo. Me puse unos vaqueros ceñidos y desgastados que sabía que le encantaban, camiseta, jersey cuello de cisne y botas planas todo de color negro, tal como estaba mi humor hoy no me encontraba yo para muchos colorines. Me senté en el sofá de la entrada con la tele encendida en un canal cualquiera, ni siquiera la miraba, era más por no sentirme sola, que por ver algo. Me quedé traspuesta en el sofá y para cuando abrí los ojos habían dado las cinco. Extrañada abrí el bolso y miré el móvil.

Daniel: “*Lo siento, nena. Estoy liado. ¿Puedes ir tú a las pinturas? Confío en tu buen gusto. Te llamo cuando termine y voy donde estés*”.

Hice un mohín y le contesté con un escueto “OK”.

Me acerqué en coche hasta la zona comercial *La Estrella*, en Telde y entré en el *Leroy Merlin*. Se me había pasado un poco el mal humor, estaba ilusionada con la idea de mudarme. Me pasé un par de horas allí dentro eligiendo las pinturas, los rodillos, brochas y demás artículos necesarios para pintar la casa. Di un tarjetazo y me llevé además dos estores que me encantaron para el salón, uno para nuestro dormitorio, unas lámparas nuevas para cambiar esa cosa vieja y fea que colgaba del techo de las

habitaciones. Me llevé también unos accesorios para el baño que me encantaron. Como seguía sin tener noticias de Daniel me acerqué a *alkeay* compré un montón de cosas más.

Dani ya me había dado, hacía días, la copia de la llave de la casa donde viviríamos, así que mirando que pasaría toda la tarde sola y aburrida me decidí a llevarlo todo allí. Cuando llegué miré el móvil, pero no había rastro de él por ninguna parte. Bajé al súper que estaba justo debajo de casa y compré productos de limpieza. Subí de nuevo, me quité el jersey... unas horas después había dejado como nuevas la cocina, las ventanas y los armarios. Miré la hora y eran cerca de las diez de la noche y Dani seguía sin dar señales, me enfurruñé más. Cogí una Coca cola que había comprado en el súper y me senté en el sofá a tomármela móvil en mano.

Lucía: “¿Dónde estás metido?”

Daniel: “Estoy llegando ahora a casa, voy a dejar unas cosas y paso a recogerte”.

Lucía: “Estoy en nuestro piso”.

Dani: “Ah, perfecto. Pues ahora voy”.

Solté el aparato y me puse a examinar las pinturas que había comprado, más o menos teníamos los colores decididos. El salón era bastante amplio y luminoso y se nos ocurrió que podríamos pintar la pared donde iba el sofá de color chocolate y el resto de paredes color crema. Abrí la lata color chocolate y cogí una brocha para probarlo en la pared, me gustaba. Minutos después oí el ruido de la cerradura y Dani entraba.

Fui corriendo al vestíbulo y lo abracé. Le di un besazo estampándolo contra la puerta de la entrada.

—Ummm... qué buen recibimiento —dijo abrazándome y colando la cabeza por mi cuello dándome pequeños besos—. ¿Me vas a recibir así todos los días cuando vivamos juntos?

Asentí sin decir nada y sonreí.

—Ven, quiero que veas las pinturas —le pedí.

Dani parecía encantado con los colores que yo había elegido y sorprendido porque me hubiera dado tiempo a limpiar todo.

—Si quieres empezamos a pintar —le propuse ilusionada.

—Es un poco tarde, ¿no? —Me respondió con su sonrisa de medio lado.

—No estoy nada cansada. Mañana es sábado, no hay que madrugar.

—Lucía, yo si tengo que madrugar mañana, tengo la carrera.

—No me acordaba —me quejé con un puchero.

—Me muero de hambre —cambió de tema, dándome un beso en el cachete y poniéndose de pie—. ¿Quieres que vaya a comprar algo para cenar y nos lo tomamos aquí? Será nuestra primera cena oficial en casa.

Cómo le iba yo a decir que no, aunque tenía más ganas de comérmelo a él enterito que otra cosa. De pie frente a mí, sonriéndome, lo miré de arriba a abajo. No me había dado cuenta hasta ahora que iba vestido “formal”, con unos vaqueros negros nuevos perfectamente planchados, una camisa de botones de manga larga negra y en lugar de sus botas de tachuelas, unos zapatos “decentes” como hubiera dicho su madre.

—¿Y tú dónde estuviste toda la tarde?

—Luego te cuento. ¿Quieres chino?

—Vale, tengo hambre. Pide lo que quieras, ya sabes que me gusta todo.

Me senté en el sofá, era bastante viejo y más bien feo, ya hablaría con Dani para cambiar aquella cosa y comprarnos algo bonito. La casa no era demasiado grande, pero perfecta para nosotros dos. Salón y cocina bastante amplios separados por una barra americana, un baño, dos habitaciones de buen tamaño y un pequeño balcón que tenía unas vistas espectaculares de la playa de las Alcaravaneras, sobre todo a esas horas donde las luces de los barcos parecían pequeñas velas que iluminaban la noche.

Era un piso octavo, lo bueno era que desde ahí arriba no se oían casi ruidos del exterior, pero esperaba que nunca se estropeará el ascensor cuando viniera con la compra porque si no iba a darme un patatús.

La cocina estaba completamente amueblada y con todo tipo de electrodomésticos. No era muy nueva, pero era bonita. El salón tenía unos muebles horrorosos, pero ya los iríamos sustituyendo a nuestro gusto. La habitación principal tenía un armario empotrado, una cama y dos mesas de noche y cabecero sencillos en color blanco. Me encantaba el enorme espejo que había en un lado de la habitación, de cuerpo entero y bastante ancho, daba directamente a la cama. Sonreí al imaginar cómo podríamos observarnos haciendo posturitas. La otra habitación estaba vacía, no sabía qué uso le daríamos. Estaría bien para poner un pequeño escritorio con un ordenador y estanterías con libros. Por un segundo me lo imaginé como cuarto para un futuro bebé y agité la cabeza con el pánico pintado en mi cara, todavía no me había entrado el instinto maternal y aún era pronto para que apareciera.

Me aburría como una ostra de esperar cuando oí un pitido, no sabía de dónde provenía. Fui hasta la cocina y vi que en la encimera estaba el móvil de Daniel que se había dejado olvidado. No le gustaba que curioseara en su teléfono, es más, tenía puesta una clave para desbloquear la pantalla, pero se la había visto poner un millón de veces, me la sabía de memoria.

Sonreí con malicia y pulsé la combinación. Vi que tenía un icono de WhatsApp en la parte superior de la pantalla. Bajé la pestañita y sin necesidad de abrir el mensaje se veía:

Sonia: *“Lo de hoy me encanta, lo sabes, aunque sé que está mal”*.

¿Sonia? ¿Quién es Sonia? ¿Qué le encanta? Y sobre todo y por encima de todo ¿qué está mal?, pensé sorprendida por lo que acababa de leer.

Oí las llaves del piso y solté el artilugio rápidamente en la encimera, apretando el botón del lado derecho que bloqueaba la pantalla. Abrí un mueble que quedaba justo al lado y que lógicamente estaba completamente vacío.

—¿Qué haces? —Me preguntó extrañado dejando las bolsas con la cena al lado de su móvil—. Aquí se me había quedado el móvil. ¿Ha sonado? —Me preguntó.

—Ehh... no sé, ni me había fijado. Estaba mirando los muebles a ver cómo puedo distribuir las cosas.

—Venga, vamos a cenar. He comprado unos cubiertos de plástico, creo que aquí no hay nada de eso.

Asentí y me senté a su lado con el corazón desbocado y un nudo en la garganta. Se me pasaron mil cosas por la mente, pero en un instante que él no me miraba agité la cabeza para desechar esos pensamientos negativos que me atosigaban. Al fin y al cabo estábamos a punto de vivir juntos, ¿no? Esto iba en serio.

Comí en silencio, y él también. Daniel miraba el móvil y tecleaba de vez en cuando. Cuanto más tecleaba, más nerviosa me ponía.

—Bueno, ¿qué has hecho hoy? —Pregunté por fin un poco incómoda porque no me estuviera prestando la más mínima atención.

—Nada, unos recados.

—¿Saliste solo?

—No, estuve con mi madre y luego la dejé en casa e hice un par de cosillas más que tenía pendientes.

Asentí. No quise decir nada más porque realmente lo que pensaba es que él salía todos los días a las dos o tres de trabajar del Ayuntamiento donde ejercía de administrativo, cuando no se escapaba antes si no tenía mucho trabajo. Tenía tiempo entre semana para hacer todos los recados que necesitara. Había estado quedando con los amigos para jugar a la Play, para eso sí tuvo tiempo... y para Sonia, claro.

Me levanté del taburete y tiré los restos de mi plato en una de las bolsas donde Dani

había traído la comida. Vi que él también había terminado de comer y cerré las tarrinas con las sobras y las metí en la nevera. Estaba agotada y deseando irme a casa a dormir, visto lo visto, hoy no tendríamos una noche muy pasional.

Fui hasta el salón en busca de mi jersey que había dejado abandonado en el viejo sofá y vi al lado de mi bolso un ramo de rosas rojas. Se me iluminó una sonrisa y los ojos se me abrieron como platos, Dani me había seguido hasta el salón y sentí sus pasos tras de mí. Me abrazó por detrás.

—¿Y ésto? —Pregunté sorprendida, en todo el tiempo que llevábamos juntos no había tenido ningún detalle parecido.

—Para mi pelirroja favorita —contestó besándome el cuello al tiempo que desabrochaba mis vaqueros y colaba su mano por mis braguitas. Sentí una ola de calor que invadía todo mi cuerpo.

Me giré para besarlo. Un beso llevo a otro y a otro. Me arrastró hasta el dormitorio, donde un colchón desnudo nos recibió para inaugurar como era menester nuestra primera cena en casa.

Me desperté tiritando de frío, Dani roncaba de lado, completamente desnudo en la cama. Me levanté y salí al salón en busca de mi ropa desperdigada por todas partes. Me vestí rápidamente y agradecí el calor de mi jersey de cuello.

Cogí la colcha que protegía el sofá, no estaba lavada, pero tampoco era cuestión de pillar un resfriado. Cuando volvía al dormitorio me fijé que el móvil de Daniel seguía en la encimera de la cocina. El corazón me dio un vuelco y me acerqué rápidamente, sin hacer el menor ruido. Lo desbloqué, contuve la respiración y fui hasta el WhatsApp. Busqué el mensaje de la tal Sonia, pero ya no estaba. ¿Lo habría imaginado? Fui hasta el botón superior derecho, al pinchar me salió una lista de todos los contactos suyos que tenían WhatsApp y ahí estaba Sonia. Pinché sobre ella, pero me aparecía en blanco.

Dejé el móvil donde estaba. Fui hasta el cuarto, coloqué la colcha encima de Dani y me acurruqué a su lado donde me quedé dormida. Cuando me desperté eran cerca de las ocho de la mañana y él se había ido en silencio, sin avisarme, sin despedirse, ni dejarme una nota si quiera.

De mal humor me dirigí al salón para coger mis cosas y marcharme. Al ver las flores sonreí y se me pasó un poco el enfado. Llegué a casa despeinada, ojerosa y con unas tremendas ganas de ponerme un pijama calentito y meterme en la cama unas cuantas horas más.

Carolina y Marta estaban en la cocina desayunando y pasé a saludarlas.

—Hola preciosa —le di un beso en la frente a Carolina y dos besos a Marta—. ¿Qué tal? ¿Qué hacéis levantadas tan temprano?

—Nos vamos en su moto a pasar el día por ahí —reveló Carol con una sonrisa.

—¡Qué bien! —Respondí.

Carolina estaba radiante, no podía entender cómo lo conseguía, pero siempre tenía un aspecto ideal. Llevaba el pelo corto, peinado hacia un lado. Tenía buen cuerpo. La naturaleza, al igual que a mí, le había premiado con una talla treinta y ocho que no cambiaba aunque se atiborrara a chocolate. Llevaba una camiseta de manga corta con mucho escote en color rojo, unos vaqueros y me fijé que tenía mis botas de piel de tacón de aguja.

—¿Vas a ir a pasar el día en moto con un tacón de aguja? —Inquirí sorprendida.

—Antes muerta que sencilla —me respondió Marta entre risas. Marta era unos cinco o seis años más joven que Carolina, de aspecto desaliñado: vaqueros, deportivas y chupa de cuero, debajo llevaba una sudadera con capucha de marca Hurley. Eran muy diferentes, pero quizás eso era lo que hacía que se atrajeran mutuamente.

—Bueno, ¿y me vas a contar a qué vienen esas rosas? —me preguntó Carolina, ya casi me había olvidado de ellas. No teníamos un jarrón en toda la casa, por aquí nunca

habían abundado parejas románticas de esas que te colman a regalos, flores, bombones... Cogí una botella vacía de refresco, la corté quitándole el cuello, la llené de agua y puse las flores dentro.

—Dani me apareció anoche con ellas —expliqué sonriente.

—¿Con quién te la habrá pegado? —Preguntó Marta riendo.

—¿Cómo? —Se me volatilizó la sonrisa.

—Era broma, mujer —contestó Marta—. Ya sabes lo que se dice de los hombres, cuando regalan flores de forma inusual es que algo malo han estado haciendo por ahí. Pero era una coña.

Me quedé pálida mirando a Marta y luego a Carolina, de vuelta a Marta y otra vez a mi amiga. De pronto se me saltaron las lágrimas y empecé a llorar. Carolina soltó el bocadillo que tenía en las manos y le dijo a su pareja:

—Marta, mi niña. ¿Dónde tienes tú la sensibilidad?

—Era una broma. Lucía, era una broma... —me repitió Marta.

Entre lágrimas intenté explicarle el mensaje que había visto en el móvil de Daniel y que luego había desaparecido por arte de magia. Carolina se acercó, me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Tranquila boba, seguro que no es nada de todo eso que piensa tu mente febril.

—Claro, Lucía. ¿No os vais a vivir juntos dentro de poco? —Preguntó Marta.

—Sí —dije secándome las lágrimas y esforzándome en sonreír.

—Ves, no es nada mujer —siguió Carolina.

—Tienen razón, creo que es el cansancio de toda la semana que tengo encima que me pasa factura.

Me despedí de las chicas y me di una buena ducha con agua caliente, me puse un pijama y entré en mi dormitorio. Puse el móvil en silencio y bajé las persianas. Me metí en la cama con la intención de dormir toda la mañana.

Abrí los ojos porque sentí unos brazos que me rodeaban por la espalda y unos besos en mi cuello.

—Mmm... hola cielo. ¿Cómo has entrado? —Pregunté sin abrir los ojos.

—Me abrió Silvia, me la crucé justo cuando salía. Te he llamado tres veces y no me cogías el teléfono.

—Lo siento, lo puse en silencio, necesitaba dormir un poco. ¿Qué tal la carrera? —Me giré en la cama y apoyé la cabeza en su pecho abrazándome a Dani.

—Genial. Luego he comido con Nacho y Juanjo.

—¿Ya has comido? ¿Qué hora es?

—Las dos y media.

—Pues sí que he dormido —dije sorprendida, tenía la sensación de que no hacía ni media hora que me había quedado dormida.

—¿Y has descansado bien? —Preguntó Dani, colando su mano por debajo de mi camiseta hasta dar con mi pecho izquierdo.

—Mmmm... —fue lo único que respondí antes de sentir como Dani se incorporaba, me quitaba los pantalones y se colaba entre mis piernas.

Su lengua recorriendo mis partes más íntimas hizo despertar del todo cada recoveco de mi cuerpo, que se encendió cual estufa. Dani lo hacía todo con pasión, el cariño y la suavidad no estaban hechos para él. Me clavaba de forma repetida dos dedos en mi interior mientras su lengua jugaba rápidamente, haciéndome llegar al éxtasis en pocos minutos. Cuando notó las contracciones de mi cuerpo, se incorporó y se coló dentro de mí haciéndome temblar de placer.

Nos vestimos y Dani me llevó a comer algo, tenía un hambre que devoraba. Me pedí una hamburguesa doble, con patatas y una Coca cola gigante y él se pidió sólo un refresco que bebió a sorbos mientras me veía devorar con una sonrisa.

—Si me miras así no me puedo concentrar en la comida —le dije con la boca llena.

—¿Si te miro cómo? —Contestó riendo.

—Así... tan sexy... me dan ganas de dejar la hamburguesa en el plato y comerte a ti. Soltó una carcajada antes de responder.

—Vaya, pelirroja, eres insaciable.

Levanté las cejas en señal de desafío y seguí comiendo mi almuerzo en silencio. Cuando terminé estuvimos hablando un poco de banalidades, yo de las chicas, de la oficina, él de la carrera, de sus amigos, de su madre... pero en ningún momento me nombró a ninguna Sonia.

Recordé el mensaje de la noche anterior y lo que había hablado con las chicas y me sentí mal, no me gustaba esa sensación de desconfianza y prefería hablarlo con él. Tosí un par de veces para disipar los nervios que me habían entrado de repente.

—Oye, quería hablar contigo de algo.

—Tú dirás—dijo cogiendo mi mano derecha.

—Te vas a enfadar conmigo, pero prefiero hablarlo —a Dani se le desintegró la sonrisa y yo bajé la cabeza antes de seguir—. Ayer cuando te fuiste a comprar la cena sonó tu móvil, lo cogí y lo desbloqueé. Vi un mensaje que aparecía en la parte superior del móvil, de una tal Sonia que decía algo así como que le había encantado lo de hoy, pero que no estaba bien.

—¿Cómo?

—Eso... pues eso, que vi un mensaje de una chica en tu móvil que no sé quién es, ni a qué se refería, ni qué es eso que está mal... no tenía que haberlo mirado, pero lo hice, y... —levanté la cabeza y me encontré con una mirada que no conocía, nunca le había visto esa cara a Dani—. Bueno, ya sabes que yo no soy celosa, pero... no me sentó muy bien.

—Vámonos de aquí.

Dani se levantó y yo lo seguí hasta su coche. Lo puso en marcha y salió del aparcamiento sin decirme nada.

—¿Dónde vamos? —Le pregunté en voz baja.

—¿Cómo narices se te ocurrió mirar mi móvil? Sabes que odio que husmeen mis cosas.

—Lo sé... lo sé... fue un acto espontáneo, no fue con mala intención.

—¿Cómo lo desbloqueaste si tengo clave? —Preguntó secamente, parecía muy cabreado.

—Te he visto mil veces poner la clave, no me la aprendí a propósito, simplemente un día ya me la sabía.

—¿Cuántas veces has estado fisgoneando en él?

—¡Nunca! Joder, Dani... —empecé a llorar. Parecía muy cabreado, no pensé que se fuera a mosquear tanto.

—¿Cómo podré vivir con alguien que no respeta mi intimidad? —Me preguntó justo en el instante en que paraba frente a mi casa—. Bájate, por favor, vete a casa.

Me bajé del coche llorando, viendo como Dani aceleraba y se alejaba de allí. Subí al piso, no había nadie. Tenía tres opciones: encerrarme a llorar en mi cuarto, tirarme delante del sofá y no parar de comer chocolate y chucherías hasta que se me pasara el mal sabor de boca que tenía o largarme de compras y estallar mi tarjeta. No me apetecía ni lo primero, ni lo segundo, así que tal como subí, volví a bajar en busca de mi coche para ir al centro comercial más cercano a estallarme un dineral en ropa, complementos y demás cosas inservibles.

Capítulo 9

MENTIRÍA si dijera que la semana siguiente pasó tranquila sin noticias de Dani. Efectivamente, no supe de él, pero mi trabajo no era un camino de rosas y cada día me esperaba algo nuevo y desagradable en la oficina. No tenía tiempo para respirar, ni para pensar. Hice horas extras sin parar y no salí a comer ni un día para poder poner todo al día. Tenía a Marcos atragantado hasta la médula, hasta tal punto que se me revolvían las tripas cuando lo veía. Llegué a pensar que lo enviaba Alejandra a espiarme, porque no era normal que precisamente se quedara haciendo siempre las mismas horas que yo y apareciera por mi despacho como *Pedro por su casa*.

Mil veces tuve el teléfono en la mano con la intención de pedirle disculpas a Daniel, pero siempre me arrepentía y pensaba que era mejor dejarle recapacitar. Lo hecho, hecho estaba, no era bueno quedarme rumiando algo que me incomodaba sin compartirlo con él y no me molestaba únicamente el hecho de que hubiera desaparecido de repente, sino que tampoco me había contestado con respecto a esa tal Sonia, simplemente se puso hecho un basilisco y me dejó tirada frente a mi casa. Me consolé pensando en toda las cosas nuevas y bonitas que tenía para estrenar y que además lucía una manicura perfecta (sólo solía ir a la peluquería a hacerme la manicura cuando estaba de los nervios y lo hacía más por no morderme las uñas que por el simple hecho de verme más bonita). Si no hubiera discutido con él mi coche seguiría hecho un asco y mi cuarto lleno de polvo a la eterna espera de ser limpiado... *Viva el pensamiento positivo*, me repetía.

Recibí varios emails de Darío a lo largo de la semana desde su correo personal pidiéndome disculpas por el encuentro accidental y desafortunado que habíamos tenido en casa. No le había contestado más por vergüenza y por no saber qué decir, que porque me durara el enfado.

Al final el viernes le contesté:

“Son cosas que pasan Darío, aunque espero que no vuelva a ocurrir. Tú procura hacer más ruido cuando estés por casa y yo procuraré llevar más ropa. ¿Vale? Y borra este email, por Dios, que si alguien del trabajo lo lee en un descuido me da algo. Hablando de trabajo, por favor, encuentra una forma posible de que vuelva a la oficina de las Torres, aquí no puedo vivir, Alejandra me tiene amargada. Me porto bien, trabajo duro, le echo horas, pero nunca es suficiente y siempre encuentra fallos. No quiero trabajar más aquí, por favor, aunque tenga que volver a mi antiguo puesto de administrativa. Era más feliz que donde estoy ahora”.

El miércoles siguiente a última hora abrí mi correo y vi su respuesta: *“Lo hablaré con Gustavo Fuentes”.*

Suspiré deseando que llegara la respuesta cuanto antes. Miré mi escritorio rodeado de papeles, no me cuadraban las cuentas de uno de los bancos, lo había revisado cuatro veces y ya me dolía la cabeza. No quería salir de mi despacho ni para estirar las piernas porque cada vez que lo hacía aparecía Marcos y ya bastante incómoda estaba como para encima tener que aguantarlo a él.

A las nueve y cinco los párpados caían sin remedio.

—A la mierda, me voy a casa —pronuncié en alto.

Estaba recogiendo mis cosas cuando llamaron a la puerta del despacho. Era Néstor.

—Hola Lucía.

—Hola Néstor. ¿Todavía por aquí? —Pregunté cogiendo mi bolso y cruzándomelo en el pecho.

—Me ha mandado Alejandra a buscarte, estamos todos en el bar. Hoy es miércoles.

—¡Mierda! Olvidé la cita obligada de los miércoles —protesté a regañadientes.

—¿Obligada? ¿Por qué dices eso, mujer?

—No, por nada —respondí, mordiéndome la lengua por bocazas.

—Alejandra no es tan mala como parece.

—Seguro —dije, fingiendo una sonrisa angelical. Lo que me faltaba, otro pirado lameculos de la arpía de mi jefa.

—¿Quieres que nos sentemos y hablemos un poco? Así te cuento cosas de ella y te relajas antes de ir al bar. Tranquila que te cubro.

¿Ir al bar con Alejandra, Marcos y las otras tres o sentarme con Néstor en mi propio despacho a escuchar intimidades de mi jefa? Me quité el bolso y me senté en mi silla. Néstor se sentó frente a mí.

Estuvo hablando un buen rato, llevaba cinco años trabajando en Translogic y me contó un montón de anécdotas que no me interesaban lo más mínimo a esas horas de la noche. Sin embargo, escuché deseando que pronto se fueran todos a casa y no tener que cruzarme con la arpía de mi jefa.

Néstor tenía aspecto de tímido, al menos esa impresión me dio cuando lo conocí. Rellenito, pelo corto y repeinado, ojos castaños y con una barba que parecía de más de cinco o seis días. Pantalón de bolsillos azul, sudadera del mismo color con el logo de Translogic. El personal de almacén llevaba uniforme y aunque él era el jefe, también se lo ponía. No me caía mal, en general lo que no soportaba de ninguno de mis compañeros es que le siguieran el juego a Alejandra, cuando todos sabían que era una arpía y que hacía lo que le daba la gana, sin decoro y sin juicio.

Al final me relajé. Le hablé un poco de mí, sólo de lo profesional: cómo había empezado en la empresa, cómo me ascendieron y poco más. Miré el reloj y eran cerca de las diez.

—Es tardísimo, Néstor. Tengo que irme, todavía tengo que llegar a casa y mañana hay que estar aquí a las ocho de nuevo. A este paso voy a pedir que me pongan una cama en el almacén.

Néstor sonrió. Nos pusimos de pie y yo cogí mis cosas. Cuando ya me acercaba a la salida del despacho Néstor se adelantó y cerró la puerta.

—¿Qué haces? —Pregunté sonriendo.

—¿Sabes que eres muy guapa? —¡Mierda! ¿Acaso tenía un imán para los tarados?

—Venga, Néstor. No estoy para bromas.

Se fue acercando a mí y yo alejándome, hasta que no quedaba más espacio entre la pared y mi espalda y no pude retroceder más. Casi se me estaba echando encima.

—Es que no te imaginas como me pones, me tienes todo el día con la polla dura.

¿¡Quéeeeeee!/? Ay Dios mío, sácame de aquí, rogué.

—En serio —susurré—. No me gustan estas bromas.

Se pegó completamente a mí, apoyando las manos en mis hombros y hundió la cabeza en mi cuello besándome.

—¡Joder! ¿Qué coño haces, tío? —Vociferé. Intenté apartarlo, pero no tenía fuerzas para moverlo ni un centímetro—. ¿Quieres dejarme en paz?

En un momento apartó una de las manos que la llevó bajo mi falda, apoyando todo el peso de su hombro contra mi cuerpo para que no pudiera moverme.

—Hueles de vicio.

—Maldito psicópata. ¡Déjame en paz! Joder, hablaré con Alejandra, por muy amiguito suyo que seas esto no te lo va a pasar.

Néstor se alejó un poco, sin dejar que me moviera y me sonrió.

—Alejandra y yo no somos amiguitos. Es mi mujer.

Grité cuando coló sus dedos dentro de mis bragas y en ese momento se abrió la puerta de golpe.

—¿Qué pasa aquí? —Irrumpió Marcos en mi despacho.

—Nada, Lucía y yo sólo nos estábamos divirtiendo. ¿Verdad?

—Néstor, perdona pero lo que he escuchado me ha dejado bastante claro que el único que se divertía eras tú —aseveró Marcos con firmeza.

Néstor se apartó, sonrió, se recolocó el abultado paquete del que desvió la mirada de inmediato y dirigiéndose a Marcos le dijo:

—Bueno, vamos a dejar esto. Tampoco ha sido para tanto —sonrió.

—Discúlpate y lárgate de aquí, gilipollas —le desafió Marcos.

—Perdona Lucía —me dijo con una sonrisa y salió precipitadamente del despacho.

Se me saltaron las lágrimas y Marcos dio un par de pasos hacia mí muy serio.

—¿Estás bien? —Preguntó sin tocarme ni acercarse demasiado, lo que agradecí. Asentí limpiándome las gotas que resbalaban por mis mejillas—. ¿Te acompaño al aparcamiento?

—Por favor.

Fui temblando hasta mi coche intentando aguantar las lágrimas. Cuando ya estábamos en la puerta Marcos me miró preocupado. Vi acercarse a lo lejos una figura corriendo que lo llamaba, era Susana.

—¡Marcos! ¡Te estaba buscando por todas partes! Me llevas a casa, ¿no? —Se acercó hasta nosotros.

—Sí, sí. Espera sólo un momento —respondió sin quitarme la vista de encima—. ¿Te encuentras bien, de verdad? —Insistió.

—Sí, bien... estoy bien.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Susana mirando directamente a Marcos.

—El impresentable de Néstor, la ha acorralado en el despacho y ha intentado forzarla —se me abrieron los ojos como platos, pero ¿este tío estaba loco o qué? ¿Por qué se lo contaba a esa tipeja que yo no conocía de nada?—. Lo siento, no debí dejarte sola con él. Néstor está un poco tocado, se le va la pinza. Ya lo he pillado esnifando alguna raya de coca en horas de trabajo, pero bueno... es el marido de Alejandra, no puedo... ya sabes. No me gusta un pelo, vi cómo te miraba desde el minuto uno, por eso no me voy de aquí hasta que no sales por la puerta. Esto no es la primera vez que pasa.

Me quedé pasmada, con la boca abierta, mirándole.

—A ver, chicos, estamos sacando las cosas de quicio —fue lo que articuló Susana. Esta chica definitivamente era imbécil—. ¿No podría ser que te hubiera malinterpretado?

Agradecí que Marcos se quedara contemplando a Susana con el mismo pasmo que yo. ¿Qué me hubiera malinterpretado? ¿De qué estaba hablando la tontaina ésta?

Ya sí que no pude contener las lágrimas de rabia e impotencia. Y, sin siquiera despedirme, eché a volar a mi coche. Intenté conducir tranquila, el trayecto era largo hasta casa. A esa hora casi no había tráfico, así que llegué antes de lo que esperaba.

Cerré con sigilo tras de mí aguantando la respiración, no quería que las chicas notaran que había llegado a casa y mucho menos que me vieran con la cara hinchada de tanto llorar. Al fin respiré y apoyé la espalda en la puerta. Me dejé escurrir hasta el suelo, me quité los tacones y me abracé las rodillas hundiendo mi cara en ellas. Sollocé intentando no hacer ruido, me quemaba una horrible sensación en el pecho, me sentía sucia...

Me recorrió un escalofrío por la columna vertebral, todavía sentía las manos de aquel indeseable colarse entre mis bragas, la sensación de agobio mientras me apesaba contra la pared, su asquerosa barba raspar la piel de mi cuello mientras me dejaba besos húmedos, la evidencia de su erección entre mis piernas. No podía creer que me hubiera pasado algo así.

Me sobrevino una arcada y salí corriendo del dormitorio, me colé en el cuarto de baño y vomité. Me desnudé y me metí en la bañera con la terrible sensación de sentirme violada, insultada, denigrada. Nunca podría haber imaginado algo así de él, parecía un hombre agradable y simpático y no era más que un hijo de perra que no quería volver a

ver en la vida.

Me duché con el agua tan caliente como mi piel pudo soportar y me encerré en mi dormitorio. Las chicas parecían dormir o no estaban en casa, lo cual agradecí. No quería ver a nadie, no podía confiar en nadie.

¿Qué había pasado con mi vida? ¿Cómo había llegado a este punto? Tenía la sensación de haberlo perdido todo, el trabajo, la persona a la que quería... sólo de pensar en esa imbécil pavoneándose e intentando justificarlo se me revolvían las tripas. Toda la felicidad de meses anteriores se había difuminado de un plumazo en tan sólo unos días, todo se me había escapado de las manos, se había colado entre mis dedos y había ido a parar al desagüe más cercano. Bonita metáfora para una vida de mierda como lo era la mía. ¿Qué haría a partir de este momento? ¿Cómo lo podría solucionar? Es más... ¿todo esto tenía alguna solución?

Imposible volver a confiar en un hombre después de todo lo que me había sucedido. Mañana quizás debiera acudir a presentar una denuncia ¿Mañana? Ni siquiera estaba segura de querer vivir un mañana. ¿Cuál había sido el detonante de que toda mi vida se fuera a tomar viento? Definitivamente, había tocado fondo.

A la mañana siguiente me presenté en mi médico de cabecera con un pase de urgencias fingiendo un lumbago insoportable, que me supuso una baja de una semana y un pinchazo gratis de calmantes que agradecí tremendamente. De vuelta a casa me pasé los siguientes días en la cama, sin que nadie más que Marcos y la tontaina aquella supiera lo que había ocurrido.

Capítulo 10

DESPUÉS de esa noche me planteé mucho qué debía hacer con mi vida. ¿Dejar el trabajo? ¿Empezar de cero en otro sitio? Con la crisis azorando el país pocas oportunidades tendría de conseguir un empleo a la altura. Me daba rabia pensar en renunciar a Translogic, al fin y al cabo había trabajado duro durante más de dos años y siempre había estado muy a gusto en la oficina, con mis compañeros y con el buen rollo en general de todo el equipo. Era consciente de que siempre había sido valorada y respetada hasta el momento de entrar por la puerta de la sucursal de Ingenio.

Al final, después de unos días, decidí citarme con Darío en una cafetería cercana a la oficina con la intención de contarle todo lo que había sucedido. Una forma de quemar el último cartucho para recuperar mi antiguo puesto y olvidar las terribles semanas que acababa de pasar, las peores de mi vida laboral, sin duda.

—Hola Lucía. ¿Estás mejor de tu lumbago? —Me preguntó Darío tras dos besos.

—Sí, sí... —respondí nerviosa—. ¿Podemos sentarnos en un sitio discreto?

Darío sonrió y fuimos hasta el fondo del local, donde las mesas estaban vacías y podríamos hablar sin que nadie más nos escuchara.

—Bueno Lucía, sabía que este momento llegaría. Entiendo que estés preocupada por lo que está pasando entre Silvia y yo, pero quiero que sepas que lo que tengo con ella, pues... no es un simple rollo. Sé que puede resultar muy incómodo, sobre todo después de los pocos encuentros que hemos tenido en tu casa, pero...

—Darío —le interrumpí—. Perdona, pero no te he pedido vernos para hablar de esto. No quiero inmiscuirme en la vida de Silvia, eso es cosa de ustedes. Ya sé, mía también cuando te paseas medio en pelotas o me pillas a mí igual por casa, pero bueno, con un poco de organización esas cosas se evitan.

De pronto los dos enrojecimos avergonzados.

—Lo siento —susurró—, me dijo Silvia que te lo tomaste bastante mal, ni pensé que podría encontrarte por la casa a esas horas de la noche.

—Eeeehhh... Darío, siempre hemos tenido mucha confianza pero la verdad es que me siento un poco avergonzada hablando de esto. ¿Puedo ir al grano?

—Sí, por favor —parecía aliviado por poder evitar el tema.

—Verás, he tenido un problema muy grave en la oficina de Ingenio.

—¿Qué tipo...?

—Por favor, deja que te lo cuente—le interrumpí y Darío asintió—. Un miembro del equipo me ha acosado.

—¿Marcos? Ya me contó Silvia que te seguía como un perrito faldero.

—¡No! ¡Será posible! Ya hablaré yo después con ella para coserle la boca. No, no fue Marcos. Mira, esto es muy embarazoso para mí, ¿vale? Pero necesito encontrar una solución porque no pienso volver a pisar la oficina de Ingenio. Sé que Néstor es el marido de Alejandra, he oído acusaciones feas sobre él que yo no pienso repetir porque no las he visto, pero lo cierto es que me acorraló en mi despacho, y a pesar de que se lo pedí amablemente y a empujones, no me soltó. Me metió mano en el pecho y bajo la falda, y bueno... que no sé qué más hubiera pasado si no hubiera entrado Marcos en mi despacho cuando me oyó gritar.

La cara de Darío era un poema.

—¿Cómo dices?

—Por favor, no me hagas repetirlo —le pedí sintiéndome violenta, incómoda y avergonzada.

Darío asintió.

—No me lo puedo creer, de verdad que se le va a caer el pelo a ese tío. ¿Ya has

puesto la denuncia?

—No pienso denunciar.

—¿Qué? —Preguntó indignado levantando la voz.

—Por favor, baja la voz. No quiero denunciar a Néstor. Lo único que quiero es no tener que volver a las oficinas de Ingenio, lo he pasado fatal estas últimas semanas y ya esto ha sido la gota que colma el vaso. No quiero más problemas, quiero seguir trabajando como siempre y ya está.

—Te prometo que lo solucionaré en breve, ¿vale? Intenta que no te den el alta médica todavía y cualquier cosa me llamas.

No me extrañó cuando un par de días después me llamó el señor Gustavo Fuentes directamente a mi número personal. El Presidente de la empresa quería verme en su despacho ese mismo día, así que temblando hice el camino que tantos días había recorrido hasta las Torres.

Cuando llegué al despacho se encontraban allí además de él, Darío, Alejandra y Néstor que me esperaban hacía unos minutos. Se me contrajo el estómago temiéndome un despido inminente.

—Buenos días Lucía, pasa y siéntate —me pidió el señor Fuentes—. Es mejor no darle más rodeos al asunto, te pido por favor que cuentes tu versión de lo que ha sucedido. Espero que todo esto no sea más que un malentendido.

—Disculpe —dije mirándole directamente a él y olvidándome de quién estaba a mi alrededor—, pero no sé qué malentendido puede haber en que un compañero de trabajo me acorrale en mi propio despacho, y a pesar de que le pedí que me dejara en paz, me tocara tanto el pecho, como por debajo de la falda. Soy a la primera a la que todo esto perturba, pero Néstor me acosó deliberadamente, me asedió y me tocó en contra de mi voluntad. Únicamente quiero solucionar esto lo más rápido posible y seguir trabajando como siempre.

A mi breve discurso de apenas un minuto siguió media hora de gritos de Alejandra, tildándome de mentirosa y soberbia a lo que sólo pude contestar que tenía un testigo. Sentí que la estaba cagando en cuanto levanté la cabeza del suelo y vi una sonrisa mal disimulada en la boca de Néstor.

—Señor Fuentes, prefiero hablarlo primero con el testigo antes de decir su nombre, no me gustaría poner a nadie en un brete.

—No me jodas, Gustavo —le gritó Alejandra al Presidente—. Ahora esta niñata de tres al cuarto llamará a algún empleado de esos que están hasta las narices de hacer horas y con un poco de dinero coaccionará a cualquiera para confirmar su versión. Esto es lo que pasa por poner a una niña mimada a hacer trabajo duro. No le gusta y busca una excusa sin pensar en el daño que puede hacer. Lucía, esta acusación es muy grave y tendrá consecuencias legales.

—Señor Fuentes, si lo prefiere puede ser Darío quien llame a esa persona, ya él sabe quién es —comenté ignorando las palabras de Alejandra que estaba hecha un basilisco gritando y soltando injurias que prefería no escuchar.

El señor Gustavo Fuentes aceptó y Darío salió del despacho. Me senté frente a los otros tres asumiendo con el mayor decoro posible la situación tan violenta que estaba viviendo. Miré hacia abajo y no quise decir nada hasta que volviera a entrar Darío. Respiré con tranquilidad intentando mitigar la bola de nervios que se me había instalado en el estómago. Tras lo que me pareció una eternidad volvió y me apartó a un lado.

—Lo siento Lucía, pero Marcos prefiere mantenerse al margen. Me ha dicho que él no ha visto nada y que por favor no lo metamos en medio de esto. He intentado negociarlo con él, pero se ha cerrado en banda. Al fin y al cabo trabaja para Alejandra y no querrá tener problemas con ella.

—Maldita sea —se me cayó el alma a los pies y no supe qué decir. Podía advertir

que Darío estaba preocupado, esto no estaba saliendo nada bien.

Nos sentamos de nuevo en nuestros puestos y me decidí a agarrar al toro por los cuernos y enfrentarme a Néstor y a Alejandra.

—Tú y yo sabemos que lo que digo es cierto, Néstor. Nunca he tenido ningún problema ni en esta Empresa, ni en ninguna otra que yo haya pisado. Jamás formularía una acusación así que no fuera cierta. No me asusta el trabajo duro, Alejandra, y creo que te lo he demostrado estas dos últimas semanas. No quiero denunciar lo que ha pasado, aunque soy consciente de que estoy en todo mi derecho...

Sonó el teléfono de la mesa del presidente interrumpiéndome, lo que agradecí, necesitaba unos segundos más para pensar en algo. Su secretaria le pasó a alguien al que escuchó durante un buen rato. Cortó la llamada y me miró, parecía bastante cabreado.

—Gracias Lucía. ¿Puedes esperar en el despacho de Pepi?

Asentí y salí de la estancia. Me dirigí al despacho de su secretaria, Pepi. Un nudo se había instalado en mi garganta. Tragué fuerte con la desesperanza y la certeza de que sería mi último día en la empresa. Me senté en la pequeña zona de espera. Supuse que Pepi había oído los gritos y demás barbaridades al otro lado de la pared y procuró no levantar la cabeza del teclado. Para mí fue todo un alivio, pues no me apetecía hablar con nadie.

Me desesperé durante la siguiente hora y cuarto, hasta que Darío vino a buscarme y me pidió que volviera a pasar al despacho del señor Fuentes. Cuando entré ya no estaban allí ni Alejandra ni Néstor.

—Lucía —se dirigió a mí el señor Fuentes—. Esto ha sido muy desagradable para todos, soy consciente. Sin embargo era la mejor manera de atajar un problema de tal gravedad. Antes que nada, quiero agradecer su intención de no llevar esto más lejos y le agradecería que fuera discreta con este desafortunado suceso. Néstor se ha ido a casa con una sanción grave y suspensión de empleo y sueldo durante un mes, tiene problemas personales que debe solucionar antes de volver al trabajo —los ojos se me abrieron como platos, pero no dije nada—. Efectivamente era difícil tomar una decisión tan sólo con su palabra, pues era uno contra otro. No se ofenda, tiene usted un expediente impecable, pero Néstor tampoco ha tenido nunca ninguna denuncia de este tipo, ese es uno de los motivos por los que no ha sido despedido. Sin embargo, he tenido una conversación con Marcos que me ha aclarado todo, corroborando su versión y además, contándome alguna que otra experiencia no muy buena con Néstor de la que ha sido testigo en otras ocasiones. Me ha pedido que le transmitiera sus disculpas por no haber hablado antes —no podía más que asentir—. Tómese el resto de la semana de vacaciones y el lunes podrá usted incorporarse a su antiguo puesto en la oficina, el cual, si no me equivoco no ha sido cubierto.

—Muchas gracias —susurré mirando a ambos.

—Puede retirarse —contestó.

—Gracias de nuevo, señor Fuentes. Y gracias, Darío.

—No hay de qué —me respondió éste último antes de que me levantara de mi asiento y me dirigiera a la puerta.

Salí del despacho con la sensación de haberme quitado un peso enorme de encima, había sido un encuentro duro pero ya estaba solucionado y era lo único que me importaba.

Durante el resto de la semana no recibí noticias de Daniel, yo no quería presionarlo aunque estaba empezando a cabrearme por su actitud. Estuve pegada al móvil a todas horas día y noche, sin silenciarlo, mirándolo cada cinco o diez minutos, comprobando que el WhatsApp seguía funcionando, cuándo se había conectado por última vez, que no tenía recados en el contestador y en definitiva cada día más desesperada.

Por fin, el sábado por la mañana sonó el aparato y vi su nombre reflejado en la

pantalla.

—Hola Dani —intenté poner el tono más dulce que podía, aunque estaba nerviosa, cabreada y me temblaba la voz.

—Hola —la voz de Dani sin embargo, no se distinguía demasiado a la de la última vez que nos vimos.

—Oye, Dani... quiero pedirte disculpas por lo que pasó, sé que estás muy enfadado...

—Lucía —me interrumpió—. Sinceramente, te he llamado por otra cosa.

—Ah y qué es.

—Mira, no quiero alargar más esto, ¿vale? Quizás no te suene bien, pero es que a veces te miro y no me explico qué hago contigo.

—¿Perdona? —Atiné a susurrar la pregunta con la esperanza de que fuera una broma pesada. Notaba como si me estuviera apretando el cuello y el aire no pudiera entrar en mis pulmones.

—Que no sé qué hago contigo —dijo más alto aún, como si realmente no hubiera escuchado lo que me acaba de decir—. Perdona por decírtelo por teléfono, pero posponer esto más es una gilipollez.

—Ehh... ahh... vale.

—Bueno, pues nada. Cuídate, ¿vale?

—Vale.

—Adiós.

Corté la llamada con la boca abierta de par en par sin saber exactamente lo que había sucedido, por qué y muy mosqueada por mi reacción. ¿No se supone que nos iríamos a vivir juntos? ¿Cómo ha podido cambiar todo tanto en un par de semanas? Con el alma destrozada no me quedaba más remedio que cerrar la etapa de Daniel de mi vida, sin siquiera poder entenderlo.

Podría haber afrontado la situación de muchas formas, quizás la más normal hubiera sido encerrarme en mi habitación, pañuelo en mano y llorar durante horas, hasta que me quedara dormida o sepultada bajo mis propias lágrimas. Pensar en qué había provocado la situación y abrazarme a mi almohada recordando los momentos que había vivido los últimos tiempos con Daniel. Pero no hice eso. Sentí que alguien que me despreciaba de esa forma y a través del teléfono no se merecía ni una de mis lágrimas.

Desde ese mismo día salí de copas con mis amigos prácticamente cada noche. Los fines de semana las copas terminaban en fiesta asegurada en cualquier pub cerca de casa, donde luego un taxi o cualquier idiota con ganas de marcha me llevaba hasta mi portal tan borracha que no recordara ni el piso en el que vivía, allí les daba con la puerta en las narices.

Me acosté con varios amigos de esos que antes habían tenido ciertos privilegios y que nunca habían dejado de insinuar sus deseos, con los que tenía muy buen rollo y me encontraba por ahí de fiesta, incluso me llegué a ir con algún desconocido. A veces me los traía a casa, otras veces nos lo montábamos en algún coche, en casa de alguno de ellos o en algún sitio público poco transitado y oscuro. Después de lo cual, cada uno se iba a su piso a dormir y hacía como si no hubiera pasado nada.

Supuse que Carolina y Silvia tenían su propia opinión, pero por el momento no decían nada al respecto. Sorprendidas, tanto como yo, de mi ruptura con Daniel, no sabían cómo reaccionar. Era consciente de que lo que estaba haciendo no les gustaba, pero lo respetaron y yo lo agradecí, lo menos que me apetecía era que mis amigas me agobiaran con sus sermones.

Capítulo 11

DOS meses después, un viernes por la tarde Silvia, Carolina y yo nos fuimos de compras al *Centro Comercial el Mirador*, situado en la ciudad de Telde, uno de los más grandes de la isla. La intención era hacernos con un modelito espectacular para lucir esa misma noche, declarada oficialmente: noche de chicas. El plan era: cena, copas y contonear las caderas a ritmo de salsa.

Entre risas y parloteo, al pasar frente a la peluquería del centro comercial nos dimos cuenta de que estaba vacía, así que nos decidimos a pasar. Un planchado de pelo, una manicura y pedicura después nos fuimos derechas al restaurante italiano que se encontraba en la planta de en medio del centro comercial, donde dimos cuenta a un almuerzo a base de pizzas, calzone, focaccia y refresco, antes de seguir de tiendas probándonos ropa.

Mi tarjeta de crédito sufría inconsolable, todavía no había terminado de pagar todo lo que había comprado para mi supuesta mudanza con Daniel y después de eso le había dado un par de atracos más, hasta llevarla casi al límite. Sin embargo, el precioso vestido que me había llevado bien lo valía. Negro y blanco, provocativo, espectacular, sexy, ajustado y muy, muy corto. Ideal con unas cuñas vertiginosamente altas atadas al tobillo. Esa noche me vestí, me maquillé y perfumé dispuesta a salir y comerme el mundo.

Noche de chicas en la zona de Vegueta, barrio situado en el casco histórico plagado de pubs y discotecas de lo más variopintos y apetecibles. Sin embargo nos acoplamos donde siempre, el *Tagoror*, uno de nuestros bares favoritos. Después de cuatro combinados de ron con Coca cola y cuando ya habíamos dado cuenta a varios chupitos, el suelo se movía sin parar sin siquiera pedirnos permiso, el local giraba a nuestro alrededor. Decidimos que era el momento de ponernos en pie y pagar la cuenta.

Sentí un brazo que rodeaba mi cintura cuando me tropecé y estuve a punto de comerme a Silvia con *papas*, que caminaba a empujones por delante de mí para abrirnos paso hasta la barra. Me giré para agradecer al alma caritativa que había impedido que se me clavaran los dientes en las baldosas del suelo, al fin y al cabo, no quedaba muy estético. Me topé frente a una cara que me sonaba familiar.

Me costó varios segundos y un esfuerzo sobrehumano reaccionar y escuchar lo que me decía, estaba demasiado ocupada observando unos pantalones vaqueros muy ajustados que marcaban mucho lo que había debajo y una camiseta gris que dejaba entrever abdominales como cuadraditos de chocolate en una tableta.

—¿Estás bien, Lucía? —Se me encendió la bombilla pues esa sonrisa con hoyuelo la había visto yo antes.

—Eehh... ¿Eres tú? ¡Marcos!... Hola, Marcos —dije recomponiéndome de la sorpresa e intentando parecer lo menos borracha posible—. Sí, estoy bien, perfeta... perfeta... perfectamente.

Soltó una carcajada y me dio dos besos.

—Chicas, este es Marcos. Ellas son Silvia y Carolina —pensé que lo había dicho sin tartamudear y vocalizando de forma correcta, pero a saber. Se dieron dos besos.

—Éste es mi amigo Ulises —habló Marcos señalando al susodicho después de besuquear al séquito de borrachas que se hacían llamar mis amigas.

Madre mía con Ulises, a Silvia a mí se nos quedó la boca entreabierta mientras dábamos un repaso de arriba a abajo a aquel cuerpazo diez. Alto, morenazo, ojos verdosos, sonrisa reluciente... que por qué no decirlo claramente, derritió mis bragas en medio segundo.

Nos acercamos las tres para darle dos besos al mencionado maromo.

—¿Ya te vas? —Preguntó Marcos.

Silvia se percató de cómo miraba al morenazo (mirar por no decir devorar con la mirada) y respondió por mí, que estaba un poco lenta en reflejos (entiéndase por el alcohol y el calentamiento espontáneo que acababa de sufrir):

—No, que va. Íbamos a tomar la última aquí en la barra.

—Venga, os invito —dijo Marcos—. ¿Qué queréis?

—Creo que me paso ya a la Coca cola —fue mi respuesta más sensata, notando el estómago revuelto y que otra copa más tendría consecuencias nefastas.

—Lo mismo —respondieron Silvia y Carolina al unísono.

Marcos sonrió y nos abandonó unos segundos en compañía de Ulises. Madre mía, qué ganas tenía de secuestrarlo y guardarlo exclusivamente para mí.

Siguieron un par de horas de charla en las que lógicamente, Ulises acaparó la atención. Hasta Carolina, para mi sorpresa, le sonreía de forma desmedida. Además de guapo era simpático y tenía conversación. Marcos no intervino demasiado, no hacía más que reír y asentir. Después de un rato con él ya no me parecía tan estúpido y psicópata como en la oficina.

—¿Vamos a otro sitio? —Preguntó Silvia deseosa de mover las caderas.

—Lo siento chicas, nosotros nos vamos a casa. Mañana por la mañana se casa un buen amigo nuestro y toca madrugón —respondió Marcos al tiempo que se colocaba su abrigo.

—Oooooohhhhhh —lamentamos las tres.

—Esperad niñas, tengo que ir al lavabo —les apremié al notar la urgencia en mi vejiga.

—Te acompaño, yo también voy —Marcos se abrió paso entre mis amigas y me siguió hasta el fondo del local.

En la zona de los lavabos no había tanto escándalo. No se escuchaba la música y había sólo dos o tres personas haciendo cola para entrar. Entré al baño de las chicas y cuando salí Marcos me esperaba, apoyado en la pared de enfrente. Ahora que ya me había despejado un poco y aprovechando que estábamos a solas pensé que le debía algo.

—Oye, Marcos, antes de que se me olvide. Quería agradecerte lo que hiciste por mí en la oficina, quería llamarte, pero no me resultaba muy cómodo hablar del tema.

—No es nada, disculpa que no lo hiciera antes.

—No, no. Tranquilo. Si yo lo entiendo perfectamente. Pero gracias a ti conservé mi puesto de trabajo. ¿Qué tal se lo ha tomado Alejandra?

—Pues no muy bien —confirmó lo que ya me temía borrando la sonrisa de su cara y encogiéndose de hombros—. Me llamó a su despacho y le conté todo lo que había visto, no sólo contigo, sino todo. Lo último que se oye por los pasillos es que se han separado.

—Vaya —asentí sorprendida—. ¿En serio? Pensé que te sacarías los ojos y los usaría como cubitos de hielo.

—Yo también lo pensé —respondió mostrándome de nuevo su hoyuelo.

—En todo caso, gracias. Me salvaste el pellejo —silencio incómodo—. ¿Nos vamos?

—Sí, vamos. Una cosa más —me dijo agarrándome del brazo para que lo mirara—. Si quieres nos dejamos los teléfonos y te llamo otro día. Podemos quedar para tomarnos algo por ahí todos juntos, creo que a tus amigas les ha gustado mucho Ulises —dijo con una sonrisa—. Carolina le ponía ojitos.

Me reí a carcajadas.

—Vale, me parece bien. Pero no creo que a Carol le interese lo más mínimo tu amigo.

—Que sí, tú hazme caso a mí, que yo tengo ojo clínico para esto.

—Es lesbiana —le dije riéndome. Soltó una carcajada antes de hablar.

—Ah, perfecto, porque él es gay.

—¿Es gay? ¿En serio?—Ooooooooohhhhgrité interiormente, si es que era demasiado perfecto. La carcajada de Marcos resonó en toda la estancia.

—Quizás la que le ponía ojitos eras tú.

—¿Yo? —Me sonrojé— No, no... que va —respondí y los dos nos reímos—. Bueno, un poco sólo.

Marcos me tendió su tarjeta, pues yo no había llevado mi teléfono, no me cabía en mi mini bolso. La coloqué en mi cartera antes de agarrar su móvil para grabar mi número. Cuando levanté la cabeza me di cuenta de que Marcos tenía la vista clavada en mi exagerado escote que dejaba buena parte de mis pechos al aire. Me sonrojé azorada y le tendí su teléfono para poder salir de allí y volver con mis amigas.

Nos separamos de ellos en la puerta y fuimos en busca de fiesta. Seguía contrariada por el chasco con Ulises, ya me lo había imaginado encima de mí sudando, desnudo... y debajo, y de lado... en fin, seguiría siendo noche de chicas. Y efectivamente era noche de chicas, pero cuando ya nos retirábamos a casa me encontré con Alex, un excompañero de un Burguer donde habíamos trabajado juntos hacía más de diez años. Habíamos tenido un lío entonces y decidí que era el momento ideal para llevármelo a casita y comprobar cuánto había madurado y cambiado su cuerpo desde entonces.

Unas horas después recuperábamos el aliento en mi cama, después de una larga sesión de sexo salvaje... recobré el ritmo de la respiración y miré el reloj de mi mesa de noche. Alex se levantó y se puso la ropa interior y los vaqueros, volvió a sentarse en la cama y empezó a acariciarme el pelo.

—Oye... —carraspeé y lo aparté un poco para poder levantarme de la cama—. Perdona, pero... resulta que mañana tengo que madrugar. ¿Te importaría irte? Es que no logro dormir bien acompañada.

—Peroo... ¿Así? ¿Ahora?

Le agarré de la mano para hacer que se levantara, pues aún continuaba sentado.

—Sí, perdona. Espero que no te moleste.

—Bueno, vale... pero, ¿nos veremos, no? —Le tendí su camiseta y la cazadora que estaban tiradas por el suelo.

—Sí, sí, claro. Nos vemos cualquier otro día —le empujé un poco hasta dejarlo fuera de la habitación— Ya sabes dónde está la salida, ¿no? —Bostecé—. Me vuelvo a la cama —Cerré.

Dio un par de toques en la puerta y volvió a abrirla.

—Lucía, perdona... no tengo tu número. ¿Cómo te voy a llamar?

Ains, ¡qué pesado! Le quitó el móvil de las manos y se lo tecleó. Volví a empujarlo fuera, cerré la puerta y me metí de nuevo en la cama.

Ignoro el motivo por el cual de pronto me sentí más sola que nunca y añoré a Dani. Echaba de menos sus brazos rodeando mi cintura y hundiendo su nariz en mi pelo, sentir su calor en mi espalda, sus "te quiero, pelirroja"... fue como un volcán, de pronto salió todo fuera y ya no pude evitar las lágrimas.

Cuando me di cuenta eran las nueve de la mañana, me dolía la garganta y los ojos de tanto berrear. Habían pasado más de dos meses desde que Dani me había llamado para destrozarme el corazón y desde entonces no había tenido noticias suyas. Hasta el momento no había querido admitir que lo extrañaba, pero era evidente, sólo me estaba engañando a mí misma.

Cogí el móvil que llevaba abandonado en mi bolso del trabajo desde el medio día anterior cuando las chicas y yo volvimos del centro comercial. Escribí rápidamente un WhatsApp:

Lucía: "Hola Dani. ¿Cómo estás?"

Pocos segundos después pude ver en la parte superior de la pantalla que estaba en

línea. Me quedé mirando al aparato con un nudo en el estómago, esperando una respuesta que no llegó. Simplemente se desconectó después de medio segundo.

Busqué su número en la agenda y lo llamé, me saltó directamente el buzón de voz.

“Hola Dani, sólo quería saber cómo estás. Te echo de menos—dije, sin poder evitar que las lágrimas asomaran de nuevo a mis ojos mientras una rabia me invadía el pecho por no poder controlar mis sentimientos y porque Daniel simplemente, había optado por ignorarme—. Todavía no entiendo qué fue lo que pasó. Todo iba genial y de la noche a la mañana... bueno, ya sabes... Te quiero”.

Me quedé dormida entre lágrimas y me despertó un *bip bip* unas tres horas después.

Daniel: *“Lo siento, estoy con alguien”.*

Era la frase más corta, cruel y dolorosa que me habían dicho en los últimos tiempos.

Fui hasta el cuarto de baño y me lavé la cara. Me di un buen baño caliente y fui a la cocina donde me tomé un ibuprofeno y me hice café. Cuando me senté a tomarlo Carolina entraba despeinada y en pijama en la cocina.

—Buenos días. ¿Qué tal se dio la noche?

—Una mierda —respondí.

—¿Gatillazo? —Preguntó sonriendo.

—No, no... que va. Me lo pasé muy bien con Alex.

—¿Entonces? —Carolina se sentó en su silla habitual subiendo los pies y abrazándose las rodillas para seguir escuchándome.

—Nada, me puse un poco triste y llamé a Daniel.

—¿¡Llamaste a Dani!?! —Preguntó sorprendida.

—Sí, fue lo más estúpido que he hecho nunca. Le dije que le echaba de menos y que le quería —se me saltaron las lágrimas—. Bueno, a él no, a su contestador. Me respondió tres horas más tarde que lo sentía, pero que estaba con alguien.

—Lo siento, cariño —Carolina dio la vuelta a la mesa y me abrazó.

—Llevo toda la noche llorando como una tonta.

—Ya era hora de que estallaras. Mientras tuvieras eso guardado dentro y una mínima esperanza de que la cosa se arreglara, no lo ibas a superar. Así que no ha sido estúpido para nada.

Asentí y me sequé las lágrimas.

—Gracias, mi niña.

—¿Gracias de qué, churri? —Me estampó un beso en la mejilla—. Bueno, me voy a duchar. Creo que ayer le entendí a Silvia que Darío comería hoy en casa, estarán a punto de llegar y yo me largo por piernas que he quedado con Marta.

Asentí con desgana, no me apetecía nada salir y mucho menos encontrarme con esos dos acaramelados en mi casa. Fui en busca del móvil dispuesta a llamar a mi hermana Sole para hacerle una visita a ella y a mis sobrinos, Arminda y Erik, que seguro me alegraban la tarde.

Antes de marcar, vi el icono de WhatsApp en la parte superior de la pantalla. Era de un número que no conocía.

Número desconocido: *“Lo de ayer estuvo bien”.*

Agg, esperaba que Alex no se dedicara a enviarme mensajitos empalagosos.

Lucía: *“Sí, estuvo bien. Perdona que te echara tan precipitadamente”.*

Número desconocido: *“Pero ¿qué dices? ¿Me echaste? ¿De dónde?”.*

Lucía: *“Bueno... te eché... te fuiste... da igual, el caso es que anoche quedó claro lo que hay”.*

Número desconocido: *“No... ¿Qué hay?”*

¡Qué plasta! Se estaba haciendo el tonto y a mí no me estaba haciendo ni puñetera gracia. No tenía ganas de jueguitos y mucho menos de hablar con nadie ahora mismo, así que fui directa al grano.

Lucía: *“Bueno, ya sabes... mejor lo hablamos esta noche en la cena”.*

Número desconocido: “¿Quieres ir a cenar?”

Lucía: “Sí, mejor una cena, ¿no? Y ya luego veremos”.

Si me animaba pues lo traería a casa y sino pues cada uno a la suya y a dormir tan tranquilos, que no estaba el horno para bollos.

Número desconocido: “Vale. Me apunto. ¿Vienen las chicas?”

Lucía: “No, claro que no. Ellas quedan hoy con sus amorcitos”.

Número desconocido: “¿Y tú no quedas con tu amorcito?”

Lucía: “Mejor no te respondo a eso”. Dije poniendo un icono con un guiño. “¿Dónde nos vemos?”.

Número desconocido: “Conozco un bar donde sirven comida mexicana que está genial, en la plaza Tomas Alva Edison, justo en la trasera de Juan Manuel Durán. ¿Te apetece?”.

Lucía: “Genial, sé cuál es. ¿Me pasas a buscar por casa?”.

Número desconocido: “Perfecto”. Guiño.

Lucía: “Ok, pues hasta luego”.

Número desconocido: “¿No te olvidas de algo?”

Le puse un icono de un beso y suspiré resignada, Alex sería el pesado de turno que me costaría quitarme de encima, cada vez lo tenía más claro.

Número desconocido: “No es eso boba, ja ja ja. ¿Si no me das tu dirección cómo paso a buscarte?”.

Lucía: “Ja ja. ¿Tan borracho estabas?”. Éste estaba tonto o tenía muchas ganas de hablar, ya me estaba aburriendo.

Número desconocido: “Ji ji ji... ¿Qué quieres decir?”

Lucía: “Mejor nos vemos en la puerta del bar, ¿vale? A las diez”. Grandes males, grandes remedios que decía siempre mi madre.

Número desconocido: “Vale. Genial. Hasta luego”.

Lucía: “Hasta luego. Un beso”. Biieeen, por fin se acababa la conversación de besugos.

Número desconocido: “Ah, por cierto, saludos de parte de Ulises. Estamos juntos ahora mismo en la boda de nuestro amigo”.

¿¿¿¿Quéeeeeeeeeee???? Ay Dios mío, ¿con quién acababa de quedar yo? ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Corrí hasta mi bolsito de fiesta y recuperé la tarjeta del interior, miré el número, miré mi móvil, miré de nuevo el número y de nuevo el aparato. ¡Cojonudo! Acababa de quedar a cenar con Marcos y lo mejor es que ni sabía cómo había pasado.

Capítulo 12

—¡TÍA LUCY! —Gritó una vocecilla.

—Tía Lucy, tía Lucy, tía Lucy —gritaron los dos pequeñajos a coro mientras correteaban a mi alrededor.

Arminda y Erik eran mellizos, tenían veinticinco meses y más energía que un equipo de fútbol al completo. Poseían la capacidad de correr, gritar, saltar, jugar, cantar durante horas y nunca se cansaban. Sólo a eso de las ocho de la noche se les agotaban las pilas y caían rendidos en sus camitas idénticas.

Erik tenía el cabello lleno de bucles pelirrojos, como Sole y yo, sin embargo Arminda era muy rubia y con el pelo lacio, como su padre. Ambos tenían los ojos claros y más o menos la misma complexión, aunque la niña era un poco más alta. Se peleaban todo el tiempo, pero se querían a rabiar y no se separaban ni un instante. Se daban tortas y al minuto se abrazaban. Se tiraban de los pelos y un instante después se besaban y mi pobre hermana únicamente respiraba las seis horas que ellos estaban en la escuela infantil.

Erik era cabezota como su madre y muy avisado, todo lo aprendía rápidamente, la mayoría de las veces se hacía el tonto para no hacer las cosas. Arminda era más tranquila, como su padre, pero muy lista, seguía a su madre por toda la casa imitando todo lo que hacía. Era más callada y tranquila que Erik, pero si se juntaban, podían llegar a ser dos terremotos.

Sole era guapa a rabiar. El mismo tono pelirrojo de cabello que yo, los ojos verdes también pero más claros y grandes, unos labios más anchos que los míos y tenía un cuerpazo curvilíneo que siempre me había encantado. Las dos éramos delgadas pero ella tenía más curvas y más pecho. Después de dar a luz a los dos pequeñajos recuperó la forma física en un plis. Sin embargo, la talla de más de sujetador que aumentó durante el embarazo ya nunca la abandonó. Siempre se cuidaba mucho, era la madre de mellizos más guapa que había conocido en la vida, no la había visto ni una sola vez sin la manicura hecha o el cabello despeinado. Si yo tuviera que soportar todo el día a esos dos bichos parecería una zombi, que yo los quería a rabiar, pero como se suele decir *pa' un ratito sólo*.

Sole trabajaba de cajera a media jornada desde hacía más de quince años en un Supermercado de Melenara, el barrio de Telde donde nos criamos. Allí conoció a Manu, mi cuñado, que trabajaba en la frutería por entonces mientras estudiaba la licenciatura de Administración y Dirección de Empresas. Unos años más tarde lo ascendieron a jefe de tienda, trasladándolo a una franquicia en la Vega de San Mateo. Su intención era llevarse a Sole con él y subirle la categoría a encargada muy pronto, pero ella no quiso. Le pidió que la dejara trabajar tranquila como cajera en su tienda de toda la vida y ahí ha seguido a lo largo de los años. Cuando solicitó la reducción de jornada al nacer los pequeños no tuvo ningún problema en que le respetaran el horario de mañana, lo que le permitía compaginar bien su vida de madre con su vida laboral.

Abracé a mis sobrinos y a mi hermana llenándolos a los tres de besos.

—¡Qué sorpresa! Hacía meses que no se te veía el pelo. Ya te vale —me regañó mi hermana.

—Tienes razón. Soy una arpía —contesté con un mohín y la abracé de nuevo—. No he pasado muy buenos momentos últimamente.

—Anda, ayúdame a darle la merienda a estos dos y me cuentas.

Con Sole siempre me pasaba una cosa y es que destilaba alegría, me contagiaba de buen rollo. Cuando le contaba mis problemas instantáneamente me sentía mejor, como si me hubiera quitado un peso de encima.

Así que después de dar la merienda a los dos bichos saltarines nos sentamos en su jardín viendo como ellos jugaban al tiempo que removíamos una taza de chocolate caliente. Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina y el frío se dignaba a hacer aparición por la isla, así que se agradecía el calor que emanaba el mejunje calentando nuestras manos y el humillo que iba a parar a nuestras narices frías. Planeamos la Nochebuena y el día de Reyes, la Nochevieja nunca la pasábamos juntas, ella se iba con sus suegros, mis padres casi siempre estaban de viaje y yo salía de fiesta con las chicas o con quien me cuadrara.

Por fin me decidí a soltar todo lo que tenía guardado. El resentimiento hacia Daniel. Lo que me había pasado en Translogic que no se lo había contado nadie más que a Darío, el cual prometió no abrir la boca. Lo loca que me había vuelto últimamente en cuanto al sexo e incluso le conté mi aventura *WhatsApp* de esa tarde con Marcos. Me escuchó, me abrazó, secó las lágrimas que se me escapaban. Se indignó, se alegró, se preocupó y me sonrió y por último se rio a carcajadas por la estupidez de los mensajitos con Marcos.

—Si es que te lo tienes merecido mi niña, que no se puede vivir así. Hay que sentar cabeza, *jodía*.

—¿Para qué, Sole? Yo no quiero que me rompan más el corazón, así que me niego a estar con nadie en serio. Lo de Dani ha sido horrible, fíjate la ilusión que le puse a la idea de irnos a vivir juntos, de compartir una vida con él. Jolín que incluso por un segundo, un nanosegundo, mejor dicho, pensé incluso en la idea de ser madre... en fin, que ha sido una marranada. Prefiero salir, divertirme y vivir con las chicas.

—Lucía, no vas a poder vivir con las chicas para toda la vida, ellas harán sus vidas, como es lógico y querrán tener algún día su intimidad, o vivir con sus parejas, incluso formar una familia.

—Ya, si lo sé, pero ¿qué quieres que haga? Si es que esto del amor no se hizo para mí. Terminaré viviendo sola y me compraré veinte gatos... bueno, gatos no, que les tengo alergia. Me compraré un perrito que me haga compañía y me saque a pasear tres veces al día —exageraré con un puchero deseosa de mimos de mi hermana.

—Bueno, tampoco te vuelvas loca —me respondió con una sonrisa, estampándome un beso en la mejilla—. Acabas de romper con Dani y ahora lo ves todo negro, ya lo superarás. Diviértete, claro que sí y ya pasará lo que tenga que pasar.

—Gracias hermanita.

Me abracé a ella y me odié por haberla abandonado durante tantos meses, los niños habían crecido un montón desde la última vez que los había visto. Tampoco había visitado mucho a mis padres, que por otro lado no paraban *la patay* desde hacía un tiempo organizaban muchas escapadas los fines de semana con los padres de Carolina. Se iban de viaje, de camping, de cena y baile... vamos, que tenían más vida que yo.

Nos tiramos en el césped del jardín a jugar con los dos mocos con patas. Corrimos con ellos, saltamos, cantamos hasta que casi me quedé sin voz. Jugamos con coches, con muñecas, con puzzles... y eran cerca de las nueve cuando salí pitando destino a mi casa, para darme una ducha rápida y cambiarme para mi cita con Marcos. No me apetecía nada quedar con él, pero me daba más vergüenza explicarle que pensé que era otra persona que simplemente acudir, pasar un rato y luego cada uno a su casa. Al fin y al cabo parecía que era yo la que le había pedido una cita.

Iba un poco justa de tiempo, pero ello no me impidió probarme tres conjuntos de ropa. No quería parecer provocativa, pero tampoco descuidada. Que no se fijara en mi cuerpo, pero tampoco que dijera *qué horror* cuando me viera. Así que finalmente me decidí por un pantalón negro, un top en palabra de honor rojo, una chaqueta de piel negra a juego con unas botas del mismo material y color. Me maquillé un poco, me puse unos pendientes y unas pulseras del color del top y me solté el cabello. Salí de

casa con la certeza de que sería una noche penosa.

Llegué al bar diez minutos más tarde y ahí me esperaba Marcos, en la puerta. Tenía la ilusión que no fuera él el de los mensajitos, aunque era absurdo. No tenía su móvil grabado en mi aparato, pero tenía su tarjeta y había comprobado los dígitos al menos diez veces. Le di dos besos y me sentí más tímida que nunca, mientras la camarera nos dirigía a un reservado apartado y tranquilo lejos del bullicio de los demás comensales. No sabía qué decir. Me senté frente a Marcos y esperé a que él sacara algún tema de conversación. Me preguntó si me apetecía tomar un margarita y cuando asentí pidió una jarra para los dos. Miré mis uñas con detenimiento.

—¿Te gusta el bar? ¿Habías estado aquí antes? —Me preguntó intentando romper el hielo.

—Sí, he venido alguna vez con las chicas. Se come bien, los margaritas se hacen con frutas naturales y están deliciosos y el ambiente es estupendo.

—Cierto —asintió—. Espero que no te importe que haya pedido el reservado. Aquí podemos charlar más tranquilos, no me gusta mucho chillar mientras cómo.

—Perfecto —sonreí.

—Cuéntame qué tal en la oficina — hice una mueca de asco. Me gustaba mi trabajo, pero tenía por norma no hablar de él durante el fin de semana y ya bastantes vueltas le había dado al tema con Sole esa misma tarde, además quería evitar hablar de Néstor por todos los medios—. Entendido —dijo riendo.

—Perdona, lo de disimular no es lo mío. No me apetece mucho hablar de trabajo.

—Lo he notado. Indiscutible, no se te da bien disimular. Tampoco sabes ocultar que estás incómoda y ahora mismo no sé cómo solucionarlo—*Hala, pensé, directo a la yugular.*

—Pues ahora que lo dices... vaya, qué sincero eres, ¿no? —Me reí—. No es que no me apeteciera cenar contigo, digamos que fue un accidente.

—¿Un accidente? Pero si me lo propusiste tú.

—Lo sé, lo sé... Ay perdona. Mejor ser sincera, ¿no? Pues, al principio pensé que eras otra persona, la verdad. No tenía tu número grabado en el móvil, ¿recuerdas? —A Marcos se le abrieron mucho los ojos—. Ay Dios —pegué un buen trago del margarita que tenía frente a mí—. Anoche estuve con alguien y pensé que eras él.

—Anda —dijo, parecía un poco decepcionado.

—Perdona, perdona... te lo tenía que haber dicho, pero no me di cuenta de quién eras hasta que me mandaste el último mensaje y ya me parecía un poco tarde para echarme atrás.

—Pues... no sé Lucía, si no te apetece, nos tomamos la copa y nos vamos —comentó un poco serio.

—¡No! No, por favor. Claro que me apetece, pero en fin... que como no tenemos mucha confianza, pues no estoy muy cómoda. Que lo de anoche no era nada ¿eh? Es más, quería quitármelo de encima, un plasta, vamos —Marcos sonrió.

—¿Seguro?

—Seguro, seguro... y por favor, vamos a cambiar de tema que esto es más incómodo que no hablar de nada —le pedí riendo y terminándome de una vez lo que quedaba en mi copa.

Marcos me sirvió otra.

—No te emborraches mujer, no hace falta. Seguro que pasamos un rato divertido. No sé, cuéntame algo de ti. ¿Cuál es el último cedé de música que has escuchado?

Pensé un rato, no me había puesto música por el simple placer de escucharla desde que había trabajado en la sucursal de Ingenio. Últimamente dejaba la radio de fondo para todo y no prestaba la más mínima atención a las letras que sonaban. La música me instaba a pensar y pensar no era bueno para mí en esta época de mi vida.

—Pues para ser sincera el último grupo que he escuchado no creo que lo

conozcas. *Sonata Arctica*.

—¿*Sonata Arctica*? ¿De verdad? —Me miró de arriba a abajo. Pues parecía que sí, que lo conocía. Ya estábamos con los prejuicios. Tenía pinta de niña fina y mi vestimenta distaba de la típica gótica o heavy que rondaban el *Turbo Pub*, pero eso no quería decir que no pudiera disfrutar con esa música. También me gustaba el pop y la salsa. ¿Por qué no podía simplemente ser versátil?

—De verdad.

—No me lo creo, te estás quedando conmigo. Seguro que se lo has visto no sé, a tu hermano en la estantería y te has aprendido el nombre para tomarle el pelo a los chicos que hacemos preguntas tontas, como yo —seguía mirándome incrédulo, pero no dije nada—. Dime tu álbum favorito de este grupo.

—*Silence*. Año 2001. Es un grupo finlandés de *Power metal* creo que se llama exactamente el género. Fue su segundo álbum y mi favorito sin duda. No recuerdo cómo se llamaba, pero después de este disco cambiaron al teclista. *Ecliptica y Silence* son dos cedés que suelo escuchar frecuentemente, los demás no me gustan tanto. Ah, y no tengo hermanos, sólo una hermana, Sole y dudo mucho que en su vida haya tenido nada parecido en su estantería.

—Vaya. ¿Te casas conmigo? —Marcos parecía sorprendido.

—Ni de coña —respondí entre risas—. Bueno, bueno... tampoco es para tanto, eh. También me gusta Alejandro Sanz, Marc Anthony, Alejandro Fernández, Juanes, Estopa, Nena Daconte, Georgina... ¿sigo?

—No, no... entendido —dijo riendo—. Nadie es perfecto —bromeó.

La camarera nos trajo los entrantes y comimos, disfrutando los sabores y el contraste de picantes en la lengua con el margarita fresquito y dulce que bajaba fácilmente.

—No soy un cotilla, pero cuando trabajabas en Ingenio te vi comer un día con un chico. Estabais muy acaramelados y sonrientes.

Patada virtual en mi estómago. Silencio. Un segundo, dos segundos, tres segundos... silencio incómodo.

—¿Y? —Pregunté finalmente.

—Que si me cuentas qué pasó.

—Que resultó ser un gilipollas —expresé secamente. La pregunta me había cabreado, no con Marcos, sino en general por acordarme de Daniel.

—Vale, tema zanjado. Siguienteee —sonreí, por lo menos se estaba esforzando en que pasáramos un rato agradable.

—No, tranquilo. Es que todavía me duele un poco hablar del tema. Ya sabes, lo típico: chica conoce a chico, se hacen amigos, noviazgo más o menos largo y cómo no, ruptura dolorosa.

—Ya.

—Bueno, y tú, ¿me cuentas algo de ti?

—Estoy divorciado. Mi mujer, Sheila, tenía una niña de otra relación que crié de los uno a los siete años. Ruptura muy dolorosa, más que nada por la pequeña. Yo la siento como mi hija, pero legalmente no es mía y no tengo derecho a visitas, así que su madre me tiene agarrado por los testículos, por decirlo de forma elegante. Procuro tenerla contenta para que me deje verla y llevármela de vez en cuando.

—Vaya, eso sí que es una ruptura dolorosa. Lo siento. ¿Cómo se llama la niña?

—Paula. Acaba de cumplir nueve años, se está haciendo mayor —sacó el móvil y trasteó un instante hasta que dio con una foto de la pequeña que me enseñó.

—Muy linda —Marcos asintió y se guardó el móvil, de pronto parecía un poco más triste—. No ha sido un buen tema, ¿verdad? Parece que esta noche no acertamos.

—No, no... tranquila.

—¿Y qué haces tú para recuperarte de la ruptura? —Pregunté interesada, a lo mejor encontraba un método nuevo y eficaz.

—Ya la tengo bastante asumida. Hace dos años que nos separamos y a finales del año pasado ya teníamos el divorcio. Trabajo con pasión, adoro todo lo que tiene que ver con la informática lo que permite dedicarme a ello con devoción. Intento conocer gente nueva, hacer amigos. Viajo. Salgo de fiesta por ahí con Ulises, que es como un hermano para mí... no sé, lo típico. ¿Y tú?

—Pues ya que estamos siendo sinceros... me tiro a todo bicho viviente que pasa por delante —Marcos rio escupiendo el margarita que acababa de meterse en la boca, tosiendo porque le había salido por la nariz. Reí a carcajadas mientras él intentaba limpiar el desaguisado—. ¿Demasiado sincera? Lo siento —Clamé sin parar de reír.

—Qué bruta eres —comentó riendo él también—. No, no... está bien, pero no esperaba esa respuesta... Si lo sé me hubiera puesto ropa interior sexy —dijo guiñándome un ojo y sin dejar de reír.

—Oye tú —le tiré mi servilleta a la cara—. Que no pienso pasar por tu cama, te recuerdo que quedé contigo sin siquiera saber que eras tú.

—Qué triste. Ni siquiera ligaré con la que se tira a todo bicho viviente. Vaya, qué mal ha sonado eso, perdona, perdona... —lamentó poniéndose serio de pronto y yo seguí riendo. Marcos se había cortado mucho, pero lo único que había hecho era repetir mi propia frase. Tampoco me importaba lo que pensara el resto del mundo de mi vida, bastante tenía con vivirla y tratar de ser feliz en el intento.

Tomé otro trago de mi copa que quedó vacía. Marcos me volvió a servir y le pidió al camarero que en ese momento nos traía el segundo plato que nos repusiera la jarra. Ya empezaba a apreciar un ligero mareo, pero lo mejor es que ya no me resultaba embarazoso estar allí con él. Lo estaba pasando bien.

—No te preocupes, tonto. Si te lo he dicho yo. Si te sirve de explicación te diré que nunca me acuesto con compañeros de trabajo, no desde hace unos siete años que tuve una experiencia nefasta con alguien.

—¿Qué alguien?—*Para no ser un cotilla lo disimula muy bien*, pensé sonriendo.

—Mi jefe de entonces. Me volví loca por Javi desde que lo conocí y coqueteé con él durante meses. Solía seguirme el juego aunque nunca llegamos a nada, hasta que un día nos fuimos a beber una cerveza y terminamos de madrugada colándonos a hurtadillas en la oficina y en su despacho, donde nos dimos un auténtico festín encima de su amplia mesa. Al día siguiente cuando insinué un gesto cariñoso me dijo que había estado bien pero que él tenía novia, no sólo eso, sino que además estaba comprometido y pensaban casarse en unos meses. Te puedes imaginar que siguieron tres meses de tortura, hasta que dejé el trabajo. Sobre todo porque estaba colada por él, me había encariñado y él me usaba cuando le apetecía. No fue un buen paso el liarnos. No fui capaz de parar todo lo que vino después y de hacer como si nada hubiera pasado. Fue inevitable que me afectara laboralmente.

—Desde luego, qué cosas te pasan.

—Pues sí.

—¿Y el de anoche fue?

—Alex. Un chico que me encontré de fiesta por ahí. Lo conocí hace como diez años antes de mi norma anti-compañeros en un Burguer donde trabajamos juntos. Tuvimos un pequeño lío de faldas entonces y como no me apetecía mucho volver a casa sola, me lo traje conmigo, con la intención de que se fuera pronto y sin hacer mucho ruido a ser posible. Parece que lo conseguí.

—¿En serio?

—Sí, lo eché de casa y esperaba que no me diera mucho el coñazo. Por el momento parece que pilló las indirectas.

El resto de la velada transcurrió tranquila. Después de la cena fuimos a un bar de copas que estaba cerca, donde hacían unos combinados con una pinta muy apetecible y divertida y que estaban deliciosos. Me pedí un coctel del menú y Marcos se pasó a la

cerveza.

—¿Dónde vives? —Me preguntó.

—A dos manzanas. Unos diez minutos caminando.

—Ah, genial. Ya decía yo que bebías mucho.

—Nunca conduzco cuando bebo, si salgo y me desplazo de la zona, siempre me muevo en taxi. ¿Y tú dónde vives?

—En el barrio de Tamaraceite, yo he traído la moto. Acabo de comprarme una Suzuki Hayabusa 1300, de 195 caballos...

—Para, para, para... —le detuve riendo—. No te aceleres que yo no me entero, no sé la diferencia entre una Vespa y otra moto cualquiera.

—Vaya. Vale, vale... acabas de herir mi sensibilidad, yo que me la he comprado para ligar.

—Conmigo no funciona, no me gustan las motos y no me entero de nada.

—Qué pena. ¿No vendrías conmigo a dar una vuelta?

—Ni de coña. Hoy por lo menos no. Primero porque estoy borracha como una cuba y segundo porque tú has bebido también.

—Ya mujer, hoy no pienso cogerla. Llamaré a Ulises que vive no muy lejos de aquí a ver si puede venir a rescatarla y guardarla en su garaje.

—¿Dónde la tienes? Si quieres puedes dejarla en el mío.

—Frente al restaurante. Pero no, tranquila. Ulises viene sin problema, seguro y yo pillo un taxi hasta casa.

Caminamos un rato, lo que me ayudó a despejarme y que poco a poco fuera bajando todo el alcohol que había ingerido. Seguimos charlando de todo un poco, cuando me di cuenta estábamos en mi portal. Marcos había llamado hacía un rato a Ulises que tardaría aproximadamente una hora en llegar al restaurante porque no estaba en su casa, así que hicimos tiempo hablando frente a mi portal mientras el frío de la noche me calaba los huesos haciéndome dar saltitos. Miró la hora antes de despedirse.

—Lo he pasado bien —apuntó.

—Yo también, me alegro que fueras tú y no Alex. Me he divertido mucho.

—¿Nos vemos otro día?

—Claro.

Dos besos después subía hasta mi piso.

Capítulo 13

EMPEZABA la semana y el ajetreo del trabajo me mantenía con la cabeza fría y ocupada. Mi choque con la realidad el fin de semana me había hecho espabilar. Después de mi conversación con Sole me sentía mejor, ya no tenía la sensación de haber perdido el norte.

A finales de semana cogía vacaciones unos días que pasaría con mi familia. Las fiestas navideñas no es que fuera mi época favorita del año, pero desde que habían venido a la familia Arminda y Erik las vivía de otra forma. Comer en familia, cantar todo el tiempo, ver las caritas de los dos angelitos al abrir sus regalos de Navidad y disfrutar de mis padres, sobre todo de mi madre que hacía tiempo que no teníamos una conversación de chicas. Pasadas las doce de la noche los niños dormían en la cuna-parque que mi hermana había instalado en su antigua habitación. Primos, tíos y amigos se habían retirado a sus casas y nosotras nos pusimos el pijama. No pensaba moverme de allí esa noche, era el momento que más disfrutaba. Los hombres se habían trasladado hasta el sofá donde echaban una partida de cartas mientras seguían tomando cubatas y mi madre, Sole y yo, enrolladas en una manta cada una y lambrusco en mano, nos apostamos en el jardín a hablar, hablar y hablar, mientras las horas pasaban y las estrellas brillaban en un cielo despejado.

El día de Navidad Manu y mi padre dormían a pierna suelta la resaca y Sole y mi madre parecían no querer levantarse de la cama. Yo no podía pegar ojo, sobre todo desde que habían dado las siete de la mañana y mis sobrinos se habían levantado y se habían afincado frente al televisor viendo la nueva versión de la Abeja Maya, repitiendo a gritos todos los diálogos y cantando sin parar la nueva sintonía de la serie.

Tras más de una hora en la que me quedé atontada mirando el televisor, fui hasta mi hermana, le rogué y le supliqué hasta que logré arrastrarla fuera de la cama. La obligué a vestirse y cogimos a los pequeños para irnos a dar un paseo. Cerca de casa de mis padres paramos a tomarnos un chocolate con churros que nos supo a gloria bendita. Hicimos un recorrido en coche hasta el barrio de Siete Palmas, que quedaba bastante cerca, donde podríamos disfrutar de un agradable paseo por el parque Juan Pablo II. Ya había algunos niños jugando en los columpios, y en la cafetería, algunos padres rezagados tomaban un café intentando entrar en calor.

Nos acomodamos en un banco frente a los columpios observando cómo mis sobrinos pronto hacían amistad con los dos o tres pequeños monstruos que andaban por ahí ya dando brincos. Le conté a mi hermana las novedades de mis últimas semanas, no había coincidido ni una sola vez con Darío por casa, cosa que celebrara, puesto que los últimos encuentros en un entorno familiar no es que fueran realmente placenteros. Me sorprendía ver a Silvia tan enamorada, nunca se había enganchado tanto con alguien y al menos yo, había dejado de repetirle que esa especie de relación que había entre ambos no le traería nada bueno, pues notaba que le dolía que insistiera. Por el momento ella era feliz y eso era lo importante. Le conté qué tal mi incorporación de nuevo a la sucursal de las Torres, de donde nunca debí marcharme y le hablé de Marcos y cómo había ido nuestra cita inesperada.

Sonreí al ver a una niña mucho mayor que mis sobrinos acercarse a ellos y darles la mano para jugar, evitando que dos niños de unos ocho años corrieran o saltaran a su alrededor para que no chocaran o los pisaran. La pequeña les repetía a los mayores que debían tener cuidado con los niños más pequeñitos, que podían hacerles daño. Mi hermana y yo reímos agradas por la actitud de la chiquilla, que se sentaba ahora con ellos en medio del césped a contarles un cuento que se estaba inventando.

Sole y yo nos quedamos en silencio escuchando el cuento y sonriendo sin parar. No

vimos cómo se acercaba alguien que se sentaba al lado de Sole en el banco.

—Hace frío hoy, ¿verdad? —Preguntó.

—En este parque siempre hace un frío horrible —respondió mi hermana.

No presté atención al intruso. Estaba alucinada y encantada escuchando el cuento que la niña contaba a mis sobrinos, sorprendida de que aún quedara imaginación en la infancia de algún chiquillo. Me percaté de que la voz que escuchaba me sonaba familiar y miré hacia el hombre que estaba a nuestro lado.

Marcos hablaba tranquilamente con mi hermana y me miraba de soslayo, de pronto me ruboricé.

—¡Hola!

—Hola, Lucía. Feliz Navidad.

—Igualmente —sonreí. Me levanté y me acerqué para darle dos besos.

—¿Os conocéis? —Preguntó Sole sorprendida.

—Sole, éste es Marcos —volví a sentarme al lado de mi hermana, ajustándome el abrigo intentando alejar un poco el frío de la mañana—. Es un compañero de Translogic y ella es mi hermana.

—Aaahhh. ¿Tú eres Marcos? Mi hermana me ha hablado mucho de ti —exclamó Sole sin cortarse un pelo.

¿*Pero qué diceeeee?*, pensé. Le di un pellizco a mi hermana disimuladamente, que dio tal respingo que fue más que evidente lo que había pasado. Enrojecí aún más y decidí no decir nada, Marcos nos miró divertido y prefirió no hacer ningún comentario tampoco.

Nos quedamos los tres mirando a los pequeños que ahora jugaban al *Corito de San Miguel*, tirándose al suelo muertos de risa al final de la canción y repitiéndolo una y otra vez sin cansarse. La niña mayor parecía divertirse jugando con los pequeños.

—Paula es muy protectora y le encantan los niños pequeños —dijo Marcos al fin, rompiendo el silencio que se había formado.

—¿Es tu hija? —Preguntó Sole. Marcos asintió.

—Esos dos trastos son mis sobrinos. Arminda y Erik —dije.

—Son muy guapos. Tienen buenos genes —dijo él y sonrió.

—Igualmente —respondió mi hermana. Marcos y yo nos echamos una mirada cómplice, sin aclararle que realmente Paula era su hija adoptiva.

Marcos se ausentó un momento, se acercó a la niña y le dijo algo. Bajó unos metros hasta llegar a la cafetería. Mi hermana me daba codazos.

—¡Es guapísimo! —Susurró para que la niña no la oyera.

—Calla, tonta.

—Está de toma, pan y moja —dijo entre carcajadas—. Pero ¿tú lo has visto bien?

Gracias al cielo se dio cuenta de que volvía y guardó silencio. Marcos nos tendió un café a cada una, que agradecemos considerablemente, pues el frío parecía no querer abandonar nuestros cuerpos esa mañana.

Marcos se sentó ésta vez a mi lado, y nos juntamos muy pegados los tres en el banco para protegernos de la ráfaga de aire helado que acababa de pasar. Paula corrió hacia nosotros con Arminda de la mano. Erik se quedó sentado expectante, mirando con los ojos muy abiertos.

—La niña quiere hacer pipí —dijo por fin.

—Gracias, guapa —Se levantó Sole, que le dio la mano a la pequeña—. Échale un vistazo a Erik, ahora vuelvo —me pidió.

—Tranquila, yo lo cuido —dijo Paula, que ya corría al lado del pequeñajo. Se puso a dar palmas y a cantar una canción y Erik parecía contento y le seguía el ritmo.

Nos quedamos solos, en silencio, mirando hacia los niños. Por primera vez no me sentí fuera de lugar en su compañía. Me agradaba verle allí con su pequeña, en un ambiente tan diferente al que nos habíamos encontrado otras veces. Charlamos un rato

y pronto emprendimos el camino de vuelta a casa, ya tocaba empezar a preparar el almuerzo de Navidad. Nos despedimos de Marcos y Paula, que también se marchaban. La pequeña tenía que volver con su madre.

No regresé a mi piso hasta el día veintiséis donde Carolina me esperaba tumbada en el sofá, viendo películas y comiendo una tarrina inmensa de helado de chocolate a cucharadas.

—Ya era hora de que llegara alguien, me aburría como una ostra —me reprendió lanzándose a mis brazos y dándome un montón de besos.

—Hola cariño. ¿Y Marta?

—¿Marta? ¿Quién es Marta?

—Vaya, ya estamos.

—No, que va, tonta. Si estamos bien, lo que pasa es que no la he visto en toda la semana porque ha viajado a Valencia para pasar las Navidades con su familia.

—Oh, vaya.

Me tiré a su lado en el sofá, Silvia apareció a las pocas horas. Las tres estábamos de vacaciones así que los días siguientes los pasamos del sofá a la cama, y de la cama al sofá. Hablando, riéndonos, hablando, comiendo, hablando, durmiendo... ya se entiende, ¿no?

Y así pasaron las Navidades, de puntillas, sin hacer mucho ruido pero dejando un buen sabor de boca del que costaba desprenderse cuando el último día de vacaciones llegaba a su fin.

Capítulo 14

EL primer día de trabajo, cuando salí a comer con Silvia comprobé mi teléfono móvil y vi que tenía un WhatsApp sin leer.

Marcos: *“Feliz año nuevo. ¿Qué tal las Navidades?”*.

Le contesté rápidamente.

Lucía: *“Gracias, igualmente. Todo bien. Tranquilas, ¿y tú?”*

Marcos: *“Han pasado los Reyes Magos por casa y no sé por qué te han dejado un regalito bajo mi árbol de Navidad”*.

Se me abrió la boca hasta el suelo.

Lucía: *“¿Pero qué dices? ¿Estás loco?”*.

Marcos: *“Pensé devolverlo a Oriente para que te lo pudieran enviar a tu casa, pero luego llegué a la conclusión de que los gastos de envío y aduanas serían desorbitados y total, te lo puedo llevar yo”*. Guiño.

—¿De qué te ríes tanto? —Me preguntó Silvia mosqueada al verme tan pendiente al móvil y sin parar de teclear.

—Nada, nada... que hay cada loco suelto por ahí.

—Tú a mí no me engañas —recriminó mi amiga poniendo los brazos en jarras—. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? Y ¿Dónde?

—Que noooo, que no, por Dios, que no. Que es el psicópata ese de las oficinas de Ingenio, que se le va la pinza y dice que los Reyes Magos me han dejado un regalo en su casa.

—¿Marcos? Ups.

—Sí. Ups digo yo.

Otrobip, bipsónó.

Marcos: *“¿No me piensas contestar?”*

Lucía: *“Perdona estoy almorzando. Pues no sé qué decirte”*.

Marcos: *“Dime a qué hora te lo llevo. Mejor el fin de semana si puede ser, entre semana me quedo en casa de mis padres en el Carrizal para ahorrar un poco en gasolina.”*

Lucía: *“No tengo planes, vente por casa el viernes por la tarde”*.

Marcos: *“Genial”*.

Lucía: Guiño.

—Menuda faena —dije disgustada mirando la pantalla de mi móvil— Y ahora qué le compro yo a este hombre, si no lo conozco de nada.

Levanté la cabeza y vi que mi amiga me ignoraba, sumida en su propio aparatito, moviendo los dedos a cien kilómetros hora y con una sonrisa tonta en la boca.

—Silvia, por Dios, podrías dejar de hablar con Darío mientras comemos.

—Ji ji ji, vale, vale... perdona. ¿Qué decías?

—Que este hombre me ha comprado un regalo y va a venir a dármelo el viernes por la tarde a casa. No voy a tener yo las manos vacías, ¿no? Digo que algo tendré que comprarle.

—¿A casa? —Silvia se encogió de hombros—. Pues seguramente estarás a solas con él, así que a mí se me ocurren varias cosas que sirven como regalo.

—¿Qué dices, niña? ¡No! Si a mí este hombre me cae fatal.

—¿En serio? —Preguntó sorprendida—. Pensé que lo habías pasado bien cuando tuviste aquella confusión con el rubito ese que te llevaste a casa la noche de chicas.

—Pues sí, lo pasé bien. Supongo que fue todo el alcohol que bebí, que no Silvia, que no. Que no veas lo pesado que era en Ingenio —preferí ocultarle que me lo había encontrado en el parque con su hija en Navidad y que habíamos pasado un buen rato

juntos.

—Pero mujer, qué dices, si el pobre lo único que hacía era horas extras como un loco, al igual que tú.

—Ya, ya... pero no sé, para todo hay un límite, ¿no? Además, le cae bien Alejandra y eso no se lo perdono, que los miércoles se va con ella y sus amiguitas de cañas.

—Pues tú sabrás —Silvia se encogió de hombros y empezó a devorar el plato que acababan de ponernos delante. Agarré la servilleta, la arrugué y se la tiré a la cabeza—. Jolín, ¿Y ahora qué?

—¡Ayuda, arpía, necesito ayuda! ¿¡Que qué le compro!?

—Y yo qué sé. ¿Qué culpa tendré yo que los chicos con los que te acuestes luego te quieran hacer regalos de Navidad?

Me puse colorada. Cogí otra servilleta de papel, la arrugué y se la tiré a la cabeza.

—Serás arpía. ¡Que yo no me he acostado con Marcos! —Grité, y me di cuenta de que todo el Departamento de Marketing que comía en la mesa de al lado se habían quedado mirándome con los ojos abiertos como platos.

Decidí que era mejor callarme, Silvia no iba a resultar de ninguna ayuda. No me prestaba la más mínima atención, estaba allí entre sus croquetas y su móvil, abstraída del mundo. Genial, y qué hacía yo ahora.

Me acerqué hasta el local de un amigo del colegio que era un poco *frik*, por no decir, del todo, en donde se vendían fundamentalmente *frikadas*: cómics, videojuegos, *gadgets* para el ordenador... cosas así. Al fin y al cabo todos los informáticos son un poco raros, ¿no? Seguro que allí encontraba algo. Al final me decanté por unos guantes muy curiosos que nunca había visto, capacitivos para pantalla táctil, me había dicho mi amigo, tenían en la punta de los dedos no sé qué táctil para poder manejar el móvil o la Tablet con ellos puestos. No sabía si tenía, pero Rubén me aseguró que no tendría ningún problema para hacer un cambio.

El viernes a medio día no aparecieron por casa a comer ninguna de mis dos compañeras de piso. Fastidiada porque no me apetecía nada estar sola llamé al Telepizza, me pedí una carbonara y dos latas de Coca cola que devoré en mi sofá mientras hacía zapping.

Sonó el timbre de mi puerta y me di cuenta de que me había quedado traspuesta. Mi salón apestaba a pizza, ya que la caja aún estaba con los restos que habían sobrado encima de la mesa, todo el suelo lleno de migas, la lata de Coca cola por ahí tirada, servilletas y el vaso sucio. Ya no podía hacer nada para remediarlo y fui a abrir la puerta.

—Hola. ¿Estabas dormida?

—¿Eh? ¿Quién? ¿Yo? No, no. Que va —dije pasándome el dorso de la mano por la comisura de mis labios por si había algún resto de babas por ahí. Marcos reía —¿De qué te ríes? —Pregunté fastidiada. No sé por qué pero me había despertado de mal humor—. Pasa, pasa. No te quedes ahí. Disculpa el desorden, no he tenido tiempo de recoger.

Marcos pasó por delante de mí dándome un par de besos y fue directo al salón. Miré de reojo el espejo que estaba en la entrada, pensado para dar los retoques de última hora antes de salir cualquiera de las tres a comernos el mundo y di un buen respingo. Tenía la marca de mis dedos en el cachete derecho, me había quedado dormida con la mano debajo de la cara y se me habían quedado los dedos tatuados. El pelo revuelto y la camiseta más andrajosa que tenía en el armario, que me había olvidado por completo que me la había puesto para comer y no mancharme el jersey nuevo que llevaba puesto en la oficina. Menos mal que al menos me había dejado los vaqueros.

—¡Un segundo! —Grité mientras corría pasillo adentro. Me metí en el baño y me lavé la cara. Entré a mi habitación y me quité la camiseta que tiré encima de todo el montón de ropa que me había puesto y desechado durante la semana y que todavía no había

recogido. Me puse el jersey y volví al salón.

—¿Mejor? —Me preguntó.

—Se me da fatal mentir, ¿verdad? —Marcos asintió con la cabeza—. Pues sí, estaba dormida como un tronco. Me comí yo sola casi una pizza entera y dos refrescos, después de lo cual parece ser que caí en un coma profundo.

Me excusé acercándome a la mesa del salón y retirando todas las cosas que había dejado tiradas. Abrí un poco la ventana para que se fuera el olor a pizza y busqué más cosas que hacer para no sentarme allí con él porque además de estar de mal humor, me sentía azorada y en general, aunque no fuera lo normal en mí, bastante tímida.

—¿Quieres tomar algo? ¿Café? ¿Infusión?

—¿Tienes vino? —Me preguntó. *¿Vino? ¿¡Vino!?* Me daba la impresión de que ese hombre iba a hacer campamento en mi salón y no lo echaría fácilmente de allí.

—Eeehhh... Claro, claro. Algo seguro que hay en la nevera.

Serví un par de copas de uno que le habían regalado a Carolina en la cesta de Navidad del bufete y que tenía pinta de ser caro y bueno, uno de esos espumosos afrutados que a mí me encantaban. No me apetecía demasiado beber, pero ya que iba a abrir la botella y aguantar la bronca de mi amiga por haberla mancillado sin su permiso, al menos la disfrutaría.

—Mmm... qué rico, está buenísimo. ¿Qué vino es?

—Ni idea, es de Carolina. No entiendo de vinos. Me sacas del Lambrusco y soy una ignorante total.

—No sabes de motos y no sabes de vinos, bien... a cambio sabes de música heavy, pero también de salsa, pop y baladas empalagosas.

—Pero ¿a ti qué te pasa? Me estás psicoanalizando o qué —protesté lanzándole un cojín a la cara con el que por poco consigo que se tire la copa de vino encima.

—Vale, vale... Haya paz. ¿Quieres tu regalo ya?

—Bueno, va —me encogí de hombros, tímida de nuevo, *a cuento de qué este hombre me tenía que hacer un regalo a mí.*

Me acercó una pequeña bolsa de regalo que sacó de dentro de su abrigo. La abrí y saqué un cedé de música. *Halloween. The time of de oath.* No lo conocía. Levanté las cejas sorprendida, la carátula era bastante tétrica y no parecía un último grito en música. Sólo esperaba que no fuera eso que yo llamabavoz *de perro* que oficialmente se denominabablack *metal*, porque no era precisamente lo mío.

—¿Y esto? —Pregunté.

—Lo vi en una tienda de música rockera que está medio perdida entre callejuelas del Puerto y me acordé de ti. El cedé es bastante viejo, del noventa y seis me parece, no obstante creo que te puede gustar. ¿Tienes dónde ponerlo?

Asentí y me levanté hasta el televisor. Abrí el lector de cedés y volví a introducirlo. Cogió el mando que estaba junto a él en el sofá y cuando por fin apareció en la pantalla la lista de canciones fue directamente a la quinta: *Forever and one.* Me quedé en silencio bebiendo de mi copa mientras escuchaba la letra.

“What Can I do??

Will I be getting Through?

Now that I musttry to leave it all behind.

Did you see what you have done to me?

So hard to justify

Slowly its passing by”

Sonaba bien, muy bien. Bebí otro trago de mi copa y me di cuenta de que a Marcos se le había vaciado la suya. La volví a llenar sin decir palabra.

—Es uno de mis discos favoritos —explicó por fin.

—Me gusta. Aunque no entiendo la letra. El inglés y yo no nos llevamos bien. Si

pretendías mandarme un mensaje cifrado no lo vas a conseguir —sonreí bromeando.

—Esta canción me la sé de memoria, la he escuchado un millón de veces. —Esperó a que terminara de sonar, cogió el mando de la mesilla y la volvió a poner. Dejó sonar un par de estrofas y puso el *pause*—. Yo tampoco soy un entendido en el idioma extranjero, pero creo que es algo así como: *¿Qué puedo hacer? ¿Lo superaré? Ahora debo intentar dejarlo todo atrás. ¿Ves lo que me has hecho? Tan difícil de justificar lentamente está pasando*—Volvió a poner el *play* y unos segundos más tarde el *pause* de nuevo—. *Por siempre y aún más, te extrañaré. Sin embargo te beso otra vez, cayendo en la tierra de Nunca Jamás. Me he esforzado tanto. Mañana todavía estaré llorando.*

—Vaya —le interrumpí. Me venía al pelo con Dani, pero no dije nada. Bajó un poco el volumen y puso el mando encima de la mesilla.

—Luego dice algo como *¿Encontraré a alguien en quién creer?* No sé, quizás a las chicas os de por escuchar a Alejandro Sanz cuando tenéis el *Corazón Partío*, pero ésta fue la música que me ayudó a recuperarme de mi ruptura.

—Oh, gracias. Está genial, me gusta mucho.

Se instaló el silencio entre ambos, mientras bebíamos y escuchábamos la canción.

—¡Ay, que se me olvida! Yo también tengo algo para ti.

Me levanté de un salto sonriendo y fui hasta mi habitación a buscar los guantes que había empaquetado con papel de *Winnie the Pooh* que me había sobrado de los regalos de Navidad de mis sobrinos. Se lo tendí y soltó una carcajada.

—¿*Winnie*? Qué tierno.

—Calla, tonto. Era el papel que tenía en casa —me justifiqué riendo. Vio los guantes, los miró extrañados y luego a mí esperando una explicación.

—Vale, vale. No es tan profundo como tu regalo, pero yo que sé, es práctico. Es de esos guantes táctiles con los que puedes usar el móvil, así que por ejemplo si un día vas en tu moto y tienes que parar para llamar o mandar un mensaje no tienes que quitártelos.

—Ah, genial. No sabía que existían estas cosas. ¡Gracias!

—No te gustan, ¿verdad? —Me levanté y fui hasta mi bolso, cogí el ticket y se lo tendí.

—Que sí, que me gustan mucho. Guárdate eso, no esperaba ningún regalo.

—Ya. Yo tampoco —contesté sonriendo.

Sonó mi móvil y corrí a cogerlo. De pronto pensé que mi teléfono había sufrido un cortocircuito. El nombre de Daniel aparecía en mi pantalla, como si supiera que acababa de acordarme de él. No sabía si debía contestar o no, así que lo dejé sonar un buen rato. Al final lo hice porque Marcos me miraba extrañado. Me alejé del salón para tener un poco de intimidad.

—Hola —contesté con toda la tranquilidad que supe fingir.

—Hola.

—¿...?

Silencio.

—¿Hola? —Preguntó Dani.

—Estoy aquí —¿Qué esperaba que le dijera? A mí no se me ocurría nada, al menos nada bonito—. Dime.

—¿Podemos vernos?

—Pues... no sé si es buena idea —contesté muy enfadada. Qué se pensaba que podría volver cuando le diera la gana tal y como me había tratado.

—Ya. Bueno. Necesito que te llesves tus cosas de mi casa y me devuelvas las llaves del piso.

—Eeh —sentí que pasaba una apisonadora por encima de mi pecho—. Claro.

—¿Puedes venir ahora? Precisamente estoy en el piso.

—Vale.

—Adiós.

Colgué la llamada sintiéndome estúpida por siquiera pensar que lo que quería Daniel era arreglar lo nuestro. Un nudo se instaló en la boca de mi estómago sin la intención de desaparecer hasta que pasara el mal rato que me esperaba.

Eché a Marcos lo más amablemente que pude, intentando que la sonrisa no se borrara de mi cara. Él me miraba extrañado y un poco mosqueado también, al menos lo parecía. Lo llevé hasta la salida, le di las gracias por el regalo, dos besos y le cerré la puerta en las narices.

¿Y qué hace una cuando sabe que va a ver a su ex, y no a un ex cualquiera, sino a uno que te ha roto el corazón? Pues una es tan tonta que piensa: *me voy a poner monísima de la muerte para que sepa lo que se ha perdido*. Pues eso, a una le da por hacer tonterías.

Estuve la hora siguiente intentando arreglarme. Me puse una mascarilla en la cara mientras me daba una ducha fugaz. Me planché el pelo a conciencia, me maquillé, manicura exprés y por supuesto, la ropa. Lo que pensaba que más le podía llamar la atención: mi minifalda vaquera, con un top negro ajustado que dejaba mi hombro derecho al aire, unas botas negras de tacón y una cazadora vaquera del mismo tono que la falda. Me miré como diez veces en el espejo de la entrada antes de salir y pensé con tristeza que era la primera vez que me citaba con Dani con la certeza de que no me iba a quitar toda esa ropa.

En un momento pude pasar desde mi portátil el cedé que me acababa de regalar Marcos a mi iPod y me puse los cascos. Había bebido, así que lo de conducir estaba descartado. No era muy lejos de casa, pero como ya me había entretenido demasiado con *lachapa y pintura*, paré un taxi frente a mi portal. Le di la dirección a la que iba y me puse la canción número cinco. Llegamos al destino antes de que se terminara. Pagué al chófer y miré con tristeza el portal donde había puesto todas mis ilusiones de una vida junto a Daniel. Abrí con mis llaves y subí al piso octavo, aunque también tenía la llave me pareció más apropiado llamar a la puerta.

Dani me abrió y me miró de arriba a abajo antes de dejarme pasar. Vestía con sus vaqueros rajados y una de sus camisetas ajustadas, en lugar de las botas que estaba acostumbrada a verle llevaba unas deportivas negras. Me sorprendió verlo afeitado.

—No hacía falta que te arreglaras tanto —me dijo con burla como saludo.

—He quedado después —mentí fastidiada por el comentario malintencionado.

—Pasa.

Caminé hasta el salón y me senté en el sofá, más que nada por la impresión de ver que las paredes estaban pintadas con las pinturas que yo había elegido y comprado, que de las ventanas colgaban mis estores y mis cortinas y no quise comprobarlo, pero estaba segura que en el dormitorio estaba mi ropa de cama y en la cocina todos los útiles que había comprado en *kea*.

—¿Quieres tomar algo? ¿Café? ¿Cerveza?

—No —respondí con voz contundente. No quería achantarme ante él, que se diera cuenta de que estaba triste aunque por dentro me sentía morir. Me quité la chaqueta, la coloqué a mi lado y crucé las piernas en el sofá. Su vista fue hasta mi muslo desnudo, había pasado frío, pero de forma intencionada no me había puesto medias debajo de la falda.

—Ya —fue lo único que dijo antes de perderse pasillo adentro y volver con una pequeña bolsa. Dentro había algunas tonterías personales que había dejado en su coche o que le había prestado.

—Toma, esto es tuyo.

—Aquí faltan muchas cosas, ¿no?

—Creo que está todo.

—Pues que yo recuerde esas cortinas son mías, esa taza vacía que tienes encima de la mesa auxiliar la compré yo y mejor no hablo de la pintura que ya has usado.

—Pensé que no lo necesitarías, por eso lo usé. No seas cría.

—Ya. Déjame ver —sentí mis mejillas ardiendo por la rabia, pero con osadía saqué mi móvil y fui hasta la aplicación del banco. Me costó encontrar los movimientos en las tarjetas de crédito de los últimos meses, pero después de un minuto o dos di con ellos. Cogí un boli y un papel de mi bolso y apunté las cantidades, sumé con la calculadora y apunté el total.

—¿Qué haces? —Preguntó mosqueado.

—Me debes quinientos sesenta euros, para redondear. Si lo prefieres te dejo mi número de cuenta y me haces un ingreso, así no tenemos que vernos más las caras.

—Y descuento de aquí todas las veces que te he invitado a comer, al cine y demás, ¿no?

—¿Cómo? —Dije pasando de estar triste a estar muy cabreada—. ¿Me estás tomando el pelo o qué?

—Venga, no te pongas así, Lucía. Los dos sabíamos que aunque lo intentamos esto no funcionaba.

—Pues creo que tú te diste cuenta antes que yo. Dime en qué momento desde que me pediste que viviéramos juntos hasta que me diste la patada lo notaste.

—¿Qué sentido tiene esta discusión? —Ablandó el tono de voz—. Estas cosas no se pueden forzar, pelirroja.

—No me llames más así, por favor.

—Venga, pelirroja, no te enfades —Dani se sentó a mi lado, supongo que notando toda la fuerza que hacía para que no se saltaran las lágrimas que se me habían agolpado en los ojos. Me puso una mano en la rodilla.

—Daniel, no puedo entenderlo, de verdad que no. Le he dado mil vueltas y sigo sin ver lo que ha pasado.

—Ya —me puso una mano en la mejilla—. Yo también te he echado de menos.

Fue inevitable que las lágrimas terminaran rodando, dejando un camino húmedo que Dani secó con la yema de su dedo pulgar. Se acercó y besó mis labios y yo simplemente, me dejé llevar. No podía ir en contra de mi corazón, aunque mi mente me gritaba injurias para que saliera de allí corriendo. Lo había echado mucho de menos y durante estos meses había luchado por no pensar en él, pero no lo había conseguido.

Me tumbó hacia atrás en el sofá, me quitó el top y desabrochó mi sujetador, hundiendo su cara entre mis pechos. La razón se fue de paseo porque ya nada era capaz de frenar lo que estaba pasando.

Minutos después, sin quitarme la minifalda, únicamente con un movimiento donde apartó mi tanga a un lado, me embistió con fuerza mientras nuestros labios se devoraban. Me dejé hacer, me derretí con él dentro de mí, con el único deseo de no dejarle salir. Pero por supuesto salió. Se puso en pie, se recompuso la ropa y miró la hora.

—Lucía, tienes que irte. He quedado en un rato.

—¿Cómo? —Pregunté pasmada.

—Los dos queríamos esto, pero la vida sigue, Lucía.

—Claro.

Me levanté, me vestí. Agarré el papel donde había apuntado el importe que me debía y se lo tiré a la cara.

—No te olvides de pagarme.

—¿Ahora me cobras? —Nunca me había dado tanto asco su sonrisa de medio lado.

¿Pero qué me está llamando este sinvergüenza? Mejor me voy ya. Salí al portal y decidí ir dando un paseo para calmar un poco el ardor que sentía en mi pecho. La mezcla de rabia y dolor me estaba quemando, pero me negué a soltar una sola lágrima

más por Daniel. No volvería a verlo, me había tratado como una cualquiera.

Llegando a casa me di cuenta de que no le había devuelto sus llaves, así que paré otro taxi con la intención de zanjar el tema de una vez por todas y no tener que volver a verle la cara. Le dejaría las llaves en el salón y me largaría.

Subí al portal y oí ruido en el interior del piso, así que sin tocar el timbre abrí con cuidado y en silencio la puerta. Pasé al salón, lancé las llaves a la encimera que separaba la estancia de la cocina. Dos personas se incorporaron rápidamente del sofá para ver qué había pasado con miradas escandalizadas. Ella ya estaba casi desnuda, prácticamente en la misma postura que yo hacía un rato.

—Me olvidé de dejarte las llaves —dije tranquilamente. Me di la vuelta dispuesta a irme y se me encendió una bombilla maliciosa. Me giré de nuevo—. Vaya, qué rápido te recuperas. ¿Te ha dicho que hace como media hora estaba echando un polvo conmigo ahí mismo?

Sin esperar respuesta de ninguno de los dos me acerqué a la salida, me pareció oír un leve “*hija de puta*” de la boca de Dani. Le estaba bien empleado. Salí y cerré la puerta a mi espalda. Ya había visto todo lo que tenía que ver para dar por concluida, de una vez por todas, la etapa de Daniel en mi vida.

Capítulo 15

TRANSLOGIC celebraba continuamente convenciones y seminarios, a los cuales acudía todo el equipo directivo y jefes de área, así que llevaba tiempo concienciándome de que algún día llegaría el momento. El mes de enero transcurría a pasos agigantados, las vacaciones se habían terminado y el frío se había instalado en la isla de forma inusual. Por eso cuando Darío me comunicó que nos esperaban dos días en Barcelona me dio el telele sólo de pensarlo. Primero, porque volvería a encontrarme con Alejandra y Néstor, y segundo, porque el frío no se había hecho para mí y era consciente de que hacía apenas una semana había estado nevando en tierras catalanas, al fin y al cabo el invierno de las islas poco o nada tenía que ver con el peninsular.

El plan era reunirnos con el personal de *Translogic Cataluña*, una nueva sucursal que se había abierto durante el mes de noviembre. Tendríamos que fijar objetivos, procedimientos, estrategias y demás. Por tanto, tenía claro que nos esperaban dos días de trabajo duro.

Silvia me comentó que Darío la llevaba con ella, en calidad de “secretaria” se entiende. Me daba la risa sólo de pensarlo, jamás se había trasladado a ninguna reunión con una ayudante, pero a Silvia se la llevaba a todas partes. Mi amiga me propuso ampliar los billetes hasta el domingo noche y pagar de nuestro bolsillo un día más en el hotel, no me pareció mala idea, hasta que me di cuenta de que Darío venía incluido en el plan. Lo que menos me apetecía del mundo era pasar el fin de semana con mi jefe y su novia, que resultaba ser mi mejor amiga, y no es que yo tuviera nada en contra del pobre hombre, todo lo contrario. No obstante, era mi jefe, y había ciertos límites que me costaba franquear.

El jueves y el viernes fueron días agotadores y difíciles, aunque no tuve que hablar para nada con Alejandra ni con Néstor, me irritaba, avergonzada y molestaba tenerlos tan cerca. Aunque no había vuelto a sacar el tema y por mí quedaría zanjado hasta el fin de los días, no podía entender que Néstor conservara su puesto de trabajo después de lo que había hecho.

Apenas había descansado en toda la semana y el viernes llegué arrastrándome, estaba cansadísima cuando a las siete de la tarde por fin se dio por concluida la reunión. Los compañeros volvían a casa y decidí que era mejor darles intimidad a la parejita del año. Tenía un plan mejor que hacer de carabina: atacar el mini-bar, ya que la empresa cubría gastos hasta las doce del mediodía del día siguiente.

Me enfundé mi pijama de felpa con unos calcetines bien gorditos, subí la calefacción, y cogí mi iPod del bolso. No me había dado tiempo a subirle más música que el cdé de *Helloween* aunque tenía más en el portátil, prefería no darme el trabajo de encenderlo en esos momentos. Estaba demasiado cansada y vaga para hacer cualquier tipo de esfuerzo. Abrí una botella de algo que juraría que era champán y agarré una caja de bombones. Llené mi copa hasta el borde y me tiré en la cama.

Empezaba a sonar *Steel Tormentor*, la segunda canción del álbum, movidita. Me ayudó a despejarme un poco, animarme y menear los hombros mientras hacía equilibrios para que no se derramara mi copa mientras le daba pequeños sorbitos. Me pareció oír algo pero lo ignoré sumergida en mi propio mundo del que no me apetecía salir, hasta que los golpes en la puerta se hicieron más evidentes. Pensé con fastidio, por tener que mover el culo de la cama, que sería el servicio de habitaciones para pedirme por favor de parte del señor Gustavo Fuentes que dejara de arruinar a la empresa atacando de esa forma el mini-bar. En su lugar me encontré frente a Marcos, que me miró de arriba a abajo soltando una carcajada, supongo que maravillado por la

sensualidad (o sea nula) de mi pijama de felpa de ovejitas.

—Ni una palabra —dije amenazándole mientras le apuntaba con mi dedo índice—. Hace frío.

—Sí, eso parece. Yo que venía a pedirte que cenaras conmigo y tomarnos una copilla por ahí. Silvia me comentó que os quedabais un día más. El resto de los compañeros se han ido. Me apetecía quedarme a pasar el fin de semana, no tenía planes en Las Palmas y me pareció buena idea irme de compras en Barcelona. No sé si lo sabes, pero estamos en una de las zonas comerciales más importantes. En fin, que no te molesto más, creo que no tienes intención de salir hoy, ¿no?

—Pasa —le dije poniendo los ojos en blanco, ya que volvía a reírse mirando la ovejita de unos veinte centímetros que cubría el frontal de la parte de arriba del pijama. Me daban ganas de meterle un dedo por el hoyuelo ese que le salía en la mejilla y taladrarle el moflete.

—¿Qué escuchas? —Señaló el auricular de la oreja izquierda que caía sobre mi hombro.

—Nada, nada.

Pulsé *el pause* y me quité el iPod, lo dejé en la mesa de noche y fui hasta donde estaba el mini-bar. Había un menú del restaurante del hotel con platos que se podían pedir al servicio de habitaciones, lo cogí para ojearlo. Marcos, demasiado curioso y entrometido para estarse quieto, agarró los auriculares y le dio *al play*.

—Mmmm... buena elección. Veo que estabas más que servida. Pijama calentito, música ideal. ¿Qué es eso? ¿Champán? ¿Chocolate? Bueno adiós, que yo ya me iba —dijo entre risas.

—No seas tonto —me reí yo también y le lancé un bombón que cazó en el aire—. Quédate un rato —le serví una copa y se la tendí—. Te invito —dije riendo—. ¿Te apetece comer algo?

—Estaría genial, me muero de hambre.

Llamé al servicio de habitaciones y pedí cena para los dos. No me había dado cuenta del apetito que tenía hasta que había mirado el menú y mi radar captó esa hamburguesa gigante con patatas. Después disfrutar de la cena, que además de tener una pinta exquisita, estaba deliciosa, nos sentamos en la cama para acabar con lo que quedaba de la botella de champán. Un casco cada uno disfrutando de Halloween.

Bajamos el sonido de la música y charlamos de todo un poco. No había visto a Marcos desde que me llevó su regalo Navidad a casa. Se había ido bastante mosqueado y no me había vuelto a llamar. Yo tampoco había visto el momento, ni me había apetecido tener que darle explicaciones. Así que en ese instante que estaba más relajada y el mal trago había pasado, me sinceré con él y le conté todo lo que había acaecido ese día con Daniel.

—Qué tío más gilipollas —declaró asombrado y molesto cuando terminé de narrarle la historia.

—Pues ahora que lo miro con distancia creo que siempre fue así y yo lo idealizaba. No lo sé. Lo cierto es que no me esperaba esto de él y ha sido un chasco.

Nos quedamos en silencio unos minutos, yo tratando de digerir la verdad de lo que acababa de decir y él, simplemente, sin saber qué responder. Hasta que rompió el silencio.

—¡Hombres! —Exclamó por fin y los dos nos echamos a reír.

—¿Nos vamos de ligoteo? —Pregunté cavilando que quedarme encerrada en el hotel en plena ciudad de Barcelona, un viernes noche, con mi pijama de ovejitas era lo más ridículo del mundo.

—¡Pensé que no me lo ibas a pedir nunca! —Respondió riendo a carcajadas.

Me metí en el baño, me di una ducha rápida, me maquillé y me solté el pelo. Me puse un modelito explosivo, me reí al recordar lo que decía mi madre al verlo: *ese escote*

hasta el ombligo no es muy católico, ¿no? Y es que era mi vestido favorito pero era consciente de que era demasiado provocativo. En color violeta, muy ajustado, hasta las rodillas, con una tremenda raja en la parte trasera y con un escote de vértigo. Por supuesto, un sujetador con ese vestido era impensable, sin embargo todo lo que había que tapar quedaba a buen recaudo bajo la tela. Lo había metido en la maleta por si acaso surgía la ocasión de ponérmelo. Me coloqué encima un buen abrigo, una bufanda y unos guantes.

Marcos había ido a su suite a coger el abrigo y habíamos quedado en la recepción en unos diez minutos, que como no, se convirtieron en media hora. Estaba allí trasteando con el móvil y cuando me vio me mostró sus manos donde lucía los guantes que yo le había regalado. Sonreí satisfecha de que le quedaran bien y que pudiera darles alguna utilidad.

Nuestro hotel estaba cerca de la Catedral de Barcelona, caminamos por la zona peatonal que estaba concurridísima de gente, teniendo en cuenta que estaban a punto de dar las doce de la noche. Llegamos a la parada de taxi y cogimos uno que nos llevó al Born. Estaba cerca, era una de las zonas de moda en Barcelona y tenía buen ambiente, según había dicho el taxista. Sus preciosas calles estrechas me atrajeron desde un primer momento y su estilo antiguo me tenía enamorada. Paramos en el primer bar que nos llamó la atención. Estaba lleno de gente joven y como pude comprobar después, hacían unos mojitos de escándalo. Fue el momento de quitarme el abrigo, Marcos se me quedó mirando embobado y soltó un silbido.

—¡Qué cambio! Pensé que te habías traído tu pijama de ovejitas —le di un golpe en el brazo y agarré su mentón para subirlo y que dejara de mirarme el escote de forma tan descarada.

Estuvimos disfrutando un buen rato de la compañía y las copas. De ahí nos dirigimos empujados por la marea de gente que iba hasta el Magic, una discoteca que nos recomendaron unos chavales con los que nos paramos a hablar en el pub. Música ideal, ambiente increíble y otra copa más que voló mientras meneaba las caderas junto a Marcos. Si notaba que alguna chica le ponía ojitos intentaba alejarme de él, pero no parecía muy dispuesto a llevarse a ninguna al huerto.

—¿No se supone que la intención era ligar algo? —Le pregunté al oído entre gritos.

—Bah, no tengo yo el horno para bollos —gritó.

—¿Estás en esos días? —Pregunté soltando una carcajada y tuve que agarrarme a él porque el alcohol en sangre ya hacía efecto y sentía un ligero mareo.

—Muy graciosa.

Empezó a sonar la nueva canción de *Juanes, La luz*. Muy movida y salsera. Marcos sonrió, me agarró la mano tirando de mí y me pegó a su cuerpo. Me dio un meneo de tres pares de narices, llevándome por la pista y girándome de vez en cuando sin perder el compás ni un solo segundo.

“...Bésame en la boca, Bésame en la boca, Que la luz se fue, Bésame en la boca, Bésame en la boca. Tenemos hasta que amanezca Para besarnos y bailar sobre la mesa, Tú con tu pierna entre mis piernas Yo suavcito acariciando tus caderas. Esta noche quiero ser tuyo, Esta noche he de ser tuyo...”

Cuando se terminó la canción lo aparté un poco de mí para poder coger aire y recuperar el color. Con tanta vuelta me había mareado de verdad. Supongo que vio reflejado en mi cara, por el tono amarillento, que amenazaba con vomitar y me acercó a la puerta. Pidió mi abrigo en el guardarropa y me lo puso por encima antes de salir a la gélida noche de Barcelona. El golpe de aire frío en la cara me vino genial.

—Ya estoy mejor —susurré recuperando un poco la compostura, mientras Marcos empezaba a reírse a carcajadas—. ¿Y ahora qué te hace tanta gracia?

—Hay que ver, no aguantas un meneílllo con un par de giros inesperados.

—Calla bobo, yo soy una experta bailarina. Además tomo clases dos veces por

semana, cuando el trabajo me lo permite. Lo que pasa es que no me entiendes. ¿No ves que estoy demasiado borracha para defenderme? —Intenté explicarme procurando que no se me trabara la lengua riendo al mismo tiempo—. ¿Damos un paseo?

—¡Claro! ¿Qué mejor plan hay para un viernes, mejor dicho, un sábado a las cuatro de la madrugada que dar un paseo con la ideal temperatura de cero grados?

—Anda, no seas quejica, que necesito quemar un poco de alcohol. Así que sabes bailar. Me tenías engañada.

—No te creas que me encanta. Mi exmujer me hizo chantaje para que asistiera a clases con ella y estuve seis meses torturándome tres días a la semana, dos horas cada clase, hasta que mis torpes piernas aprendieron lo que acabas de ver.

—¿Sí? ¿Qué tipo de chantaje?

—Del peor que hay —respondió muy serio.

—¿Y ese qué chantaje es?

—Pues, ¿cuál va a ser? Sexual, por supuesto —respondió. Le di un golpe en el brazo y estallamos en carcajadas.

—Bueno, al menos te servirá para ligar.

—¿Tú crees?

—Seguro. A las mujeres nos pone mucho eso de que sepan darnos un buen meneo —rio de nuevo a carcajadas y es que teníamos un puntito alcohólico muy tonto.

—¿Estás mejor? ¿Quieres volver al hotel? —Preguntó cambiando de tema.

—Sí, por Dios. Estoy muerta y se me está congelando hasta el lagrimal.

Se acercó a mí y me pasó el brazo por la cintura, todavía me medio tambaleaba y con tanto frío un poco de calor humano se agradecía. El taxi nos dejó cerca y entramos al hotel, donde la calefacción nos recibió con los brazos abiertos. Me fui quitando capas de ropa de camino a mi habitación y es que en la calle hacía un frío terrible, pero dentro de las zonas comunes del hotel, parecía que estábamos en los meses más veraniegos de Canarias. Llegué a la puerta de mi habitación con el abrigo, los guantes y la bufanda en la mano. Marcos me acompañó y era consciente de que a pesar de haber pasado las últimas horas de la noche observándome, no se cansaba de admirar mi vestido.

—Me lo he pasado genial —le dije sonriendo.

—Y yo. Ha sido divertido.

—Y eso que no nos hemos traído ningún ligue —rebusqué en mi mini bolso intentando encontrar la tarjeta que ejercía de llave de la habitación.

—Cierto, cierto... quizás podríamos arreglar eso.

—Pues no pienso salir otra vez, casi prefiero dormir sola esta noche —contesté sin levantar la cabeza, hasta que di con la tarjeta y noté que unos brazos me agarraban y me empujaban suavemente hasta apoyarme en la pared. En una milésima de segundo y sin tiempo a reaccionar Marcos me besó, un poco por el calor del momento y otro poco por el alcohol que tenía en vena, me dejé llevar durante un minuto. Marcos paseaba su lengua en busca de la mía y me mordisqueaba el labio inferior. Luego lo aparté. No se me ocurría nada que decirle, no me apetecía nada tener un lío con un compañero de trabajo y no le había insinuado lo contrario ni una sola vez, aunque tampoco quería ser brusca con él, me caía bien.

—Buenas noches, Marcos —fue lo más coherente que se me ocurrió decir.

—Buenas noches —se sonrojó un poco y me sonrió antes de darse la vuelta camino a su suite.

Al entrar en mi habitación rumié lo que había sucedido. Quizás me había precipitado un poco al pensar que Susana y él estaban liados. Era del todo evidente porque, de ser así, esa noche hubiera preferido pasarla con ella y no conmigo. Y si, además, trataba de besarme... Aunque no estaba segura, ya no me fiaba de ningún hombre, era incapaz de hacerlo. ¡Cualquiera sabía! Seguramente ella volvió a casa junto con los demás y él aprovecho las ausencias para ver si le podía contar otro cuento a una

distinta.

Me metí en la cama y en el mismo instante en que mi cabeza tocó la almohada me quedé dormida sin darle más vueltas al asunto.

Capítulo 16

A las diez de la mañana estaba harta de estar en la cama. Con la resaca y el dolor de cabeza no podía dormir y, aunque debería de pasar exactamente lo contrario, me moría de hambre. Quedaba media hora para que cerrara el turno de desayunos en el restaurante del hotel, sin embargo me daba pánico bajar y encontrarme con Marcos.

Agarré el móvil y telefoneé a Silvia. Dio la señal una y otra vez hasta que se cortó la llamada y volví a intentarlo dos veces más hasta que por fin descolgó.

—¿¡Qué pasa!?

—Joder Silvia, te necesito. ¿Quieres dejar de practicar sexo que es demasiado tempranoooo y bajar a desayunar conmigo? Por favooooorrrrr.

—Nosotros ya hemos desayunado.

—¡Nosotros no! ¡Tú! ¡Tú! ¡Sólo tú! Por Dios, ven conmigo y tómate un café aunque sea. Tengo que contarte algo.

—Vaaale —respondió refunfuñando—. Nos vemos abajo.

Ya estaba duchada y vestida, así que bajé hasta la puerta del restaurante y me moví nerviosa de un lado a otro deseando que llegara Silvia.

Durante los primeros diez minutos que mi amiga estuvo sentada frente a mí, comí como una posesa todo lo habido y por haber: dulce, salado, lo más grasiento que había en el servicio... estaba todo delicioso y entre el hambre y la ansiedad que sentía, la mejor manera de desfogarme era pegándome un atracón.

—¡Te vas a poner como una ballena! ¿¡Quieres parar de comer!?

 —Me pidió mi amiga aburrida de esperar a que se me vaciaran los carrillos.

—No seas tonta, yo nunca engordo —protesté con la boca llena.

—¿Me vas a contar de una vez eso tan importante que me tenías que decir?

—Anoche Marcos me besó.

—De verdad, si es que lo que no te pase a ti... —contestó Silvia partiéndose de risa en mi cara.

—¡Que no, Silvia! Hazme caso, anda, bonita. Salimos juntos de fiesta y cuando volvimos me besó. Yo ya le dejé claro en su momento que tengo por norma inviolable no liarme con compañeros de trabajo. Ya escarmenté con lo que me pasó con Javi.

—Ay, chica... eso es agua pasada. ¿Qué mal te puede hacer un revolcón con Marcos? Es guapísimo, además.

—Y dale. Que no, hazme caso, que los líos de oficina no suelen salir bien. Al menos no a mí, eh, no me pongas esa cara que no me refiero a lo tuyo con Darío. Ya sabes que tengo experiencia en el tema y salvo contadas ocasiones siempre ha terminado siendo un desastre.

—Pues no sé. Si sólo fue un beso, no pasa nada, ¿no? Nunca has tenido problemas en pararle los pies a nadie.

—Es que no quiero que se sienta mal. Somos amigos. Me cae bien.

—Perdona, perdona, perdona... ¿Cuándo hemos pasado de pesado psicópata a somos amigos?

—Últimamente estás muy ocupada y te pierdes muchas cosas.

—¿Te gusta? —Preguntó con una sonrisa bobalicona.

—¡No! No, no, no... no es mi tipo, no.

—¿De verdad, Lucía? ¿Seis noes? —Parecía una sentencia más que una pregunta.

—Qué pesadita eres. No me gusta para nada, es guapo, pero no.

—Es muy guapo, sí —me contestó con los ojos muy abiertos, robando de mi plato uno de los pastelitos que me había servido, que devoró de un mordisco.

—Pero no. Y muy simpático, pero que va, que va.

—Pues sí. ¿Y no se le marca un hoyuelo en su mejilla...?

—Izquierda. Sí, un hoyuelo. ¿Y qué? Eso no lo hace mejor ni peor —declaré.

—No, claro. Y te hizo un regalo por Navidad, ¿no?

—Sí, pero fue únicamente porque pasaba por una tienda, vio ese cedé de música y se acordó de mí, nada más.

—Ajá.

—Además fue bastante molesto. Me obligó a comprarle un regalo a él también y ni siquiera lo conozco lo suficiente para saber qué puede gustarle —dije esto último con la boca llena, ya que me había zampado el último pastelito antes de que Silvia me lo robara.

—Sin embargo acertó con su regalo.

—Sí, la verdad es que sí. Me encantó el cedé. Es un chico atento.

—Pero no te gusta.

—No, no... que va, que va... ¿Cómo me va a gustar? si es medio psicópata.

—Claro.

Se hizo el silencio.

—Necesito comer más —resolví con ansiedad levantándome, plato en mano, camino al mostrador de los pasteles.

Silvia se reía por lo bajini y yo me cagué en sus muelas, no me estaba ayudando nada.

Volvimos a nuestras habitaciones, agarré mi bolso y mi abrigo y me lancé a la calle, dispuesta a darle un atraco a mi tarjeta de crédito. Eso siempre funcionaba y me hacía sentir mejor y, vaya si lo conseguí. Seguramente tendría que pagar exceso de equipaje a la vuelta en el avión.

Por la tarde quedé con Silvia y Darío, cogimos un taxi que nos llevó a la Sagrada Familia, donde paseamos largo rato observando la belleza hecha arte por las calles de Barcelona. De pronto me apetecía estar más con ellos de carabina que encontrarme con Marcos o peor aún, quedarme a solas y darle vueltas a la cabeza a lo que había hablado con Silvia. No, mejor me afincaba allí con ellos hasta la hora de dormir. Al día siguiente, nuestro avión salía temprano así que la intención era retirarnos pronto a descansar.

Silvia y Darío se adelantaron y yo me paré en el bar, dispuesta a entrar y pedirme un chocolate caliente. No me apetecía comer, habíamos estado picando por ahí en algún bar y no tenía hambre, sólo ganas de tomar algo calentito y meterme en la cama a descansar. Cuando estaba en la puerta del bar vi a Marcos y a Susana apoyados en la barra. Estaban pagando la cuenta, o eso parecía. No se percataron de mi presencia. Sin embargo, pude escuchar parte de la conversación.

—¿Dónde te apetece que vayamos? —Le preguntó Susana a Marcos.

—Si quieres nos tomamos una copa por ahí y luego nos vamos a alguna discoteca —le respondió él.

—¡Genial! —Susana rio de forma exagerada y enroscó su brazo al de él, que le correspondió con otra sonrisa.

—Ha sido una grata sorpresa que te quedaras, podías haberme avisado —fue lo último que oí que le dijo.

Volví sobre mis pasos y me retiré a mi habitación. Sin duda, para mí también había sido toda una sorpresa verlos allí. ¿Celosa? ¡No, en absoluto! Tan sólo molesta, al fin y al cabo había intentado besarme la noche anterior. Era evidente que en este tipo de viajes de trabajo, el que no corre vuela, y que nadie estaba por la labor de dejar su cama sin deshacer, incluido Marcos. Como no logró acostarse conmigo la noche anterior, volvió al tonteo con Susana... ¡Lo mismo ni lo había abandonado nunca! La tontaina de turno caería de forma evidente. Vamos, que éstos se iban después a un polvete, fijo. *Allá ellos*, pensé.

A las seis de la mañana nos encontramos los cuatro en el hall del hotel y no fue tan incómodo como pensaba. Por lo visto Marcos viajaba en el mismo vuelo que nosotros, sus billetes también los había reservado Silvia, ya hablaría yo con ella a ver cómo, cuándo y dónde se había decidido tal cosa y por qué no me lo había contado. En cualquier caso, prefería aguantarlo sólo a él que a los dos juntos, por lo que agradecí que Susana no apareciera por allí.

Mantuvimos una conversación distendida los cuatro hasta que embarcamos en el avión, donde me tocó ventanilla lejos de mi amiga y Darío y junto a Marcos, que se quedó dormido prácticamente desde que nos sentamos en las butacas. Leí un rato, di cabezadas buena parte del viaje y, para cuando me di cuenta, ya habíamos llegado a Gran Canaria. Darío y Marcos se despidieron de nosotras y fuimos en busca de Carolina, que nos había ido a recoger al aeropuerto. La abrazamos y le dimos como cien besos entre las dos.

Hablamos animadamente todo el trayecto, Carolina contándonos que Marta la había llevado a hacer escalada. Mi Carolina, la Carolina que conocía desde que teníamos pañales, la cual el mayor riesgo que había corrido nunca era abrir la tapa del mando con una uña arriesgando a que se partiera. No sólo eso, sino que además, Marta le había regalado como cumple-mes, sexto cumple-mes exactamente, un vale para un salto de puenting, que se supone que harían juntitas en el próximo puente de marzo. *Puenting en un puente* había dicho muerta de risa y Silvia y yo no le vimos la gracia, ni la tenía, pero ella se reía de puros nervios me imagino.

Me sentía agotada, demasiado trabajo durante la semana, el viaje, salir de fiesta y excursión había terminado con todas mis fuerzas. Pensé que hubiera sido buena idea pedirme un día de asuntos propios o vacaciones para el lunes y así poder dormir a pierna suelta. Las ojeras que me habían salido no iba a poder quitármelas con chapa y pintura, vamos, ni con un kilo de pepino en cada ojo.

Carolina aparcó el coche lo más cerca que pudo y Silvia y yo arrastrábamos nuestras maletas. Hacía un día bonito, el sol había salido esa mañana traspasando el calor a nuestra piel. La temperatura típica de nuestra tierra, que había echado en falta los cuatro días que había pasado en las gélidas calles de Barcelona, volvía a reconfortarme. El traqueteo de nuestras maletas se unía a la melodía de las risas de los niños que jugueteaban por la zona y al canto de algunos pájaros que nos rondaban... era un día precioso, o lo había sido, hasta que de pronto el mundo se paró y yo no me di cuenta de que la cosa iba conmigo. Esperando en el portal de casa, con quien prácticamente choqué de bruces, estaba Daniel.

Las chicas se volatilizaron dentro del zaguán, los niños se alejaron calle abajo y los pájaros se apoyaron en un árbol cercano, calladitos, observando lo que pasaba. Dani, con su sonrisa de medio lado, sus pantalones rajados, su camiseta negra de *Jacks Daniel's* y todo ese halo de chulería que tenía ganas de borrarle de un quantazo.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté cabreada con el mundo por mandarme a ese gilipuetas en un día tan bonito como aquel.

—¿No me das dos besos? —Me preguntó como respuesta, descruzando los brazos y acercándose a mí para dárme los él. Le puse una mano en el pecho para frenarlo.

—Los besos que te los de la rubia esa que tenías en el sofá de tu casa la última vez que te vi.

—Qué bruta eres, no seas así.

Silencio. Y es que mi madre me ha enseñado que cuando no puedas decir algo bueno, mejor callarse.

—Bueno, tenemos una cuenta pendiente —sacó un sobre de su bolsillo trasero del pantalón y me lo tendió. Las cejas se me subieron solas en señal de sorpresa. Abrí el sobre, vi un fajo de billetes y lo volví a cerrar.

—Gracias. Adiós, tengo que irme —dije metiéndolo en mi bolso. Se lo iba a tirar a la

cara, pero al fin y al cabo, tenía que pagar los quinientos euros que me había gastado en algo que ni siquiera iba a disfrutar.

—Espera —dijo, agarrándome del brazo—. Me acabo de quedar pelado, al menos podrías invitarme a un café.

—¿En serio, Dani? ¿Qué se supone que pasa aquí? ¿Ahora tengo que ser tu amiguita? ¿Tu follamiguita otra vez?

—Bueno... nunca le hago ascos a un buen polvo con mi pelirroja favorita...

—Joder Dani, cállate de una vez si no te quieres llevar una patada en el centro de tu universo.

—Vale, vale... vengo en son de paz —se justificó levantando las palmas de las manos—. Anda, vamos a tomarnos un café, creo que te debo una explicación.

—Acabo de llegar de viaje, estoy muerta de cansancio —pensé un instante, a lo mejor me llegaba de una vez por todas la explicación que llevaba meses buscando—. Está bien, sube a casa.

Daniel me sonrió y yo intenté forzar una sonrisa, lo cierto es que no me salió.

Lo del café parece ser que era una metáfora, pues me siguió hasta mi dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Se sentó en mi cama y miró cómo soltaba todos los trastos. No tenía intención de deshacer la maleta en ese momento, pero me pareció adecuado empezar a hacerlo para no tener que estar sentada observando a ese sujeto. Coloqué todas las cosas, cerré la maleta y la puse en su sitio. Me quité los tacones y me senté en la cama, frente a él, con las piernas y los brazos cruzados esperando que hablara de una vez y se largara lo antes posible.

—Lucía, sé que te he hecho daño con todo lo que ha pasado, pero ha sido algo que se ha escapado a mi control.

—Te escucho —le dije cuando paró de hablar.

—Unas semanas antes de nuestra ruptura me reencontré con Sonia. No sé si alguna vez te hablé de ella, supongo que no, porque simplemente no hablamos mucho entre nosotros del pasado. Salimos durante algunos años cuando estábamos en el instituto y el primer curso de Facultad. Estudiábamos la misma carrera, lo que nos permitía pasar prácticamente todo el día juntos. Antes de que acabara el año escolar, la empresa que gestionaba su padre quebró y dos meses después, me enteré de que se irían a vivir a Madrid. Un familiar cercano tenía una empresa grande y fuerte, donde su padre entraría directamente a formar parte del equipo directivo. Además allí su tío tenía algunos contactos con editoriales importantes donde podría trabajar como traductora, era una buena oportunidad. Nos despedimos con la promesa de que las cosas funcionarían, visitas, emails, llamadas, mensajes... pero no fue suficiente. Vamos, lo típico. Se enfrió la relación y cada uno siguió la vida por su lado. Me la encontré por casualidad un día que vino a hacer unos trámites al Ayuntamiento y no me podía creer estar viéndola. Quedamos para tomarnos un café, el café se convirtió en una cena, y bueno... supongo que prefieres que no entre en detalles... pero esto es lo que hay. Era más fuerte que mi propia voluntad y supe que no te quería, que lo pasaba bien contigo, que te tenía un cariño especial, que somos buenos amigos... pero que esto no cuajaba. Cuando viste su mensaje en el móvil comprendí que no quería renunciar a ella —se calló un minuto quizás esperando que dijera algo, pero yo no podía hablar, estaba demasiado concentrada en que todo lo que acababa de decirme no me rompiera de nuevo el corazón. Como vio que no tenía intención de hablar continuó él—. He venido a disculparme Lucía, por cómo pasó todo y sobre todo también por haberte confundido la última vez que nos vimos. Te vi tan guapa, tan irresistible y deseable que no podía evitar acariciarte, pero eso no cambiaba mis sentimientos.

—¿Cómo pudiste acostarte conmigo si se supone que estabas con el amor de tu vida?

—Bueno, pelirroja. El amor de mi vida, como tú dices, simplemente no es mía. Está

casada con otra persona y tiene niños pequeños, así que hay que hacer las cosas con cautela. Como acabo de decirte, no quiero renunciar a ella y no quería llevar lo nuestro más lejos para dejarte tirada cuando ya viviéramos juntos, lo cual hubiera sido mucho peor.

—Oh, vaya, gracias —dije con ironía.

Daniel apoyó su mano en mi mejilla y la arrastró hacia atrás colando sus dedos entre mi cabello suelto y yo quise morirme, porque aún deseaba sentirlo cerca de mí, su calor, sus besos y todo eso que vino después y de lo que sabía que me arrepentiría. Toda esa mierda cursi que acababa de contarme no me servía de nada ni me hacía sentir mejor. Por un segundo pensé que a lo mejor no era tan cerdo y capullo como yo había imaginado y quizás, solo quizás, fue eso lo que me hizo flaquear y dejar que me desnudara rápidamente antes de devorar con ansia cada centímetro de mi cuerpo y hundirse en los confines de mi sexo.

Comprobé con resignación y un poco de mala leche, por qué ocultarlo, cómo se iba poniendo su ropa rápidamente después de acabar lo que quiera que fuera eso que acababa de pasar. Se acercó y me dio un beso fugaz en los labios.

—Me voy, pelirroja. Ha sido la leche, como siempre.

Volvió a besarme, esta vez buscando mi lengua con la suya. Se apartó un poco y me dio una nalgada en mi trasero desnudo antes de darse la vuelta y marcharse.

Me levanté de un salto de la cama y me puse los primeros vaqueros y top que encontré en el ropero, unas deportivas y salí disparada de mi habitación y de mi casa, con la esperanza de no encontrarme con las chicas. A ciencia cierta ellas estarían al tanto de lo que había pasado allí dentro y no quería escuchar lo que tenían que decirme, primero porque que no sería bueno, y segundo porque sabía que tendrían razón.

Salí del portal en el justo momento en que Marcos se quitaba el casco de la moto que acababa de aparcar en mi propia puerta. *¿Pero qué pasa aquí?* Pensé cabreada, muy cabreada. Por un instante cavilé que venía a buscar exactamente lo mismo que se acababa de llevar Dani, un poco de sexo y dignidad. No dije nada, esperé, porque era mejor mordirme la lengua que decirle una barbaridad.

—Hola, ¿salías?

—No, que va. Es que me gusta bajar de vez en cuando al portal para ver quien se pasea por la calle —quise que sonara a broma, pero sonó a lo que era, reproche.

—Bueno, como veo que no estás de muy buen humor iré directo al grano.

—Tú dirás —crucé los brazos bajo mi pecho porque no sabía qué hacer con ellos.

—Quería pedirte disculpas por lo que intenté la otra noche. Habíamos bebido, bailado, bebido, reído, bebido... en fin... ya me entiendes, y el calentón del momento me llevó a...

—A pensar que podrías follar esa noche sin complicarte mucho la vida, ¿no?

—¡No! ¡No, Lucía! Dios mío, ¿cómo puedes ser tan bruta? —seguía cabreada, así que mejor me callaba—. No nos conocemos demasiado, apenas nos hemos visto alguna vez fuera del trabajo, pero me caes bien. Me gusta estar y hablar contigo, es como si hubiera cierta complicidad entre los dos. Después de lo de Néstor, al encontrarnos, has estado mucho más amable y cercana...

—Y pensaste que te podría agradecer tu colaboración echándote un polvo.

—Joder, Lucía, qué gilipollas eres. ¡Vete a la mierda!

—Genial, eso haré.

—En lo sucesivo procuraré no hablar contigo cuando tu ex acabe de salir por la puerta de tu casa.

—¿¡Qué dices!? ¿Ahora también te dedicas a espiarme?

—¡Serás idiota! —Alzó la voz—. Simplemente lo he visto salir nada más llegar, pero no pensé que te pusiera tan neurótica como para no poder hablar contigo.

—¡Adiós, Marcos! Tengo prisa

Ni siquiera se despidió. Se dio la vuelta y subió en la moto, se puso el casco y arrancó, alejándose rápidamente de mi lado. Apreté los dientes y caminé sin rumbo, con la única intención de silenciar mi conciencia con el eco de los pasos en la acera. En unos minutos llegué a la playa de las Canteras y el buen tiempo es lo que tiene, atrae a los turistas. La avenida estaba atestada de gente paseando, en bici, haciendo deporte, charlando, o simplemente tomando una copa en una terraza y yo no tenía ganas de ver una sonrisa, oír una carcajada o una conversación ajena que me interrumpiera del autoflagelamiento interno que se estaba produciendo en mí.

Me quité los zapatos, me remangué los vaqueros y dejé que el agua del mar (que estaba helada, todo sea dicho de paso) me reconfortara mojando mis pies. Paseé un rato por la orilla, me senté en un tramo despejado y eché de menos mi IPod, mi móvil o cualquier utensilio moderno que me permitiera no pensar y relajarme un poco. Tuve que conformarme con el sonido constante de las olas estallando en la orilla y me tumbé hacia atrás, dejando que los rayos de sol penetraran en mi rostro fortaleciéndome y planteándome qué estaba haciendo con mi vida. Realmente el fallo no era de los demás, yo sólo había dado lo que se esperaba de mí, el error era mío de base, de mi propio planteamiento. En los últimos meses había pasado por la cama de al menos diez chicos, a algunos de ellos, la mayoría, ni siquiera tenía ganas de volver a verlos, empezando por Daniel. Cómo podía dejar entrar en mi cama a alguien que me había destrozado tanto. *Nota mental: cuando llegue a casa ponerle un WhatsApp que diga "gilipollas", él ya entenderá el resto por el contexto.*

No tenía papel y bolígrafo y ya hacía semanas que había empezado el año, pero de pronto se me habían ocurrido los propósitos que deseaba cumplir. Tendría que memorizarlos, así que me los dije en alto a mí misma aún a riesgo de que pasara alguien cerca de mí y pensara que estaba loca.

Primero: si quieres sexo sin compromiso cómprate un vibrador. Es barato, práctico, transportable, útil y siempre te dejará satisfecha.

Segundo: al próximo listillo que se te acerque en busca de sexo pégale una fuerte patada en sus partes nobles.

Tercero: borrar de tu vida todo rastro de una relación que nunca fue.

Cuarto: no te vas a sentir mejor contigo misma porque salgas de fiesta cada fin de semana y estalles todo tu dinero en taxis y alcohol. Reducir las salidas y ahorrar un poco para irte de vacaciones el próximo verano estaría bien. Podría ser a un lugar bonito, tropical, lleno de tíos buenos con tabletas de chocolate en el abdomen... y... y punto (llegados a este momento léase punto uno y punto dos. Cuando lo escriba se entiende).

Quinto: Ingresar en tu tarjeta de crédito cuatrocientos euros del dinero que te ha devuelto Daniel y el resto gástatelo en ropa y zapatos nuevos, eso siempre te quita el mal humor.

Sexto: contemplar la posibilidad de pedir a Carolina que te presente a alguna de sus amigas gays, cabe la esperanza de que seas lesbiana y todavía no te hayas dado cuenta. Eso te ahorraría mucho sufrimiento, pues es sabido por todos que los hombres son de Marte y las mujeres de Venus.

Lo último no lo tenía muy claro, en general lo que sí sabía es que quería un cambio en mi vida.

Y los días pasaban y sí, tenía muy claro que lo que necesitaba era un cambio, pero cuando lo deseaba me refería a un cambio a positivo, obviamente. Lo que no pensé es que todo lo que me había sucedido en los últimos meses afectara también a mi trabajo. Metía la pata constantemente y no daba pie con bola.

Lucía, por favor, concéntrate, me repetía una y otra vez. Resoplé y me pasé las manos por la cara... no encontraba los documentos que necesitaba, sabía que lo había puesto

en alguna de las mil carpetas que pululaban por el escritorio del ordenador, pero era incapaz de dar con ello. *¡Al carajo!*

Me levanté decidida a buscar a Silvia y arrastrarla conmigo a tomarnos un café. Cuando asomé la cabeza a su puesto la vi más agobiada aún que yo, hablando por teléfono, con la mesa llena de papeles, y con dos personas frente a ella esperando a ser atendidas. Bufé y me encogí de hombros, no me quedaba más remedio que ir sola.

Entré en la cafetería y me acerqué directamente a la barra. El camarero se me quedó mirando.

—Un café. Doble. ¡No! ¡Triple! Con mucha, mucha leche condensada... por favooooor. Necesito despertarme.

El joven me sonrió y se dio la vuelta para prepararlo.

—¡Lucía! Holaaaa —escuché a mi espalda. Me giré y no podía creer lo que estaba viendo. *Pero me cago en to' lo que se menea, que ahora resulta que se han alineado todos los astros contra mí ¿o quéeee?*, pensé.

En una mesa tras de mí Susana me hablaba y estaba acompañada por Almudena tomando un café. Allí, sí, sí, allí mismo. No era un espejismo, no... frente justo a mi oficina de las Torres.

—Hola —respondí al fin, evidentemente, no logré sonreír.

—¡Hola! ¿Qué tal? —Me saludó Almudena también— anda, ven... siéntate con nosotras —miré el reloj buscando una excusa creíble—. Venga mujer, cinco minutos. Así nos cuenta qué tal te ha ido estas últimas semanas.

Respiré hondo y congelé una sonrisa, me senté e intenté concentrarme en el cuarto de litro de café que acababa de darme el camarero.

—¿Qué hacéis por aquí? —Pregunté al fin.

—Hemos tenido una reunión con el presidente y Macu, la directora de Publicidad. Se van a hacer algunos cambios en los programas informáticos de diseño y estábamos ultimando detalles.

Asentí. Se hizo un silencio sepulcral. Me di cuenta que las dos miraban para mí esperando a que dijera algo.

—Bueno, ¿y de qué hablabais?

—Pues precisamente de Macu. No sé si te has enterado, pero por lo visto ha vuelto con su marido —contestó Almudena.

¿Macu? ¿Macu? ¿Y Macu estaba casada? Y a mí qué más me daba si no había hablado con ella más que tres o cuatro veces en todo el tiempo que llevaba en Translogic.

—Ah, no... no lo sabía —respondí al fin.

—Fíjate tú, después de tres años separados —se mofó Susana—. ¿Te lo puedes creer? ¡Qué pereza, por Dios! ¡Qué pobreza de espíritu! ¿No crees, Lucía? No hay nada más triste que volver con un ex. Aunque pufff, hay cosas peores, los hay que pierden completamente la dignidad, que se acuestan con sus ex cuando se sienten solitos o necesitan una ración de sexo.

Susana me miraba con una sonrisa falsa en la cara y a mí se me abrieron los ojos como platos. Pero ¿¡qué narices estaba diciendo esta tía?! *¡Yo la abofeteo aquí mismo! Que alguien me agarre, por Dios. Yo a estos dos los mato, pero ¿qué ha hecho Marcos? ¿Se ha dedicado a contarle todas mis intimidades a la cenutria ésta?* No me cabía ninguna duda que yo había sido el último tema de conversación entre ellos dos.

Asentí y me bebí de un trago lo que quedaba de mi café, poniéndome en pie.

—Lo siento chicas, me voy pitando, tengo mucha prisa.

Me acerqué a la barra a pagar el café y me largué de allí con la sensación de que me salía humo por las orejas.

Capítulo 17

CINCO semanas más tarde Darío tuvo que volver a viajar a Barcelona, esta vez le acompañaban el presidente de la compañía, Gustavo Fuentes y por supuesto, Silvia, sin la cual parecía no poder vivir. Me quedé a cargo de la oficina, tenía un montón de faena atrasada, así que agradecía enormemente poder trabajar unos días sin la presión de mi jefe por acabar las cosas o empezar otras nuevas.

Me permití desayunar tranquilamente en casa. Tostadas, café con leche y zumo de naranja. Escuchaba de fondo mi auto-regalo de Navidad, el último cedé de *Georgina*. *Se te olvidó* me hacía mover la cabeza cantando con la boca llena:

“Se te olvidó, lo que me dijiste ayer, se te olvidó, olvidarme y no volver a recordar lo que pasó. Contigo desapareció. Se te olvidó, lo que prometiste ayer, se te olvidó, y por mucho que intentemos recordar cómo pasó, se te olvidó.”

Tenía toda la casa para mí, Carolina se había ido hacía rato al bufete por lo que me podía permitir el lujo de cantar, bailar por toda la casa medio desnuda y maquillarme en mi salón, donde más luz había. Me distraje más tiempo del habitual en peinarme. Me puse un pantalón pitillo negro, una blusa blanca de botones y zapatos de tacón de aguja. Bolso, abrigo y bisutería azul eléctrico. Estaba feo decirlo, pero ese atuendo me sentaba de vicio.

Llegué a la oficina una hora más tarde de lo normal, me entretuve en la recepción saludando a Carmen, cogiendo la correspondencia y apartando de la valija lo que correspondía a mi departamento. Entré a mi despacho cargada como una mula: papeles, bolsas, mi bolso, abrigo, al mismo tiempo que intentaba leer en mi móvil un e-mail que me acababa de mandar Darío.

“Lucía:

Acaba de hacerlo oficial el señor Fuentes. En la oficina de Ingenio no logran mantener a nadie estable en el puesto de Recursos Humanos. Al final se ha decidido que se centralice todo en nuestro departamento. Ya te explicaré con más calma porque la intención no es abarcar en exclusiva Ingenio, sino también la oficina de Agaete y las del resto de islas.

Tendremos que ir buscando personal administrativo de apoyo, al menos dos. Por favor, encárgate estos días de ir mirando currículums y concertar entrevistas para el lunes. Que tengas buen día”.

Pues sí que... sabía que Alejandra era un ogro; sin embargo, a su forma, la oficina de Ingenio salía siempre adelante. Aun así, que mantuvieran a alguien en la dirección con tan poca capacidad de liderazgo, no lo llegaba a entender. Era consciente que todo esto supondría más trabajo, sin embargo no me importaba demasiado, mientras no volvieran a trasladarme de oficina todo iría bien.

—Ya era hora, ¿no?

Di un buen respingo por el susto y cuando levanté la cabeza vi a Marcos sentado a mi mesa.

—Marcos, ¿y tú qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte ¿eh? —Dijo serio—. Me han mandado unos días para hacer pruebas con el programa de gestión. Por fin está terminado y me han metido prisa para implantarlo ya, por lo que sé a partir de la próxima semana se centralizará toda la gestión administrativa y de Recursos Humanos desde aquí.

—Sí, me acabo de enterar —respondí soltando todos los bártulos que llevaba en las manos y colgando el abrigo en el perchero—. ¿Me estabas esperando?

—No, no, que va. Realmente me ha venido bien que te retrasaras para poder ir activándote las claves y permisos. Siento decirte que si pensabas adelantar trabajo

estos dos días en ausencia de Darío la llevas clara. Tenemos que hacer un montón de pruebas y te impartiré un curso intensivo del programa.

—Vaya... —dije decepcionada—. ¡Genial!

—No te lo tomes así, que me ha llevado mucho tiempo hacer y perfeccionar el programa para que funcione bien —de pronto parecía molesto.

—Disculpa Marcos, claro que me interesa el nuevo programa de gestión. Lo que ocurre es que tengo mil cosas que hacer y además Darío me ha mandado reclutar aspirantes para entrevistarlos el lunes. No sé cuándo voy a hacerlo.

El tema quedó zanjado y después de un café bien cargado, me senté al lado de Marcos boli y papel en mano, donde las horas volaban y él no paraba de hablar. Me dolía la cabeza y juraría que se me había olvidado lo que me había explicado a primera hora, menos mal que lo tenía todo apuntado. Sin embargo lo prefería hablando, las dos veces que paramos a tomar café el silencio se hacía un poco arduo. No sabía cómo comportarme con él. Gracias al cielo el día pasó volando, no había tiempo de hablar de otra cosa que no fuera de trabajo.

A la hora del almuerzo él salió pitando a hacer unas gestiones personales y yo me comí un bocadillo frente al ordenador, revisando los currículums que me había pedido Darío. Telefoneé a diez candidatos y pude concertar las entrevistas pertinentes antes de que Marcos entrara a mi despacho tragando lo que quedaba de un sándwich. Se sentó a mi lado y volvimos al trabajo hasta la hora de salir. Sin mucha dilación nos despedimos hasta el día siguiente, el cual llegó con la misma tranquilidad en casa que el anterior.

Intenté darme prisa para no hacer esperar a Marcos, lo cual no fue sencillo pues me sentía un tanto nerviosa y no daba pie con bola, aunque no atinaba a adivinar el por qué.

No hacía nada de frío, la calima había sorprendido a la isla despertándonos con una temperatura agradable, así que me decidí por una vestimenta algo más ligera. Un vestido corto y sencillo en color fucsia, ajustado y con un escote moderado. Los tacones y el bolso en color negro a juego con una fina rebeca como único abrigo. Recogí mi cabello en una cola de caballo que caía en bucles por mi espalda y me maquillé un poco.

Era consciente de que llegaba tarde a la oficina, pero no tenía ganas de volver y estar todo el día de nuevo encerrada con Marcos. Sabía que le debía una disculpa después de nuestro último encuentro y no sabía cómo sacar el tema sin que todo se volviera aún más molesto y tenso. Se me ocurrió parar en una pastelería de camino y comprar un par de donuts de azúcar recién horneados y café para los dos. Marcos ya estaba en mi despacho cuando llegué, me saludó tal como el día anterior y me agradeció el desayuno. Le saltaron chiribitas por los ojos cuando probó el donut, delicioso, yo aún no había encontrado otra pastelería en la isla que los hicieran tan esponjosos y sabrosos. Quizás fue el momento en que el ambiente se volvió un poco menos tenso entre los dos.

Era viernes y como tal, el horario de trabajo se reducía hasta las tres. Sobre las doce del mediodía paramos a tomarnos unos sándwiches, bajamos juntos al bar y no hablamos demasiado, ambos estábamos hambrientos y cansados. Devoramos nuestro ligero almuerzo y volvimos al trabajo. Decidimos terminar de hacer todas las pruebas pertinentes antes de dar por concluida la jornada laboral. Tenía demasiado trabajo pendiente que no podría volver a posponer el lunes. Cuando pudimos levantar la cabeza del teclado acababan de dar las cuatro y media de la tarde. La jaqueca y el embotamiento volvían y estaba deseando marcharme a descansar. A pesar de ello, aguanté calladita hasta que Marcos habló.

—Lucía, yo creo que ya lo tienes todo controlado. La semana que viene tendré que volver para explicarle a Pedro, de Finanzas, la parte del programa donde se llevará la

contabilidad. Así que no te preocupes, cualquier duda que tengas estaré en el despacho de al lado.

—Gracias, Marcos. Estoy agotada y muerta de hambre. ¿Nos vamos?

—Sí, claro. Dame un minuto para hacer la copia de seguridad, habrá que hacerla cada día por lo menos hasta que estemos seguros de que todo funciona correctamente —asentí y tecleó algo en el ordenador. Se cruzó de brazos mirando hacia la pantalla, donde una ventana emergente avisaba de que el progreso tardaría unos siete minutos.

Primer minuto. Silencio. Tic-tac. Tic-Tac. Más silencio. Más minutos. Silencio incómodo.

—Oye —dijo Marcos después de carraspear un poco—, que... bueno, me gustaría pedirte disculpas...

—No es nada —Le interrumpí. Estaba deseando que él sacara el tema para quitármelo de encima de una vez y dejar de sentirme una estúpida todo el tiempo—. Fue una tontería, estábamos algo bebidos... y bueno, luego fuiste a casa en muy mal momento. Yo... no quería decirte todas esas barbaridades...

—Lucía —me interrumpió—. No era eso por lo que iba a disculparme —continuó abochornado—. Ya está olvidado, ¿de acuerdo? No me gusta mucho hablar de discusiones personales en horas de trabajo.

—Oh. Vale. Perdona —me sonrojé hasta en el DNI y no sabía dónde meter la cabeza—. Bueno, en realidad ya no estamos en horas de trabajo —repliqué forzando una sonrisa intentando no volver a caer en el mutismo.

—Cierto.

—¿Y por qué ibas a disculparte?

—Por haber invadido ayer tu despacho sin pedirte permiso y haber estado trabajando en tu ordenador. A lo mejor te molestó, mi única intención era ir adelantando.

—No, no me molestó. Está bien. ¿Le queda mucho a la copia?

—Dos minutos.

Silencio. ¿Cómo podían hacerse tan largos siete minutos? Decidí ponerme de pie y colocarme la rebeca por hacer algo, aunque hacía un calor de no te menees. Cogí mi bolso, lo puse a mi lado encima del escritorio y volví a sentarme. Marcos rompió de nuevo el silencio.

—¿De verdad piensas eso de mí? Me refiero a... ¿crees que pretendía algo contigo convencido de que tenía un polvo asegurado sólo por lo que había hecho por ti y por lo que me habías contado?

—Marcos, de verdad que lo siento. No era mi intención ofenderte, pero llegaste a casa en un momento horrible.

—Lo sé. También debo pedirte disculpas por eso, no debí inmiscuirme en tus asuntos. Sé que no fui muy comprensivo—dudó un instante antes de seguir hablando—. Tu ex, desde luego, parecía satisfecho. Salía sonriente por el portal de tu casa, parece ser que él sí consiguió lo que buscaba.

—No me juzgues, Marcos y... —dudé un instante, finalmente decidí no quedarme con ello dentro— sobre todo, te agradecería que no me juzgaras en público.

—¿En público? —Respondió sorprendido.

—Sí, en público. Hace unas semanas me encontré con Susana y me dio la impresión de que se lo habías contado.

—Lo siento Lucía, pero Susana es una muy buena amiga y consejera, lamento si te sentó mal que se lo contara —no dije nada. ¡Menuda arpía tenía como amiga y consejera! Pero allá él con sus preferencias—. Además, no te juzgo, ni tengo la menor intención de hacerlo. Simplemente después de ver cómo estabas supuse lo que había pasado. Exactamente lo mismo que la vez anterior, ¿no?

Vi en la pantalla que la copia de seguridad se había terminado y la señalé con el dedo con la esperanza de acabar con el tema de conversación. Sin embargo Marcos

parecía no querer prestar atención al ordenador en ese momento. Le contesté resignada.

—Más o menos.

Asintió. Estaba muy serio. Apagó el ordenador y se puso de pie, cogió de al lado del teclado sus llaves y el móvil y los colocó en el bolsillo.

—Bueno, me voy. Ya sabes que cualquier problema que tengas con el programa nuevo estaré aquí el lunes. Soy consciente de que estás incómoda en mi presencia, así que procuraré no darte la vara ni tener que importunarte estos días que esté por la oficina.

—Marcos —tiré de él para que se sentara de nuevo sintiéndome aún peor que minutos antes. ¿Por qué tenía que ver tan claro cómo me sentía? Si nunca antes ningún hombre ni se había dado cuenta si estaba molesta o incómoda, ni tampoco les había interesado averiguarlo—. Siéntate, por favor. No pensaba... no pienso de ti que quisieras aprovecharte de mí, de verdad que no. Me caes bien, me lo pasé genial contigo en Barcelona y cada vez que hemos estado juntos. Por favor, perdóname por lo que te dije.

—Está olvidado, pero no quiero que te sientas mal cuando estás conmigo.

—¿Por qué fuiste a buscarme a casa ese día? —Ya que nos estábamos sincerando quería saberlo todo.

—Para disculparme por haberme propasado. Interpreté mal las señales.

—¿Qué señales?

—¿De verdad tiene algún sentido hablar de esto? Porque creo que tú no estás a gusto y yo tampoco.

—Disculpa —dije, tras lo cual él asintió y se puso de pie. Lo imité. Se giraba para separarse de mí y le agarré la mano—. ¿Por qué me besaste? ¿Porque estabas borracho y te dio el calentón?

—No, Lucía. Creo que es más que evidente que te besé porque me gustas.

Asentí y pensé por una milésima de segundo por qué todo esto me ponía tan nerviosa. Nunca había tenido el más mínimo problema en dar calabazas y cerrar el asunto. No llegaba a entender qué me hacía sentir mal y embarazosa con lo que me acababa de decir Marcos. Por qué me sudaban las manos y mucho menos por qué me temblaba el pulso. Ni siquiera entendía por qué no quería que se fuera de allí.

—Esto precisamente es lo que quería evitar, Marcos. El mal rollo, la tensión, el que uno se encariñe... tener un lío con un compañero no es buena idea, sobre todo cuando eres feliz en tu trabajo, como nos pasa a ambos.

—No, tranquila... si no hay mal rollo. Te aseguro que no, sólo que es bueno para ambos aclarar esta situación de una vez —sonrió, parecía sincero.

—¿Comemos algo juntos? —Pregunté queriendo cerrar el tema y que pudiéramos ser tan amigos como hasta el momento.

—Claro, me muero de hambre.

Me ofreció otra sonrisa que por fin arrancó una de mis labios y caminé hasta la puerta mucho más tranquila. Unos cinco pasos me separaban del pomo, los suficientes para hacerme la misma pregunta que Silvia. ¿Seis noes? ¿Seis noes eran un sí? ¿Y si ya habíamos tenido la situación incómoda sin pasar por la cama cuál era el problema? Y la pregunta más importante de todas: ¿Sentía algo por Marcos? Agarré el pomo y antes de abrir me giré para mirarlo, apoyé la espalda en la puerta de mi despacho y me entretuve en sus ojos (que parecían dudosos y sorprendidos a partes iguales). Un pellizco en el estómago confirmó que Marcos no me era indiferente. Supuse que me arrepentiría de lo que iba a hacer. Demasiadas semanas de celibato, finalmente no me pude resistir.

Cerré los ojos y me acerqué para besarlo. La situación inextricable que albergaba el ambiente minutos antes se volatilizaba mientras Marcos enroscaba sus brazos en mi

cintura y buscaba desesperadamente con su lengua la mía. Solté mi bolso y deslicé mi rebeca hombros abajo dejándola caer al suelo, tras lo cual dio pequeños pasos empujándome hacia el escritorio donde nos apoyamos y continuamos en un beso infinito que subía la temperatura de la estancia por segundos.

La lengua de Marcos estaba caliente y sus manos me acariciaban la espalda. Parecía que tenía miedo a dar un paso en falso. Le tomé una de ellas y la llevé hasta mi trasero. Poco a poco fue descubriendo los recovecos de mi cuerpo hasta que se atrevió a colarla bajo mi vestido, haciendo que se me escapara un pequeño gemido cuando al apretar mi nalga pude notar su piel sobre la mía.

Los besos se alargaron y la excitación nos invadió, de tal forma que ya poco nos importaba dónde estábamos. Marcos se sentó en mi silla dejándome de pie frente a él. Subió un poco mi vestido hasta que pudo vislumbrar el ombligo. Lo rodeó a besos y mordiscos. Desabroché la cremallera que estaba en un costado y lo dejé caer al suelo. Agarró mi tanga y me miró a los ojos antes de emprender un recorrido de éste hacia abajo, me lo quitó y se lo metió en el bolsillo de sus pantalones antes de colocarme sentada encima del escritorio, completamente expuesta a él. Mis piernas abiertas, su cabeza hundida entre ellas, inundando mi cuerpo de un dulce calor que me atacaba en oleadas cada vez más intensas.

Era tarde, pero todavía se podía escuchar el teclado de algún rezagado que se había quedado a hacer horas extras, seguramente Pedro, cuyo despacho estaba pegado al mío, y alguien de su equipo porque también se oían voces y alguna que otra risa. Por eso mordí todo lo fuerte que pude mi labio inferior con la intención de que nadie más que Marcos se enterara del intenso y morboso orgasmo que me sobrevenía. En el momento de la culminación, cuando mi cuerpo se estremecía y contraía sin poder protestar por ello, hundió aún más su lengua y siguió devorándome a pesar de que le susurré como un millón de veces que parara, hasta que simplemente no me apetecía que se detuviera porque notaba un escalofrío recorriéndome desde el centro de mi cuerpo hasta cada extremo. Pronto me derretiría de nuevo.

Se paralizó al notar que las convulsiones se hacían más evidentes. Colocándose de pie, desabrochó sus pantalones que dejó caer al suelo junto a su ropa interior. Buscó algo en su cazadora antes de quitársela y ofrecerle el mismo destino que a las anteriores prendas. Se colocó rápidamente un preservativo antes de acercarse de nuevo a mí.

Deseaba que entrara dentro de mí de una vez, que me poseyera y me dejara alcanzar el clímax de nuevo. En su lugar, se entretuvo en mis labios, donde el sabor de mis propios fluidos inundó mi boca. Desabrochó el sujetador que se interponía entre nosotros con una sola mano, la cual fue en seguida en busca de mi pecho derecho y pellizcó con suavidad mi pezón. Yo únicamente podía desear que me embistiera de una vez, fuerte, muy fuerte.

En su lugar entró lentamente dentro de mí, sin parar de besarme. Apreté mis piernas alrededor de sus muslos. Me asió con su brazo derecho enroscado en mi cadera controlando el movimiento. Salía del todo, entraba despacio, volvía a separarse... enloqueciéndome poco a poco con esa dulce tortura en la que mi cuerpo sólo hacía exigir más. Le grité que quería más, sin importarme ya quien pudiera oírme, ansiosa por satisfacer mi propio deseo. Lejos de cumplir mi petición decidió alejarse del centro de mi cuerpo y esperarse unos segundos antes de volver a adentrarse y vuelta a empezar. Le supliqué que no parara, sin embargo me ignoró y volvió a abandonar mi interior caliente y anhelante de él durante unos segundos que se me hicieron eternos, después de los cuales no sólo me penetró, sino que además arremetió con fuerza, arrancándole a mi garganta unos gemidos que no pude controlar. Cuando los espasmos se hicieron más intensos y por fin me dejó recrearme en mi propio goce, noté como aceleraba aún más hasta que sus propias convulsiones dentro de mí me

anunciaron el final.

Apoyó su frente en la mía durante un minuto para recomponerse antes de retirarse despacio y quitarse el preservativo que tiró en la papelera.

Se sentó en la silla y tiró de mis manos para que me bajara de la mesa. Me senté de lado encima de él y nos besamos un par de veces más antes de levantarme en busca de mi ropa esparcida por todas partes. Se negó a devolverme el tanga, que le pedí una y otra vez entre risas, así que finalmente decidí darle el gusto de que se lo quedara y salimos del despacho en silencio en el justo momento en que Carmen lo hacía del de Pedro seguida por éste, cargados ambos con cajas de archivos.

—¿Todavía por aquí? —Preguntó Marcos. Yo prefería no hablar concentrándome en que no se notara el temblor de mis piernas, mis mejillas sonrosadas y mi pelo revuelto, que no llevaba bragas y que acabábamos de amarnos como locos tras la puerta de mi despacho. Me bastó un vistazo para comprobar que mi vestido estaba bastante arrugado y fue evidente que no lo noté yo únicamente pues Carmen y Pedro no atinaban a responder a Marcos y me miraban de arriba a abajo azorados.

—Sí, cerrando cosas. Ya nos vamos —respondió al fin Pedro.

—Nosotros también —siguió hablando Marcos mientras me empujaba por la cintura para que caminara de una vez.

Salimos deprisa de la oficina y nos montamos en mi coche, donde de pronto nos entró un ataque de risa.

—¡Vaya pillada! —Exclamé entre carcajadas siendo consciente de que tenía más ganas de llorar por la vergüenza que de reír.

—No te creas, seguro que ellos estaban a lo mismo.

—¡Marcos! —Le di un golpe en el brazo—. Carmen tiene más de sesenta años y Pedro no llega a treinta y cuatro. Está casada, tiene cuatro hijos y dos nietos.

—Pues qué quieres que te diga, a lo mejor le ponen maduritas, que también tienen derecho a disfrutar, digo yo.

—Anda, calla. Vamos a comer algo que estoy que devoro.

Capítulo 18

AMANECIMOS en mi cama el domingo por la mañana, envueltos en un lío de brazos, piernas, sábanas y edredón. Abrí los ojos y me espabilé en seguida. Los nervios aparecieron en cuanto escuché voces fuera y algo me decía que no debía salir de mi habitación con Marcos. ¿Cómo se lo tomaría si lo echaba por la ventana?

Hice tiempo durante un buen rato con la esperanza de que dejaran de oírse. Noté que Marcos se había despertado cuando hundió la cabeza en mi cuello y empezó a besarme. No me apetecía nada seguir con la fiesta, así que rehuí de él entre risas y me levanté de la cama.

—Enseguida vuelvo —le dije cuando noté que me miraba insistente apoyado de lado en la cama, con el cuerpo completamente desnudo y firme para otro asalto. Sin embargo yo necesitaba un café urgentemente, habíamos tenido un fin de semana muy movidito y estaba agotada. Me puse algo de ropa, le di un beso y salí de la habitación.

El frío del suelo en mis pies descalzos me despejó, pero no tanto como entrar a mi cocina y encontrarme con Silvia y Darío dando cuenta a un arsenal de porras con chocolate.

—¡Hola, guapa! —Me saludó Silvia—. Acabamos de llegar del aeropuerto.

—¿No habéis desayunado en el hotel antes de coger el avión?

—Que va, no nos daba tiempo.

—Bueno, no os molesto, sólo quiero un café.

—Te hemos traído chocolate si te apetece acompañarnos —me dijo Darío algo tímido. Supongo que todavía no se acostumbraba a verme fuera del trabajo en un ambiente tan familiar. El sentimiento era mutuo, desde luego.

Me senté junto a ellos sin protestar, no me vendría nada mal comer algo. Al segundo mordisco sentí la puerta de mi habitación y se me atragantó la porra que estaba devorando. Tomé un sorbo de chocolate y palidecí, se oían pasos, otra puerta y por último la ducha.

—No pongas esa cara, tontita —dijo Silvia entre carcajadas—. Hemos traído otro chocolate por si estabas con algún ligue —Agarré una servilleta, la arrugué y se la lancé avergonzada y con ganas de hundir la cabeza en el primer trozo de tierra que encontrara—. ¡Oye tú! Que llevo semanas de celibato.

Silvia no contestó, simplemente asintió y siguió riendo. ¿Por qué narices tenía que conocer mi jefe con quién me acostaba o dejaba de hacerlo? Darío parecía no querer darse por enterado y miraba fijamente a su desayuno.

En fin... era inevitable el encuentro así que me encogí de hombros y seguí degustando la porra que se enfriaba en mi mano, sin ganas de decir nada más. Como siempre, Silvia nos salvó de una situación incómoda sin parar de hablar, contándome qué tal había ido el viaje. No le presté mucha atención porque estaba más pendiente a los ruidos externos, exactamente a la puerta que acababa de oír.

—¿Lucía? —Escuché a Marcos.

—Estoy en la cocina —vociferé.

Los tres mirábamos a la puerta cuando Marcos entró. Llevaba los mismos vaqueros y camiseta gris que traía el viernes al trabajo los cuales habían quedado abandonados prácticamente dos días en el suelo de mi habitación por lo que estaba todo bastante arrugado. El pelo mojado le caía hasta los hombros y ya se notaba una pequeña barba rasposa en su cara.

—Eehh... hola —dijo trastornado cuando vio a Darío—. Eeehhh, yooo... —pensó un instante—. Pasaba por aquí y vine a ver a Lucía.

No sabía qué era más ridículo, si la situación en sí o tratar de disimularla como hacía

Marcos. Silvia, que no se cortaba un pelo, se reía por lo bajini. Era a la única que le hacía gracia la situación.

—Claro, Marcos. Tranquilo. Siéntate y tómate un chocolate —habló Silvia señalando a la silla que quedaba libre.

—Lucía no me comentó nada de que tendrían una reunión de trabajo —me tuve que reír.

—Tú eres tonto, ¿no? —Dije entre risas—. Darío y Silvia salen juntos desde hace meses.

—Confidencialmente —añadió Darío que parecía divertirse con la cara de sorpresa de Marcos.

—¡Ah! Ah... vale... oye tú —se dirigió a mí con los brazos en jarras—, tampoco te pases, ¿no? Bueno, Lucía y yo también salimos juntos.

—¿Salimos? —Pregunté sorprendida. Curiosa palabra para lo que habíamos hecho desde el viernes, desde luego, salir, no habíamos salido a ninguna parte.

—...

—... —gesto contrariado de él, gesto de sorpresa mío.

—Eeeh...

—Bueno Marcos, siéntate y desayuna con nosotros —intervino por fin Darío al cual parecía que ya no le hacía tanta gracia.

—No, que va —dijo dando un par de pasos hacia atrás hasta llegar a la puerta de nuevo— si yo ya me iba. Hablamos, ¿vale?

—Vale —respondí más contrariada aún.

Intentó fingir una sonrisa, lo cual supe de inmediato porque no aparecía su hoyuelo izquierdo por ninguna parte.

—Hasta luego —dijo.

—Hasta luego —respondimos los tres a la vez. Unos segundos más tarde escuchamos como salía de casa.

Intenté concentrarme en comer aparentando normalidad, cuando sonó mi móvil desde el dormitorio vi los cielos abiertos y fui en su busca huyendo del ambiente tenso que se había instalado en la cocina.

Miré la pantalla. Marcos.

—Dime.

—Me podrías haber avisado.

—Jolines Marcos, y yo que sabía que iban a estar en casa esta mañana. Pensé en sacarte a empujones por la ventana, pero era un poco ridículo, ¿no? No tienes de qué preocuparte, sé que es un poco desagradable. Esto es lo que tiene compartir piso.

—No me refería a eso —contestó seco.

—¿Y a qué te referías?

—Pues que a lo que querías era un polvo sin compromiso.

—Eeehhh... Marcos, ni siquiera quería, surgió así de forma espontánea. Eso no quiere decir nada. No es que no quiera algo serio es que esto todavía no es nada, ¿no? Ya veremos a dónde nos lleva —empezaba a darme urticaria por el agobio.

—Vale. No quiero que jueguen conmigo.

—No es mi intención. No te molestes, ¿vale? Esto ha sido una sorpresa para mí.

—Vale.

—Venga, ¿quedamos luego? —Propuse.

—Vale —estaba claro que lo mío con Marcos estaba destinado a un sinfín de momentos penosos.

—Chao —dije por fin, sin que se me ocurriera otra cosa más que decir.

—¡Lucía! —Escuché una milésima de segundo antes de darle al botón para finalizar la llamada.

—¿Qué?

—Era una coña —dijo entre risas—, es que no sabía cómo narices salir de ahí por piernas. Por Dios, qué incómodo.

—¡Serás capullo! —Contesté aliviada riendo yo también.

—Me voy a casa a descansar un poco. ¿Te recojo esta tarde sobre las siete y nos tomamos unas cervezas por ahí?

—Genial, pero vas a tener que compensarme por el mal rato que me has hecho pasar.

—Lo haré.

Será capullo, repetí para mis adentros mientras colgaba el teléfono.

Capítulo 19

—Aquí la amiguita por fin se ha decidido con Marcos —dijo entre risas Silvia a Carolina que había llegado hacía un rato y se acomodaba en el sofá junto a nosotras.

—¿En serio?

—Bueno, nos hemos liado, sí.

—Lucía, no tenías que haberlo hecho —sentenció Carol.

—¿Y eso por qué? —Preguntó Silvia con los brazos en jarras, mientras yo prefería hundir la cabeza entre mis rodillas a las que me abrazaba desde mi puesto en el sofá.

—Porque Marcos te gusta y la vas a cagar. ¿Salir con un compañero de trabajo? Puff, ya tienes experiencia y sabes que eso nunca termina bien.

—¡Y dale! —Protestó Silvia cruzándose de brazos.

—Mira Silvia, tú ahora vives en tu mundo color de rosa con Darío bebiendo los vientos por ti. Pero te has parado a pensar qué pasará cuando lo vuestro ya no funcione. Cuando no te apetezca estar con él o a él no le dé la gana seguir contigo. ¿Qué pasará en el trabajo? Se volverá una tortura y lo sabes.

—No tiene por qué salir mal —respondió enfurruñada a Carolina, la cual nos miraba con el semblante muy serio.

—No obstante si sale mal no me gustaría nada estar en tu pellejo —continuó con su discurso Carolina.

—No te preocupes Carol, trabajamos para la misma empresa, pero estamos en dos sucursales distintas. Cierto que tendremos que vernos en algunas situaciones, pero no es lo mismo. Además, todavía no tengo claro que Marcos me guste... fue más un impulso.

—Ya —contestó Carolina.

—¿Cómo que no es lo mismo? ¿Cómo que sucursales distintas? ¿No te has enterado de que lo trasladan a nuestra oficina de las Torres?

—¿Cómo? —Pregunté sorprendida.

—Pues eso. Pensé que lo sabías. Ha estado trabajando estos días contigo, ¿no? —Explicó Silvia.

—Sí, pero no me dijo nada. Se supone que estaba en las Torres para implantar el nuevo programa.

—Si al final es más listo de lo que yo pensaba —sentenció Silvia.

—¿Por qué dices eso? —Pregunté fuera de juego.

—No ha perdido el tiempo. Tenía la esperanza de que te decidieras y sabía que si te comunicaba el cambio tendría un no rotundo. Mira, Lucía, Marcos lleva tiempo detrás de ti. Fue él el que me dio la idea de quedarnos un día más en Barcelona y me pidió que te lo propusiera yo, ya que sabía que si lo hacía él no te quedarías. Supongo que estos días te pilló en un momento de flaqueza y era la situación ideal que él estaba esperando para atacar.

—Vaya —fue lo único que se me ocurrió responder, empezaba a estar mosqueada.

—La has cagado —sentenció Carolina.

—¡Calla, anda! —Rezongué intentando pensar algo al tiempo que sonaba el timbre

de casa. Era la hora, Marcos me venía a recoger.

Me levanté y salí corriendo hacia la puerta sin despedirme de mis amigas. La erupción volvía a aparecer en mi cara por el agobio. Parece ser que Marcos tenía intención de pasar a casa a saludar, pero lo empujé para que bajara las escaleras. No tenía ganas de enfrentarme a una conversación tan seria en compañía de Silvia y Carolina.

Llegamos al portal y Marcos se giró y me sonrió. Me quedé con cara de *to lais* sin saber por qué me miraba insistente, hasta que tras él pude atisbar una cosa gigante que tenía toda la pinta de ser su moto. Efectivamente, se acercó y sacó un casco que me tendió. Con cara de circunstancias y un mosqueo de tres pares de narices lo que menos me apetecía era matarme en una noche como aquella.

—Ah no, no... ¡NO! Ni de coña, no pienso dejar que me mates subida a esa cosa.

—Por Dios Lucía, confía en mí.

—... —cara de mosqueo. Parece ser que le estaba costando pillarlo. Me crucé de brazos y arrugué aún más el entrecejo.

Marcos suspiró. Guardó el casco y me sonrió antes de seguir hablando.

—Hace una noche espléndida para dar un paseo, ¿no?

Gruñí algo que venía a significar que tampoco me apetecía mucho caminar con los tacones de doce centímetros que acababa de ponerme.

—Marcos, no estoy de muy buen humor. ¿Lo dejamos para otro día? —Se le volatilizó la sonrisa.

—¿Qué pasa ahora? Ya te dije que era broma lo de esta mañana.

—Voy a ser sincera porque no me va mucho esto del gato y el ratón. Me acabo de enterar de que te trasladan a las Torres y me molesta bastante no haberlo sabido por ti.

—Veo que acostarse con el jefe te da información privilegiada —contestó Marcos tajante, se había cabreado.

—Esto es una cagada —alcé la voz, no sólo era un gilipollas que había actuado sin pensar, sino que ahora encima se ponía en contra de Silvia—. Nos va a traer consecuencias muy difíciles y lo podíamos haber evitado si me lo hubieras contado. Eres un poco egoísta, ¿no?

—¿Cómo? —Preguntó abriendo mucho los ojos.

—Pues eso, estabas dispuesto a que esto pasara al precio que fuera y ha pasado.

—Pero vamos a ver. ¿Tú estás mal de la cabeza? Si la que me saltó a la yugular fuiste tú.

—Después de que tú insistieras y no sabía que por tener un poco de sexo tendría que aguantarte después durante toda la jornada laboral en la oficina —la boca de Marcos se abrió de forma desmesurada. Yo estaba muy enfadada, aunque me costaba ver con claridad el por qué. Era consciente de que no era tan malo trabajar con él, que nos llevábamos bien y que en todo caso, jamás trabajaría en mi departamento, así que nunca supondría un problema. Sin embargo, no podía evitar enfadarme.

—Lucía, vete a la mierda.

Me giré y entré en el portal de mi casa muy enojada. Di un portazo y subí las escaleras hasta mi piso. Entré en la casa y repetí la operación haciendo retumbar las paredes. Ni siquiera miré para el salón donde seguramente las chicas estaban anonadadas mirando hacia mí. Una vez traspasé el umbral de mi dormitorio un último portazo dio por zanjada la “velada romántica” alejándome del resto del mundo. ¿Pero qué se había creído este gilipollas?

Me di cuenta de que se me habían escapado las lágrimas. ¿Yo, llorando? ¿Por un hombre? No entendía qué me estaba pasando y ahora tenía más ganas de matar a Silvia y a Carolina que de hablar con ellas. Agarré el móvil y marqué el número de mi hermana.

—Hola peque —contestó risueña.

—Sole, necesito hablar contigo.

—Pues ala, ya estás hablando. Dime guapa... espera, espera un segundo. ¡Erik! ¡Quieres dejar de saltar encima del sofá, por favor! ¡Arminda por Dios no tires los cereales al suelo! Ains... perdona, dime, dime...

—Es que...

—Perdona... —me interrumpió—. ¡Ahí no se pinta! ¿Qué os he dicho mil veces? Dime Lucía.

—Estoy mal —dije con un mico por hacer un breve y rápido resumen que mi hermana captara al vuelo sin tener que prestarme demasiada atención.

—Dame un segundo —sentí que tapaba el auricular y daba un par de gritos—. Hija mía es que con estas dos fieras no se puede hablar. Espera que le digo a Manu que se haga cargo de ellos y voy para tu casa, ¿quieres?

—¡Por favor!

Media hora más tarde mi hermana entraba por la puerta de mi habitación. Las chicas le habían abierto y le habían dejado pasar. Sabían que cuando yo llamaba a Sole es que no estaba de humor para hablar con nadie más que no fuera ella, así que ninguna osó molestarme. Durante toda esa media hora permanecí en mi cama, con la espalda apoyada en el cabecero, abrazada a mi almohada y dándole vueltas a la cabeza a por qué me molestaba todo tanto. Puse una emisora cualquiera en mi radio, dispuesta a despejarme un poco y Pablo Alborán me ponía más triste aún mientras me cantaba que no me atreviera a decir te quiero, que fue todo un sueño... no quise escuchar la letra.

Sole me abrazó, me estampó un beso en la mejilla, se sentó a mi lado y sacó una chocolatina del bolso que me tendió. Cómo me conocía, sabía que con un poco de chocolate ya me encontraría mejor. El silencio inundó la estancia mientras ella se acomodaba y me dejaba tiempo para aclarar en mi cabeza lo que quería decirle. Sabía que era inútil preguntarme, es más, ni siquiera yo misma sabía qué estaba pasando.

—Me he acostado con Marcos.

—¿Y?

—El chico del que te hablé la última vez, con el que hubo la confusión con el número de teléfono. El que nos encontramos en el parque el día de Navidad.

—Sé perfectamente quién es Marcos.

—Pues eso. Y ya sabes que trabajamos juntos... bueno, antes no. Cada uno en una sucursal diferente de Translogic, pero me acabo de enterar de que lo trasladan a las Torres y no lo supe por él precisamente. Ahora tendré que verlo todos los días en la oficina, con las consiguientes situaciones embarazosas que eso suponga cuando simplemente ya no tengamos ganas de acostarnos juntos.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi hermana Lucía?

—¿Por qué dices eso? —Pregunté exasperada.

—Vamos a ver, niña. ¿De cuándo a dónde te ha importado a ti dónde, cuándo, con quién y cuántas veces te cruces a un ligue o ex ligue?

—Pues...

—Que yo recuerde no es la primera vez, ¿no? —Negué con la cabeza—. No te pasará igual que con Javi, ¿no?

—¡No! No, Marcos no está casado, ni comprometido, al menos que yo sepa.

—No me refería exactamente a eso. ¿Te has enamorado de ese chico?

—¿Enamorado? ¡Pero qué dices! No... de verdad que no, Sole. Bueno, es que no lo sé.

—Ajá.

—Yo no siento nada por él. Me caía como el culo cuando trabajábamos juntos en Ingenio. Luego nos vimos una noche por ahí y entendí que no era como yo pensaba. Simplemente era un chico normal, guapo y simpático que me caía bien, así que nos dimos los teléfonos. Nos hemos encontrado unas cuantas veces e ignoro el motivo

pero es que desde entonces no hemos parado de tener discusiones y momentos desagradables.

—Aja. Toda esta perreta es porque has perdido el control de la situación, ¿verdad?

—Miré hacia abajo tratando de digerir lo que mi hermana acababa de decirme.

Vi el pijama de ovejitas que me había puesto hacía un rato. Ahora me ponía mucho más ese pijama que ningún otro, me hacía sonreír cuando recordaba la cara de Marcos al vérmelo puesto. En mi mesa de noche descansaba mi iPod con el único cdé que me había regalado Marcos, el cual me sabía de memoria desde hacía semanas. Me acordé de su hoyuelo, de su sonrisa, de su cabello largo y su aspecto desaliñado y me entristecí. ¿De verdad había vuelto a pillarme? No, seguro que no... o bueno, no lo sabía con exactitud. Pero era cierto, había perdido el control. Me daba miedo lo que pudiera pasar ahora que nos veríamos cada día.

—Yo que sé... tú sabes lo que he pasado con Daniel, eso me tiene descolocada todavía. No soy enamoradiza, no suelo engancharme, me niego a tener relaciones serias... y en una que caigo, me parten el corazón. Así que no, gracias.

—Siento decirte chiquitina que esas cosas no se pueden controlar, ya deberías saberlo. Supongo que te atemoriza que Marcos juegue contigo también.

—Sinceramente, es algo que no me he parado a pensar. Me ha molestado mucho el hecho de que me ocultara que se trasladaba a mi oficina porque le dejé muy claro que no quería tener un lío con ningún compañero. Le conté lo que me había pasado con Javi y que lo pasé tan mal que tuve que dejar el trabajo, pero a él le dio exactamente igual...

Llamaron a la puerta de mi habitación y entró Silvia.

—¿Estás bien, Lucía?

—Sí. Pasa.

Silvia se acercó a la cama y se sentó frente a nosotras.

—Perdona si he metido la pata —se disculpó con cara de circunstancias.

—No, tranquila. No te preocupes —le contesté, al fin y al cabo lo único que había hecho era abrirme los ojos. Bueno, y actuar a mi espaldas cual arpía celestina, ya tendríamos una conversación sobre lo que pasó en Barcelona.

—Acabo de hablar con Darío. Lo siento, no sabía que aún no le habían comunicado el traslado a Marcos.

—¿Cómo? —Levanté la cabeza sorprendida y miré a mi amiga a los ojos. *La mato, juro que la mato*, pensé.

Mierda, mierda, mierda... había que ser tonta. Al final será cierto que acostarse con el jefe trae información privilegiada. Me levanté de la cama, agarré el móvil, eché a Sole y a Silvia de mi habitación y telefoneé a Marcos. Dio la señal tantas veces que me dio tiempo a pensar y vi claro lo que intentaba negarme una y otra vez: que sentía algo por él. Desde cuándo era imposible saberlo con certeza. Cada vez era más evidente que acostarnos juntos era un error que iba a pagar muy caro. Al fin contestó.

—¿Sí?

—Marcos, quería pedirte disculpas —dije atropelladamente. No me respondió y yo puse un mohín, tendría que comprobar la agenda. ¿Tendría el síndrome pre-menstrual de nuevo? Tanta ñoñería no era normal en mí—. Ignoraba que aún no te habían comunicado los nuevos cambios —dije por fin cuando me di cuenta de que él no tenía intención de hablar.

—... —silencio.

—Soy una idiota. Perdóname. No quería ofenderte.

—... —más silencio.

—¿No me vas a decir nada?

—Lucía, ya me has dejado muy claro todo esta tarde. No me gustan los jueguecitos. Ya no somos críos de instituto, somos adultos y compañeros de trabajo. Por mi parte

está todo aclarado. Entiendo tu preocupación, pero tranquila no tendrás que huir de mí en la oficina.

—Vale —respondí en un susurro. Marcos parecía muy irritado y yo no tenía ganas de rebatirle y explicarle lo que acababa de descubrir.

—Tengo que dejarte, voy a ir a buscar a Paula. Mi ex está de buenas y me dejaba verla este fin de semana. Le había dicho que hoy tenía planes pero acabo de prometerle que la llevaría a tomar un helado antes de irse a dormir.

Colgó el teléfono. Ahora me sentía doblemente mal, por lo que había pasado entre nosotros y por no haber podido pasar tiempo con la pequeña durante el fin de semana por haber quedado conmigo. Sólo esperaba que las situaciones incómodas que me esperaban a partir de aquel momento no fueran tales como las que viví con Javi.

Capítulo 20

EFFECTIVAMENTE, MARCOS cumplió su palabra, de tal forma que en los siguientes meses apenas me topaba con él por los pasillos y si acaso nos cruzábamos durante breves segundos, me ofrecía siempre un saludo profesional y continuaba su camino. Durante todo el tiempo se mostró distante y sólo hablamos de lo estrictamente necesario. Sinceramente, echaba de menos sus charlas, pero con el tiempo me fui acostumbrando.

Decidí que lo mejor para mí en esos momentos era volcarme en mi trabajo, con el que disfrutaba y era feliz. Mis compañeros de departamento eran todo un lujo y tenía más responsabilidades que nunca después de la centralización. Había hecho buenas migas con las nuevas incorporaciones: Edurne y, sobre todo, con José, un chico de unos veintidós años. Era muy avispado y simpático. Habíamos hecho amistad porque era el que más horas se quedaba en la oficina. Me recordaba un poco a mí en mis comienzos, no dudaba en hacer horas extras a diestro y siniestro. Se preocupaba por la organización del trabajo y era muy perfeccionista.

Era triste decirlo, pero mi vida social se limitaba a un par de cervezas, de vez en cuando, con José y el poco tiempo que veía a las chicas en casa, que no era mucho. Silvia estaba siempre pegada como un piojo a Darío y Carolina a Marta. No me apetecía nada salir de fiesta por ahí, mucho menos hacer de carabina con ellos, ni tampoco liarme con el primero que pasara.

Carol, Silvia y yo habíamos quedado en cenar juntas la semana anterior pero Silvia llevaba unos días enferma y, al final, lo suspendimos hasta que ella se encontrara mejor. Que estuviera unos días en casa me dio oportunidad de pasar más tiempo con ella y hablar de todo, como hacía tiempo que no hacíamos. La encontré un pelín nostálgica y apostilladas en el sofá nos pasamos horas recordando momentos de cuando empezamos a vivir juntas, al final me contagió un poco de añoranza y terminamos abrazadas en el sofá. Cuando llegó a casa Carolina y vio que un martes pasada la medianoche estábamos en el sofá, hablando, riendo, abrazándonos no dudó en unirse a nosotras, nos preparó un chocolate calentito a cada una y la conversación se alargó durante horas. Me reconfortó el pasar un rato con mis chicas y esa noche dormí tranquila, con la sensación placentera de no sentirme sola y de saber que siempre las tendría a ellas conmigo.

Al día siguiente estaba con José y Edurne revisando una de las cuentas del banco que no cuadraban, envueltos en un sinfín de montañas de papeles, ruiditos de calculadoras y bolígrafos que apuntaban cantidades. Silvia llamó a la puerta de mi despacho.

—Hola guapa, ¿necesitas algo? —Pregunté levantando la cabeza.

—Chicos, ya es casi la hora de salir. ¿Vienen a tomar una cerveza?

—¿Entre semana? ¿Una cerveza? ¿Qué te traes entre manos? —Indagué con la mosca detrás de la oreja.

Silvia enrojeció y sonrió como respuesta y yo asentí sin entender demasiado por dónde iba todo aquello.

Cuando llegamos al bar situado justo enfrente del trabajo vi que había muchos compañeros y que, entre ellos, estaba Darío. A los pocos minutos de tomar asiento junto a mi amiga, apareció el presidente de la compañía y se sentó con nosotros. Inquieta y nerviosa esperé en silencio cuál era el misterio que escondía aquella “cerveza”, pues no me daba buena espina.

Cuando estuvimos todos servidos y el camarero se retiró, Darío habló por fin acallando el cuchicheo constante que se había forjado en el ambiente desde que

habíamos llegado al local.

—Bueno chicos, supongo que habéis intuido que algo pasa —todos asentimos y el silencio se instaló en la mesa—. Es algo personal, pero me gustaría compartirlo con todos ustedes que son casi de mi familia. Quiero comunicarles que me he prometido.

Una algarabía de aplausos y silbidos interrumpió a mi jefe, sólo yo me había quedado paralizada con la boca abierta mirando a Silvia que agarraba nerviosa su vaso de Coca cola. Parecía que había algo muy interesante que examinar en sus uñas porque no levantaba la cabeza de allí. Fue cuando entendí la nostalgia que sentía la noche anterior.

—¿Quién es la afortunada? —Se oyó desde algún rincón.

—Eso es precisamente lo que quiero contarles, si me dejan —rio y dio un sorbo a su cerveza—. Muy pocos saben que entre Silvia y yo hay algo desde hace un año, hemos sido discretos y esperábamos a que se solidificara la relación para comunicarlo a la empresa. Ha llegado el momento, esto va en serio.

—¿Para cuándo es la boda? —Preguntó el señor Fuentes tendiéndole la mano en señal de felicitación a Darío.

—Pues, pensamos esperar a que nazca el bebé dentro de unos seis meses —respondió con una inmensa y brillante sonrisa.

—¿Cómo? —Pregunté dándole un golpe en el brazo a mi amiga—. ¡Joder Silvia! ¿Por qué no me habías contado nada de todo esto? ¿Es una broma? —Susurré sorprendida e indignada.

—Lo siento, cielo. Quería estar segura de que todo iba bien antes de contarlo y esta tarde tuvimos cita con mi tocólogo, efectivamente, todo va estupendamente. Estoy embarazada. Te contaré con más calma en casa, ¿vale?

Asentí y le di un abrazo con un nudo en la garganta. No podía creer que Silvia se prometiera y fuera a ser madre, ya estábamos afincadas en la treintena pero era algo que yo veía muy lejano aún. La abracé de nuevo y le di un montón de besos.

Mi hermana Sole tenía razón, no podría vivir toda la vida con mis amigas. No es que económicamente estuviera mal, pero vivir sola no me atraía en absoluto y, visto lo visto, casi que esa iba a ser mi única opción. Volver con mis padres estaba totalmente descartado.

Hubo abrazos, risas, brindis... José hablaba animado a mi lado, pero yo estaba taciturna, aguantando el tipo porque aunque me alegraba de ver a Silvia y a Darío tan enamorados y a punto de formar una familia, no quería perder lo que tenía en aquel momento: una convivencia cómoda y tranquila con mis dos mejores amigas, a las que quería y las que me permitían agarrarme de cualquier manera a la juventud sin querer madurar del todo. Tendría que asumir que los años pasaban y que cada una tendría que hacer su vida.

Se fueron retirando los compañeros y aunque estaba bastante agotada no me pareció adecuado irme tan rápido y dejar allí a Silvia. Me pedí otra cerveza y agradecí que el camarero nos trajera un par de tapas de frutos secos para picotear, el hambre apretaba hacía rato. Vi a Marcos al otro lado de la mesa carcajearse con Susana, la tontaina esa, la tenía atravesada desde el minuto uno. Lógicamente la habían trasladado también desde Ingenio junto con todo el equipo de Marcos. No alcanzaba a entender que podía ver en ella. Susana se acercaba a susurrar cosas a su oído y se reían los dos. Ella le tomaba del brazo y él le seguía el juego. Y, a medida que ellos se mostraban más y más felices, yo me iba sumergiendo más y más en mi tristeza.

Cada carcajada que soltaban me ardía en algún lugar incierto entre el pecho y el estómago. Lo miré insistente, intentando comprender qué había entre ellos, hasta que él notando mi obstinación, desvió la mirada hacia mí. Su sonrisa permaneció en los labios, no pensé que me la hubiera dirigido a mí. Simplemente, aún la conservaba a causa de la broma recibida por parte de Susana. En realidad, hasta dudé que me

hubiera visto si quiera.

No aguantaba más estar allí con ellos dos tan acaramelados, así que agarré el bolso y me levanté dispuesta a despedirme de mi amiga que abrazaba a Darío, al otro lado de la mesa. Decidí que después de las tres cervezas que había ingerido y, dado que rozaban las diez de la noche, era mejor coger un taxi para volver a casa y hacer lo propio al día siguiente para llegar a la oficina. Me despedí de Silvia y levanté la mano para hacerlo del resto que aún quedaba por allí.

Me crucé de brazos y caminé, dejando que el aire fresco de la noche y el taconeo en la carretera me relajaran y pensé... ¿Por qué? ¿Por qué todo ese resentimiento hacia él? ¿Por qué me dolía verlo así con Susana? Si es que, además, ya los había visto juntos muchas veces y nunca me había importado ¿o no? Un nudo me apretaba en el estómago haciéndome rabiar aún más. Tenía que reconocer que ese sentimiento me era familiar, ya lo había experimentado en Barcelona al ver a Susana enroscada al brazo de Marcos, no sólo por el hecho de haberlos visto juntos, sino por lo que estaba segura, pasó después. Era consciente de que lo había estropeado todo con él, tanto, que durante meses prácticamente no habíamos cruzado más que un par de frases, cualquier cosa que supusiera un acercamiento fue imposible en todo momento. Él fue tajante, tampoco se lo reprochaba, sabía que tenía sus motivos.

Suspiré y me encogí de hombros, quizás esto era peor incluso que lo que viví con Javi. Al menos, a Javi no tuve que verlo flirtear con otra. Tenía la certeza de que la había cagado mucho antes de intentarlo, no le había dado una oportunidad, me había cerrado en banda y al final, lo había espantado, quedándome compuesta y ¿enamorada? Sí, quizás tenía que reconocerlo de una vez por todas.

Oí unos pasos apresurados tras de mí y una voz que me llamaba.

—Lucía. ¿Te vas ya a casa? —Me giré y comprobé que era Marcos el que me seguía por la calle desierta. Llevábamos tanto tiempo sin hablar que hasta dudé que se dirigiera realmente a mí.

—Sí, estoy muy cansada y mañana me espera un día duro —le respondí cuando llegó a mi altura.

—Te acompaño hasta el coche.

—Voy a coger un taxi, he bebido y no quiero conducir.

—¿Te llevo a casa? Sólo he tomado Coca cola, te lo prometo —me sentía azorada sobre todo porque me faltaba algo importante en él, algo que nunca me negó y llevaba demasiadas semanas sin ver. Su sonrisa.

—¿No se molestará Susana?

—¿Susana? ¿Y por qué habría de molestarse? —Respondió extrañado.

—No sé... como estáis juntos... pues eso.

—¿Juntos? ¿Susana y yo? ¿¡Pero qué dices!?! Que va, ya te dije que Susana y yo somos buenos amigos. Ya sabes que entre el trabajo y Paula prácticamente no tengo vida propia. Ella es una chica muy simpática y agradable, una gran confidente y pasamos muchas horas en la oficina, hablamos de un montón de cosas... es como mi válvula de escape.

—Pues yo creo que ella no piensa lo mismo, solo hay que ver cómo te mira.

—Calla, calla... que no, estás equivocada.

—No te enteras de nada —susurré, él ni siquiera lo escuchó.

Sopesé la idea de que me llevara a casa y finalmente acepté. Caminó a mi lado con las manos en los bolsillos y tras unos minutos rompió el silencio.

—¿Qué tal todo? —Me preguntó.

—Bien, muy bien —forcé una sonrisa.

—Mientes fatal —creo que lo que vi fue un intento de sonrisa por su parte también. Otra vez me leía el pensamiento, no sabía si me molestaba o admiraba su capacidad para ver más allá de mi rostro.

—Tú siempre tan sincero —dije, no sabía si reír o echarme a llorar. Finalmente no hice nada—. Digamos que todo esto me ha pillado in fraganti y veo que pronto terminaré viviendo sola, tendré que adoptar un gato, o cinco y dentro de unos años seré la vieja loca de los gatos.

Marcos soltó una carcajada que retumbó en la calle vacía que se extendía ante nosotros, por fin solté una risa yo también.

—Qué exagerada eres —siguió con una sonrisa—. Además, creo recordar, que me dijiste que les tenías alergia, ¿no?

—Mejor —me encogí de hombros—. Así acabo antes con mi sórdida existencia. ¿Se puede suicidar uno con alergia?

Él no dijo nada, sólo volvió a reír con hilaridad.

—Quiero mucho a Silvia y en el ratito que hemos estado tomando las copas me he percatado que no me apetece nada madurar, independizarme, esas cosas normales que hace la gente.

—Bah, todo eso está sobrevalorado. Haz simplemente lo que te apetezca hacer —se giró y quedó frente a mí. Sonreí. Sonreí de verdad.

—Gracias, Marcos. Echaba de menos hablar contigo —me miró sin decir nada—. La última vez que hablamos... bueno, ya sabes lo que pasó.

—No pasó nada Lucía, te dije que estaba todo aclarado.

—Parecías enfadado —me atreví a seguir.

—No lo estaba. Tan sólo decepcionado. Me gustabas de verdad —clavó sus ojos en los míos para decírmelo y ni siquiera titubeó. Me gustaba su franqueza, que fuera tan claro y directo y yo quería ser sincera también.

—Tú a mí también Marcos. Lo que pasa es que no quise darme cuenta o... yo tampoco supe interpretar las señales.

Abrió los ojos sorprendido, supongo que sin creerse de verdad lo que acababa de decirle. Me pellizco con suavidad la barbilla.

—Bueno, ya hemos llegado —me dijo sonriendo de nuevo. Mi cara se transformó en pánico cuando vi su moto allí aparcada—. ¿No me digas que pensabas que a las Torres iba a traer mi coche pudiendo ponerme desde casa en tres minutos con la moto?

—Eeehhh.

—Venga, no seas tonta —me tendió el casco.

Lo cogí con las manos sudorosas. Siempre me habían dado pánico esos trastos, sólo me había montado una vez en uno y me agarré tan fuerte al conductor y me tensé tanto que estuve a punto de tirarnos a ambos de la moto. En fin... como dice mi madre: la única forma de superar tus miedos es enfrentarte a ellos.

Me puse el casco y Marcos me imitó. Se subió a la moto y esperó con paciencia a que yo me decidiera.

—¿Te apetece que de un rodeo por alguna parte? ¿Tienes hambre?

—No, no por Dios. Llévame a casa.

Arrancó el motor. Me abracé fuerte a su espalda, pegando completamente mi pecho a él con la única y firme intención de no caerme de aquella cosa. Intenté no asfixiarlo en los diez minutos que duró el trayecto. Agradecía que no hubiera nada de tráfico y que condujera despacio. Paró el motor cuando llegamos al portal de mi casa y de nuevo esperó paciente a que decidiera dejar de abrazarlo y me bajara de la moto.

—Gracias —dije tendiéndole el casco. Y preguntándome, una y mil veces, si reuniría el valor suficiente para invitarle a la última en mi casa. Claro que mejor que no. Ahora parecía querer tener conmigo lo mismo que tenía con Susana: “una buena amistad”. Seguramente, la cagaría aún más.

—Algún día conseguiré que le cojas el gusto a ir en moto.

—Lo dudo mucho —respondí con una sonrisa. No le di dos besos porque no se había

quitado el casco.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondí. No sin el pesar que me proporcionaba la seguridad de que no me había equivocado. Se marchaba. De forma afectuosa, pero se marchaba de mi lado.

Marcos arrancó de nuevo.

—¡Marcos! —Me acerqué y le toqué el brazo porque no estaba segura de que me hubiera escuchado.

Miró hacia mí y me puse nerviosa. Al ver que no seguía hablando paró el motor y se quitó el casco. Seguía sin hablar, así que se bajó de la moto.

—Dime —dijo. Sin sonrisa, sin hoyuelo, sin mostrarme nada en su mirada que me diera más confianza en mí misma.

—Quiero pedirte disculpas de nuevo por ser tan tonta. Mira Marcos, todo pasó muy rápido. Ya sabes que Daniel y yo acabábamos de dejarnos y no quería abrir mi corazón de nuevo. Nunca he sido una chica enamoradiza y, aun así, no es la primera vez que me dejan destrozada... tampoco sabía que... —me callé.

—¿Qué no sabías?

—No sabía que sentía... que siento... —¡Por favor, Lucía! ¿Declararte ahora? ¿Por qué no admites, de una vez, que se te pasó la vez y que ahora sólo puedes esperar “su amistad”, como Susana? Me reproché.

Él se quedó esperando a que acabara la frase, durante un instante. Pero, inmediatamente después, se puso el casco y volvió a posar su pie en el pedal de la moto:

—No te disculpes más, ¿vale? —Me pidió— Hasta mañana.

—Hasta mañana —hice cuanto pude porque no notara mi tono de decepción.

Subí a casa, a pesar de que durante el día había hecho bastante calor sentí frío, no sabía si era por el trayecto en moto, por la bajada de temperatura o por el cansancio o una combinación de las tres cosas. Busqué en mi armario mi pijama de ovejitas, que se había convertido en mi favorito, me di una larga ducha, me lo enfundé y fui descalza hasta la cocina a prepararme un vaso de leche caliente dispuesta a meterme directamente en la cama. Estaba tan exhausta que incluso se me había pasado el hambre. Esperaba, al menos, que el sueño se apoderara rápido de mí y pudiera dejar de pensar.

Oí unos golpecitos en la puerta de casa. Fui extrañada a abrir, aunque no era demasiado tarde, tampoco eran horas de visita y no se me pasaba ni por un momento que precisamente hoy, Silvia fuera a dormir en casa y se hubiera olvidado las llaves.

Vi a Marcos al otro lado, que levantó las cejas atónito mirando mi pijama de ovejitas, sonrió un segundo antes de abalanzarse sobre mí y devorarme.

Me dio un beso de película, de esos que una oleada de calor te recorre el cuerpo entero y hace que hasta los deditos de los pies tengan ganas de bailar. Por supuesto, le correspondí y me dejé hacer, por tanto como había deseado y echado de menos sus manos los últimos meses.

Se apartó y habló.

—Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi. Con tu cara enfurruñada, pasmada y deseando que me largara de tu despacho para poder contar el dinero tranquila —solté una carcajada—, desde ahí supe que ya no querría apartarme de ti nunca y que lo iba a tener muy difícil.

—Siempre has sabido tocarme la fibra.

—Y las narices, ¿no?

—En eso tenemos experiencia los dos.

Reímos. Me abrazó y me besó de nuevo. Cuando se apartó me atreví a preguntarle.

—¿Serás tú?

—¿Seré yo, qué? —Preguntó sin comprender.

—No sé... el hombre de mi vida, mi príncipe azul... como quieras llamarlo.

—Y seremos felices y comeremos perdices... al menos hasta tu próximo mosqueo monumental.

Reímos de nuevo y con un recorrido lleno de besos llegamos hasta mi alcoba, de donde esperaba que Marcos no saliera de allí en toda la noche.

Le abrí mi casa, mi dormitorio y mi cama y también le abrí mi corazón con la esperanza de que se quedara allí dentro y, por fin, hubiera llegado ese alguien, esa persona con la que funcionara, de una vez por todas, el complejo engranaje de eso que llaman amor.

Agradecimientos

Tengo muchas personas a las que pronunciar entre estas líneas, las primeras de ellas son para algunos compañeros de letras que no sólo me han animado y empujado a seguir escribiendo en los momentos de flaqueza, sino que se han ilusionado conmigo en cada proyecto. En general a todos los amigos escritores que han pasado este año por mi vida, brindándome su amistad y en particular tengo que señalar a varias personas: sobre todo y por encima de todo a Carlos Pérez de Tudela y Miriam Lavilla, sin ellos no hubiera sido posible este libro. A Silvia Martín, Lucas Barrera, Connie Jett y Rayco Cruz, cada uno me ha apoyado a su manera y han sido una gran ayuda para mí. Además quiero agradecer a la editorial Alentia por confiar en mí desde el minuto uno y dejarse seducir por esta novela.

Por supuesto a mi familia más allegada, sobre todo a mis padres Laly y Jorge; a mi marido Germán, que ha aportado prácticamente la banda sonora al completo y a mi hijo Erik, que ha puesto su granito de arena dejando muchos momentos de tranquilidad a su mamá para poder escribir. También indirectamente a mi hermano Jorge, su mujer Dácil y mi pequeña sobrina Eva, que han llenado de momentos de felicidad este último año, lo que ha contribuido a que me sintiera más a gusto e inspirada frente al papel. Y aunque no somos familia de sangre, a mi siempre hermana y mejor amiga Sole, que tira de mí, me muestra la otra cara de la moneda, me ayuda a ver el vaso medio lleno y es mi fan número uno animándome en todo momento a luchar por lograr mis sueños.

Por supuesto, no puedo dejar de nombrar a Susy Casas, fiel lectora y amiga, que siempre me corrige los textos de forma concienzuda y desinteresada. A todos esos amigos que siempre me están preguntando cuándo saldrá mi próximo libro, que se ofrecen a ayudarme en todo lo que pueden: con una crítica, con una corrección, con una opinión sincera o simplemente interesándose por mi trabajo. También quiero agradecer a las chicas del grupo de Facebook C.L. (en especial a Isabel, Abigail y Susana) que desde que se enteraron que era escritora quisieron leerme y darme su apoyo y a Entulínea que me dio la oportunidad no sólo de sentirme mejor y subir mi autoestima, sino también de viajar a Barcelona y poder inspirarme algunas escenas importantes de la novela.

No puedo dejar de nombrar a todos aquellos a los que he tomado prestadas pinceladas de su personalidad y vida para crear a mis personajes, a los que han pasado delante de mí y me han inspirado una escena, aunque de algunos de ellos no conozca ni su nombre y otros estén más cercanos de lo que piensan.

Por último y lo más importante, a todos los lectores que hacen posible cada día que siga escribiendo y publicando, espero estar a la altura y satisfaceros con este libro que para mí tiene un significado muy especial.